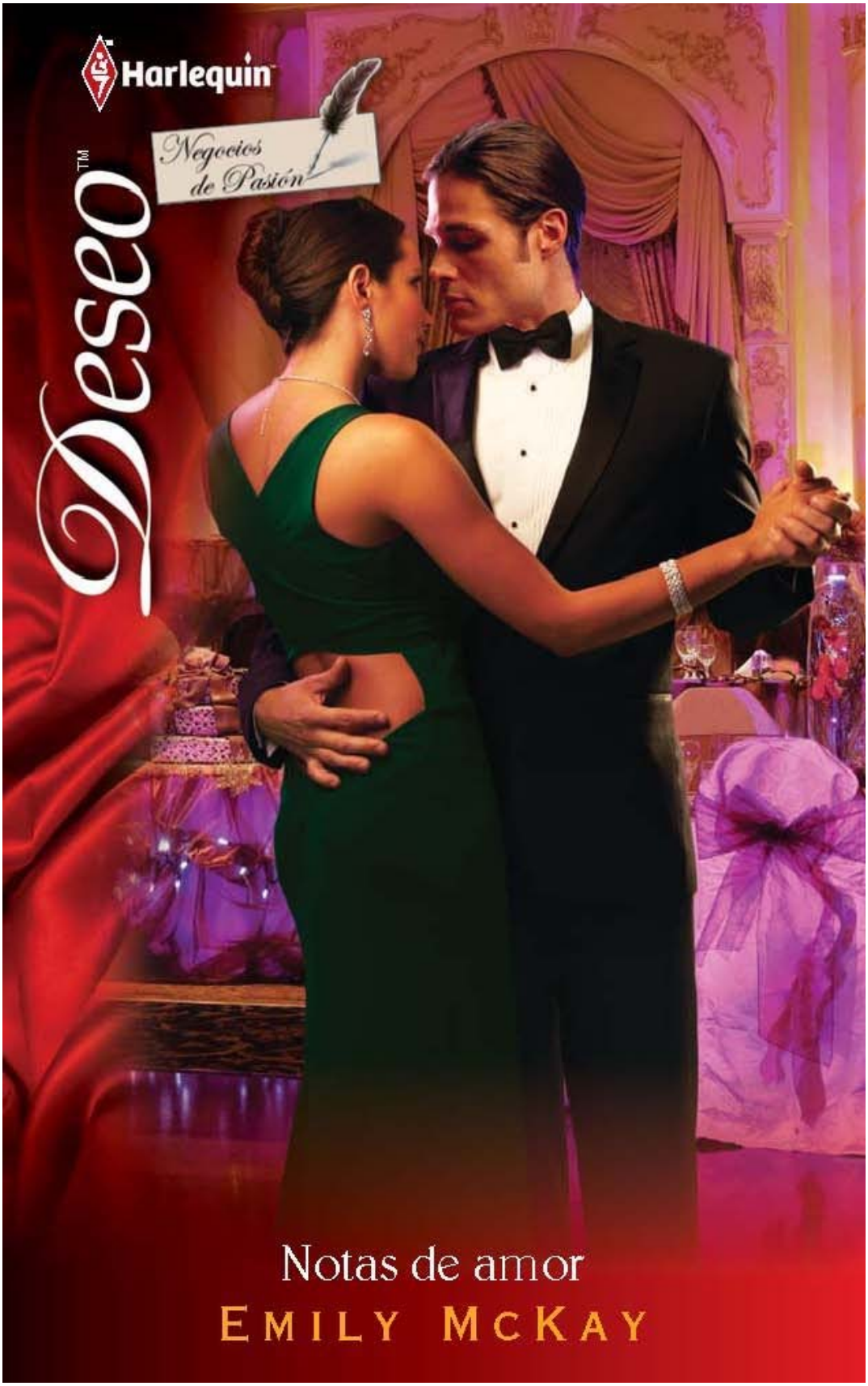

Harlequin
Deseo™
Negocios de Pasión
Notas de amor
EMILY MCKAY

“Serás mía”

Nada podía hacer que el famoso músico Ward Miller abandonara su autoimpuesta reclusión. Hasta que conoció a la bella y estricta Ana Rodríguez. Había vuelto a ponerse bajo los focos para apoyar a la fundación benéfica que Ana dirigía, pero tenerla a su lado era el beneficio que realmente anhelaba.

Ella aseguraba que nunca se enamoraría de un músico, pero eso no detendría a Ward. Ana le hacía desear cosas que hacía demasiado tiempo que no deseaba. Así que fue tras ella y con un único beso cambió las tornas, dejando a la ingenua joven suplicando por sus caricias.

Capítulo Uno

Lo último que Ana Rodríguez necesitaba en su vida era otra estrella engreída. Hacía sólo unas semanas que había dejado atrás su brillante carrera de diseñadora de vestuario en Hollywood precisamente por esa razón. Así que cuando su mejor amiga, Emma Worth, le sugirió que se presentara para el puesto de directora de una obra solidaria que iba a iniciarse en su ciudad natal, Vista del Mar, Ana había accedido sin pensárselo.

Un nuevo comienzo era justo lo que necesitaba. Lejos del drama de Hollywood y de las estrellas que le hacían la vida imposible sólo porque no estaba dispuesta a irse a la cama con ellos.

Entonces descubrió que tendría que trabajar con Ward Miller, una superestrella de la música que brillaba más que toda la gente que ella había conocido en Hollywood. Según su experiencia, cuanto más grande era el apellido, más grande el ego. Y además ahora, en lugar de limitarse a vestir al megalómano tendría que consentir todos sus caprichos, escuchar sus opiniones y, en definitiva, asegurarse de que estuviera encantado con ser la cara famosa de la organización benéfica La Esperanza de Hanna.

Ana observó con ojo crítico el despacho principal de la organización benéfica. Según decían sus estatutos, proporcionaban «educación y recursos para individuos con desventajas», lo que era una manera elegante de decir que ayudaban a los pobres.

–Estás echando humo –la reprendió una voz amiga.

Ana miró hacia atrás y vio a Christi Cox, su asistente.

–No estoy echando humo, estoy pensando.

Ana descruzó los brazos para juguetear con los aros de oro de sus

pendientes. El mobiliario del despacho principal era limpio pero estrictamente funcional. Mesas de trabajo y sillas y estanterías de segunda mano. La sala de conferencias, el resto de los despachos y la cocina eran todavía menos elegantes. Había enviado a Omar, el tercer empleado de La Esperanza de Hannah a la tienda a comprar café, pero dudaba mucho de que ni la mezcla más exclusiva impresionara a Miller.

Había arreglado el despacho principal lo mejor que pudo con algunos cojines, una lámpara de pie y una enorme y alegre alfombra, todo cosas que tenía en casa. Reflejaban su estilo ecléctico y añadían un toque de comodidad a la estancia, pero no de elegancia. No podía evitar pensar que Miller entraría por la puerta y miraría por encima del hombro todo lo que habían hecho. Pero tenía un miedo todavía mayor. Que entrara, hablara con ella y se diera cuenta de que era un fraude que carecía de las habilidades necesarias para que La Esperanza de Hannah funcionara.

Si alguien podía ver a través de ella, ese sería Miller. No sólo era un dios de la música, también era legendario su trabajo a favor de la Fundación Cara Miller, una organización que había fundado tras las muerte de su esposa. Había recaudado y donado incontables millones. Formaba parte de la junta directiva de más organizaciones solidarias de las que podía contar, incluida la de la recién creada La Esperanza de Hannah.

Y lo cierto era que había conseguido aquel trabajo porque Emma también estaba en la junta. Haberse criado con ella era prácticamente su única cualificación para ser la directora de La Esperanza de Hannah. Los sueños y esperanzas de toda la ciudad descansaban sobre sus hombros.

Además, necesitaba aquel trabajo. No porque hubiera dejado el

otro. No porque hubiera invertido todos sus ahorros en un pequeño bungalow en un barrio de clase media de Vista del Mar, sino porque después de cuatro años de vestir a los famosos para que estuvieran guapos necesitaba hacer algo importante.

Si al menos tuviera más tiempo antes de que Miller apareciera… ya era bastante malo sentirse tan poco preparada para aquel trabajo, ¿por qué tenía que enfrentarse a él cuando llevaba tan poco tiempo como directora? Rafe Cameron, el fundador de la organización, era un miembro de la junta poco atento. El chico malo de la ciudad reconvertido en tiburón empresarial estaba centrado en hacerse con Industrias Worth, la empresa que alimentaba la economía local. Rafe había fundado La Esperanza de Hannah para ganarse el favor de la comunidad, pero Ana sospechaba que se trataba más de una maniobra de relaciones públicas que de auténtica solidaridad. Emma la apoyaba al cien por cien, pero la incertidumbre estaba en Ward. ¿Entraría en acción y obraría el tipo de milagro que había logrado en la Fundación Cara Miller? ¿O era únicamente el perro guardián de Rafe, al que había enviado para vigilarla?

Tal vez Ana esperara que fuera un imbécil. Había sido fan suya desde la pubertad. La distancia profesional sería más sencilla de mantener si resultaba ser tan desagradable como Ridley Sinclair, la estrella de cine que supuestamente estaba felizmente casado y que le tiraba los tejos sin descanso.

Christi fue a ponerse al lado de Ana. Estaban hombro con hombro en la puerta de su despacho tratando de imaginar qué primera impresión daría la estancia.

–No es lo suficientemente elegante. Tendríamos que habernos encontrado con él en el club de tenis, como yo quería.

–Su asistente personal dijo que no esperaba ningún tratamiento

especial –le recordó Christi.

–He trabajado con muchos famosos –aseguró Ana con un resoplido–. Todos esperan un tratamiento especial. O piden una marca especial de agua o quieren una colección de diecisiete tentempiés diferentes que tengan todos un tono azul.

–No recuerdo que su asistente haya mencionado nada de todo eso –respondió Christi.

–¿Y qué mencionó su asistente? –preguntó Ana sin lograr controlar su curiosidad.

Pero, ¿qué mujer norteamericana de entre veinte y ochenta y nueve años no lo estaría? En la música de su generación estaban él, Bono, Paul McCartney y Johnny Cash. Un chico malo sexy con un corazón de platino puro y talento para escribir unas canciones tan buenas que llegaban al alma. No había vuelto a sacar ningún nuevo álbum desde que su esposa Cara murió de cáncer tres años atrás. Su ausencia sólo había servido para aumentar su leyenda. Ana no podía negar que le causaba mucha ilusión conocerle.

Volvió a consultar el reloj.

–Y llega oficialmente tarde. Muy tarde. Entonces escuchó una voz a su espalda.

–Espero que no demasiado –era la voz grave de una estrella de rock, una voz que hubiera reconocido en cualquier parte. El estómago se le cayó a los pies. Se dio la vuelta lentamente hacia la voz. Y allí estaba. Ward Miller.

Estaba en el pasillo que daba a la entrada de servicio. Era más alto de lo que esperaba, rondaría el metro ochenta y dos. Iba vestido con el estilo casual de los famosos, con pantalones cargo color verde y una sencilla camiseta blanca de cuello de pico que enfatizaba la anchura de sus hombros. Llevaba gorra y unas gafas

de espejo en la mano. Su oscuro y ondulado cabello estaba más corto de lo habitual, pero seguía siendo lo suficientemente largo para darle un aire rebelde. Tenía el rostro afilado y los labios finos, pero aquellos rasgos le hacían parecer sensible y conmovedor. Y lo mejor de todo, no parecía ofendido. Eso era bueno. Al verse cara a cara con él, Ana se sintió algo mareada.

–Señor Miller, nos ha sorprendido al entrar por la puerta de atrás –no era su intención censurarle con su tono de voz, pero tal vez eso fuera mejor que echarse a reír como una colegiala.

–Espero que no le importe. Los paparazzi nos siguen desde el aeropuerto. Siento llegar tarde –le guiñó un ojo–. Ni siquiera he tenido tiempo para ir a comprar tentempiés de tonos azules.

Ward esperó a que la encantadora morena se riera de su broma. Pero ella se mantuvo rígida y se sonrojó, lo que hizo que su piel adquiriera un precioso tono melocotón. Con su exuberante melena oscura, su amplia sonrisa y los altos pómulos, tenía un aspecto lujuriosamente exótico.

Pero también echaba chispas de furia.

–Siento haber tenido que entrar por detrás –dijo tratando de crear un ambiente más amigable–. Llegamos hasta el aeropuerto de San Diego sin que nadie nos viera. Pero Drew Barrymore estaba allí porque se iba de vacaciones, y por desgracia pasaron el control de seguridad justo cuando nosotros salíamos, así que ya había un enjambre de fotógrafos allí –le tendió la mano con una sonrisa–. Soy Ward Miller.

–Hola –la mujer rubia, que era algo mayor que la otra, le saludó con voz ronca antes de aclararse la garganta–. Soy Christi Cox, la asistente de dirección de La Esperanza de Hannah.

Cuando le estrechó la mano, soltó una risita y le dio un codazo a

Ana en el costado.

–¿Ves? No es nada pretencioso.

Ward le devolvió el guiño con otro más exagerado. Le cayó bien al instante. No iba a tener ningún problema para llevarse bien con ella. Pero todavía no sabía qué pensar sobre la otra mujer.

La joven dio un paso adelante y extendió la mano mientras sonreía con tirantez.

–Soy Ana Rodríguez, la directora de La Esperanza de Hannah –le estrechó la mano y la apartó al instante mirando hacia la ventana con el ceño fruncido–. Parece que no ha conseguido librarse de ellos después de todo.

Ward miró por la ventana que daba a la calle. Un todoterreno blanco estaba aparcado frente al edificio. Unos segundos más tarde, otro todoterreno se paró a su lado. Y luego un tercero.

Su móvil sonó con la melodía de una de sus canciones y él miró la pantalla. Era Jess, su asistente.

–Tengo que contestar. No tardaré mucho.

–Lo siento –Jess se lanzó a hablar sin preámbulos–. Los hemos perdido en el hotel. Le dije a Ryan que deberíamos seguir conduciendo, pero él estaba ansioso por hacer el registro cuanto antes.

–No te preocupes –dijo Ward manteniendo el tono natural y pensando que Ryan, su publicista, había querido registrarse cuanto antes en el hotel precisamente para evitar el acoso de la prensa–. Instalaos tranquilamente. Te mandaré un mensaje cuando quiera que me mandes el coche.

Finalizó la llamada y se volvió a guardar el teléfono en el bolsillo con una sonrisa.

–Bueno, parece que han venido a quedarse. ¿Salimos y

respondemos a algunas preguntas? –le dio una palmadita amistosa en el hombro–. Si les lanzamos un hueso tal vez nos dejen en paz.

Ward dejó la mano allí un instante y sintió la necesidad de deslizarla por su nuca. Y lo hizo antes de que pudiera contenerse, guiándola hacia la puerta.

–Vamos, salgamos ahí fuera. Ella se apartó de su contacto.

–¿Por qué tengo que ir yo?

–Puede que sirva para los intereses de La Esperanza de Hannah.

Ana consideró sus palabras durante unos instantes.

–Supongo que tiene razón –encogiéndose de hombros, se acercó a la puerta para salir por ella.

Pero su largo y espeso cabello le rozó ligeramente el pecho cuando pasaba.

El deseo se apoderó de él con tanta intensidad que sintió que se quedaba sin aire. Era un mal momento para que su cuerpo respondiera de forma tan fuerte ante una mujer. Aunque al menos no tenía que preocuparse de que su corazón también se viera envuelto. Había hecho una promesa en el lecho de muerte de Cara. No volvería a amar a nadie.

Las cámaras empezaron a disparar en cuanto Ward salió por la puerta. Tras haber trabajado en Hollywood, a Ana no le resultaba desconocido el ajetreo de los reporteros. Si algo había aprendido en sus cuatro años en el mundo del cine era que los famosos cobraban vida delante de las cámaras y vivían para la atención de la prensa.

La actitud de Ward reafirmó su impresión. Sonreía con ensayada naturalidad y respondía a las preguntas con una sonrisa.

–No, hoy es sólo una reunión de negocios –dijo señalando a Ana.

Ella tuvo la esperanza de que Ward dirigiera las preguntas hacia La Esperanza de Hannah y se preparó para hablar. Pero entonces una

morena se abrió camino entre la multitud de periodistas. Era Gillian Mitchell, reportera del periódico local, el *Seaside Gazette*. Hizo una pregunta.

–He oído que ha contratado un estudio de grabación en Los Angeles. ¿Está trabajando en un nuevo álbum?

–Siempre cabe la posibilidad de que retome mi carrera discográfica –exudaba un entusiasmo que implicaba que esa posibilidad era bastante real–. Pero por ahora estoy produciendo el álbum de un músico de aquí, Dave Summers, que acaba de firmar con mi sello. Es importante para mí darles a otros jóvenes músicos las mismas oportunidades que yo tuve –se inclinó un poco y le guiñó el ojo a la reportera–. Pero un compositor es siempre un compositor. Sigo teniendo historias que contar.

Ana resistió el deseo de poner los ojos en blanco. Sentía los labios tensos por forzar la sonrisa. Aquello sí era jugar sucio. Seguramente había maquinado todo aquello. Menudo idiota.

Finalmente, cuando algunos reporteros empezaban a marcharse, Ward dijo:

–Pero lo que me ha traído aquí hoy es mi trabajo solidario. Dejad que os hable de La Esperanza de Hannah…

Ana trató de sonreír con más entusiasmo ahora. En el momento adecuado dijo alguna frase sobre los servicios que proporcionaría La Esperanza de Hannah. Apenas había tenido oportunidad de dar el nombre de la página web cuando el primero de los coches cargó las cosas y se fue.

Cuando el último reportero se hubo marchado se giró para mirar a Ward. Tenía la expresión tirante y los labios apretados. Durante un segundo se preguntó si aquello habría sido más duro para él de lo que dejaba entrever. Pero entonces vio que le estaba mirando y

sonrió.

Aquella sonrisa tan íntima dejó a Ana sin aire en los pulmones. Sentía la misma agitación que cuando se había presentado antes. Era como si la sangre le bullera.

–Ha ido bien –dijo él finalmente sin dejar de sonreír.

Ana se pasó la mano por el pelo, pero la dejó caer al instante al darse cuenta de lo que estaba haciendo. No permitiría que Ward la distrajera por muy encantador que fuera.

–De maravilla –aseguró con forzada alegría. Ward alzó las cejas y la miró fijamente.

–¿No le gusta ningún famoso o sólo yo? Porque si tiene algún problema conmigo prefiero saberlo. Había una sutil corriente sexual en sus palabras.

Ana sintió un foco de calor en el vientre. Su cuerpo respondía a la promesa que su mente sabía que era una farsa. Y tal vez fuera eso lo que más la irritaba. La parte de ella que había crecido siendo fan de Ward Miller deseaba desesperadamente caerle bien. Y no sólo eso, sino también resultarle atractiva a pesar de saber que eso era muy poco probable.

Tenía que mostrarse indignada.

–Tiene razón, no me gustan los famosos. Y lo que ha sucedido es el ejemplo perfecto de por qué. Si quiere hablar de La Esperanza de Hannah, entonces hable del programa –dio un paso adelante para acortar la distancia entre ellos y lo lamentó al instante. Dios, qué bien olía–. No nos utilice como una plataforma para lanzar su regreso. El trabajo que hacemos es demasiado importante. Hay gente que necesita nuestros servicios, y si se sube encima de ellos para estar bajo los focos, entonces… –Ana vaciló un instante antes de continuar–. Entonces no es usted el hombre que yo pensaba que

https://www.facebook.com/novelasgratisera.

Capítulo Dos

En lo más alto de su carrera, cuando viajaba más de doscientos días al año, Ward había logrado flotar entre los husos horarios con la única ayuda de la cafeína. O se estaba haciendo viejo o la temporada fuera de circuito le había cambiado. Había viajado a San Diego tras visitar una obra benéfica en Texas. Aunque ambas zonas no estaban muy lejos, se había despertado a las cuatro de la mañana hora local y no había logrado volver a dormirse.

Así que se levantó de la cama, se vistió con ropa para correr y salió a la playa antes del amanecer tras tomarse sólo un café. La casa que había alquilado en Vista del Mar estaba situada en una zona desierta de la playa. Su asistente, Jess, había ido un par de días la semana anterior para alquilar aquella modesta casa de una única habitación. Aunque había otras con más espacio, Ward había optado por una más pequeña y más cerca del mar, encantado de tener una excusa para que Jess y Ryan se alojaran en el hotel en lugar de con él. Valoraba demasiado su intimidad.

Todavía faltaba una hora para que saliera el sol. Por ahora estaba solo en la playa sintiendo la arena bajo los pies al correr. Las olas rugían en sus oídos y la brisa le acariciaba las mejillas. Pero todo aquello no bastaba para borrar sus palabras: «No es usted el hombre que yo pensaba que era».

Había desilusionado a mucha gente en su vida. Gente que confiaba en él. Gente a la que quería. ¿Era mucho pedir no desilusionar también a aquella benefactora?

Tal vez no fuera tan malo si se tratara únicamente de su inesperada e inconveniente atracción hacia Ana Rodríguez lo que le había

mantenido despierto. La atracción sexual iba y venía. Antes de Cara se había dejado llevar por los placeres que las mujeres le ofrecían a manos llenas. Pero desde entonces había aprendido a controlarse lo suficiente. El hecho de sentirse atraído por Ana no le importaba, el verdadero problema estaba en que una parte de él temía que Ana hubiera sido capaz de ver más allá en su alma y ver la verdad. Nunca cumpliría sus expectativas. Nunca lo conseguía. Era capaz de dejar de lado todo lo demás. Últimamente se le daba bien enterrar sus sentimientos. Pero no podía olvidarse de aquello.

Cuando Cara murió se perdió en el dolor. Luchó con uñas y dientes para recuperarse. Para salir de su desesperación y reconstruir su vida sin ella. Pero lo cierto era que lo había conseguido con un principio muy simple: seguir adelante.

Era como correr. Se trataba de poner un pie delante de otro. No había que pensar, sólo moverse. Olvidar el dolor de los músculos. Olvidar los callos de los talones. Olvidar la angustia de ver a un ser querido comido por el cáncer y no poder hacer nada para evitarlo. Seguir adelante.

Durante los últimos tres años había trabajado dieciocho horas diarias para poner en marcha la Fundación Cara Miller. Se había puesto en contacto con todas las personas ricas o influyentes que conocía y les había pedido apoyo o donaciones. Había encontrado un trabajo que le apasionaba y se había entregado a él. Había visitado otras obras benéficas para ver cómo funcionaban. Nunca se quedaba en ningún sitio el tiempo suficiente para tomar aire. Había trabajado hasta la extenuación. Lo había hecho en honor a la memoria de su esposa. Pero también porque le ayudaba a olvidarla. Correr era lo único que le despejaba la mente. La música había tenido el mismo efecto sobre él en el pasado, antes de que Cara

enfermara. Pero el cáncer no sólo se había llevado a su mujer, sino también todos sus anhelos musicales. En el pasado no podía pasar ni un solo día sin tocar la guitarra. Cuando una canción le acariciaba la mente no importaba lo que estuviera haciendo. Todo aquello había desaparecido.

Ward ralentizó la marcha. Se detuvo un instante, se puso las manos en las rodillas y se agachó para llenarse los pulmones de aire. Luego se dio la vuelta y se dirigió hacia la casa andando. Cuando alcanzó a verla el sol se estaba asomando por los tejados de la calle que había frente a la playa. Había llegado justo a tiempo para el amanecer.

Ana llegó tarde a La Esperanza de Hannah al día siguiente tras una descorazonadora reunión en el banco. Sí, por el momento contaban con dinero de sobra, pero más papeleo era lo último que necesitaba. Sobre todo si ese papeleo incluía las firmas de los miembros de la junta. Rafe siempre estaba dispuesto a firmar papeles, pero a veces se tardaba varios días en conseguir que lo hiciera. Dado que los necesitaba para por la mañana, alguien de La Esperanza de Hannah tendría que acercarse a Industrias Worth y esperar a que Rafe agarrara un bolígrafo cuando tuviera un momento libre. Y ella no tenía tiempo en aquel momento.

Cuando entró por la puerta de atrás de La Esperanza de Hannah gritó:

–En realidad no estoy aquí. Sólo he venido a dejar el portátil de camino a… –dejó de hablar y miró a su alrededor al darse cuenta de que no había nadie para escuchar su explicación. ¿Dónde estaba todo el mundo?

Normalmente a aquellas horas de la mañana tanto Christi como Omar estaban allí. Asomó la cabeza por la puerta del despacho que

compartían y lo encontró vacío. Dejó el ordenador en la silla de su escritorio y siguió el sonido de las voces hasta la sala de conferencias.

Observó la escena de un solo vistazo. Christi y Omar estaban sentados en el lateral más cercano de la mesa de conferencias. Emma Worth estaba sentada en la cabecera con el ordenador portátil abierto delante de ella. Tenía el brazo todavía en cabestrillo por un reciente accidente de coche, así que tecleaba con una sola mano. En el centro de la mesa había un recipiente con fruta fresca y una bandeja de pastas. También había café y varias tazas de papel. Estaba claro que alguien había decidido llamar a un catering para que llevara el desayuno. Y sospechaba que era la misma persona que estaba en la parte delantera de la sala escribiendo en una pizarra blanca.

Ward iba vestido con vaqueros y una camisa de franela de cuadros. Le estaba dando la espalda y su cabello ondulado le caía por la parte de atrás del cuello.

Ana suspiró con los dientes apretados y preguntó:

–¿Qué está pasando aquí?

Tres cabezas se giraron hacia ella. Christi y Omar sonrieron. Emma apartó la mirada nerviosa, como si supiera que Ana no lo aprobaría.

La mano de Ward se detuvo a mitad de una palabra. Entonces se giró lentamente para mirarla con una sonrisa lenta e indolente.

–Bien –dijo–. Llega justo a tiempo. Estamos en medio de una tormenta de ideas.

–¿De dónde han salido las pizarras? –preguntó ella. Esas pizarras estaban en la lista de cosas que había que comprar.

Ward sonrió todavía más.

–Culpa mía.

–¿Verdad que ha sido muy generoso por parte de Ward pedir desayuno para todos? –preguntó Emma con tono excesivamente animado.

–Muy generoso. No sé qué decir –murmuró Ana con sequedad.

Ward entornó los ojos, como si hubiera captado el sutil sarcasmo que trataba de disimular.

–De nada –señaló con un gesto la mesa–. ¿Por qué no se sirve una taza de café y se une a nosotros? Acabamos de empezar.

–No puedo –mostró su carpeta–. Me voy a pasar la mayor parte del día en la oficina de Rafe para que firme estos documentos. De hecho también necesito vuestras firmas –le pasó la carpeta a Emma.

–Yo voy a cenar esta noche con Rafe –dijo Ward con naturalidad acercándose a ella–. Le llevaré los papeles para que los firme.

Ana agarró la carpeta antes de que pudiera hacerlo él.

–No es necesario.

–No me cuesta nada –agarró una esquina y tiró de ella.

Ambos extendieron los brazos por encima de la mesa, cada uno sujetando una esquina de la carpeta. De pronto ya no estaban debatiendo sobre quién iba a pedirle a Rafe que firmara los papeles, sino luchando por el control de La Esperanza de Hannah. Dejar que se llevara los papeles sería como admitir que no era capaz de hacer el trabajo. Y pelearse por ellos hacía que pareciera una zorra controladora.

Era dolorosamente consciente de las miradas de los demás clavadas en ellos. Y de la sonrisa confiada de Ward frente a su mueca tirante. Ya había perdido la batalla.

–Estupendo –dijo empujando la carpeta hacia él–. Pero asegúrese de que yo lo tenga a primera hora de la mañana.

Ward dejó la carpeta sobre la mesa y volvió a señalar hacia la silla vacía.

–Siéntese. Estoy deseando oír sus ideas.

Unas horas más tarde, después de que Ward les hubiera llevado a todos a comer al club de tenis de Vista del Mar, Ana pudo por fin retirarse a su despacho a rumiar. Eso era justo lo que estaba haciendo. Durante la comida, Emma se había sentido en su elemento. Ana había comido en el club las veces suficiente para no sentirse intimidada por su elegante ambiente y por la sofisticada comida. Pero Christi y Omar estaban impresionados. Trató de decirse que el hecho de que disfrutaran de la comida no era una señal de traición. Pero sus sensibilizadas emociones no escucharon.

Así que cuando Emma llamó a la puerta y asomó la cabeza en el despacho, Ana se sentía amargada y triste. Notándolo al instante, Emma le preguntó:

–¿No estás contenta con lo que hemos conseguido hoy? Siento que las cosas están empezando a despegar.

Ana se encogió de hombros y luego se cruzó de brazos antes de dejarlos caer a los costados. Aquélla era una de las desventajas de trabajar con alguien que te conocía muy bien.

Los padres de Ana habían trabajado durante años para los Worth. Ella había pasado la adolescencia viviendo en el apartamento que tenían encima del garaje. Aunque la familia de Ana eran empleados suyos, la amabilidad y la generosidad de Emma habían hecho que nunca les tratara así. Ana y Emma eran prácticamente hermanas.

Trató de no sentirse molesta por la actitud alegre de Emma. El mes pasado su amiga se había enamorado de Chase Larson, el hermanastro de Rafe. No era culpa suya que brillara con la

combinación de la felicidad del amor y las hormonas del embarazo. Por supuesto que se alegraba por su amiga. Y sin embargo, no podía evitar sentir que el nuevo estado de su amiga, embarazada y a punto de casarse, hacía destacar más el perpetuo estado de Ana como soltera.

Pero aquello no tenía nada que ver con La Esperanza de Hannah.

Ana tamborileó nerviosamente los dedos sobre el escritorio.

–Tengo la sensación de que son grandes sueños que no vamos a ser capaces de llevar a cabo.

Emma frunció el ceño ante la inesperada censura.

–Yo estoy encantada –aseguró dándole un sorbo a la botella de agua que siempre llevaba consigo–. Creo que se nos han ocurrido grandes ideas. ¿Qué te parece el mercadillo callejero? Estoy segura de que te encanta.

Christi había propuesto la idea de organizar un mercadillo en el centro de Vista del Mar para finales de mes. Así se darían mucha publicidad. A todo el mundo le había encantado.

–No es una mala idea. Pero tenemos mucho trabajo de verdad que hacer para poner La Esperanza de Hannah en marcha. Todavía estoy trabajando con el contable con los formularios. No quiero que nos distraigamos con algo divertido cuando tenemos un trabajo serio que hacer.

–Esto no es una distracción –aseguró Emma con entusiasmo–. Ahora que ya hemos echado a andar, ¿cuánta gente nos conoce de verdad? Tenemos que llegar a la comunidad y dejar que la gente vea lo que tenemos que ofrecer tanto a clientes como a voluntarios. Es una manera perfecta de hacerlo.

–No digo que un mercadillo callejero no vaya a ser divertido. Sólo digo que no estoy segura de que sea la mejor manera de utilizar

nuestros recursos.

–Eso es lo bueno de que los negocios locales donen productos y servicios. Y si Ward consigue que se celebre alguna actuación será una oportunidad de oro.

Omar fue quien había planteado la posibilidad de que Ward tocara. Ward había desviado disimuladamente la cuestión ofreciendo los servicios del músico al que le estaba produciendo el disco.

–Sí, estupendo –allí estaba ella tratando de que todo el mundo se dedicara al trabajo de oficina para completar el papeleo mientras Ward llegaba con sus ideas divertidas y sus deliciosas pastas–. Por cierto, ¿sabes por qué no toca él mismo? Me pregunto…

–No, no lo sé –Emma agitó la mano para indicarle a Ana que dejara de hablar y señaló con la cabeza hacia el pasillo que daba a la puerta de atrás–. Bueno, tengo que irme –dijo en voz alta–. Tengo muchas cosas que hacer –alzó las cejas–. ¿Hablamos más tarde?

Ana apretó los labios y asintió. Estaba claro que Ward se acercaba por el pasillo. ¿Por qué siempre entraba sigilosamente por la puerta de atrás?

Emma se disculpó cuando Ward apareció en el umbral. Ana confiaba en no tener que volver a verle aquel día. Y menos sola.

–¿Tienes un momento? –le preguntó él, pero no esperó respuesta y entró cerrando tras de sí.

–Claro –murmuró con la esperanza de que su tono no sonara demasiado falso.

Su despacho no era más que un armario reformado. Entre el escritorio, apoyado en una pared, y la librería situada en la de enfrente, apenas tenía espacio para su silla y la que había puesto al lado de la puerta para las visitas.

Ward tomó asiento en la silla extra y estiró sus largas piernas. Ana

retiró su silla unos centímetros para evitar chocar contra sus piernas. Su envergadura parecía ocupar todo el espacio, igual que aquel aroma suyo. Olía a libertad y a tardes en el bosque…

Ana sacudió ligeramente la cabeza y trató de liberarse del yugo de sus sentidos. Se dio cuenta de pronto de que la estaba mirando con su oscura y misteriosa mirada. Sintió un escalofrío.

Estaba acostumbrada a que los hombres le echaran los tejos. Tenía una figura voluptuosa y una cara bonita. Los hombres tenían expectativas sobre las mujeres latinas de sangre caliente y moral relajada. Ella no pertenecía a aquel estereotipo pero estaba acostumbrada a que los desconocidos dieran por hecho que sí. Sin embargo, esto era distingo.

La mirada de Ward no era lujuriosa. Parecía estar escudriñando su personalidad en lugar de su físico. Pero lo que le resultaba más desconcertante era su manera de reaccionar ante él. ¿Por qué su mera presencia la hacía sentirse tan consciente de sí misma, del mechón de cabello que se le había salido de la horquilla, de sus pies desnudos porque se había descalzado al sentarse? Consciente de sus estúpidos dedos pintados de azul y situados a escasos centímetros de sus carísimos mocasines de piel.

Como si le hubiera leído el pensamiento, Ward miró hacia sus pies. Se los quedó mirando el tiempo suficiente para hacerle sentir incómoda. Y luego tragó saliva de forma perceptible. Ana echó los pies hacia atrás bajo la silla y curvó los dedos. Ward volvió a mirarla a la cara con expresión neutral.

–Tenemos que hablar –dijo con tono frío.

Ah, así que había estado observándola. Ahí estaba. Era poco profesional. No estaba cualificada. Era poco respetuosa. Odiaba el barniz de uñas azul y sus pies le resultaban repugnantes.

–Hay algo que no tolero –afirmó con determinación–. Y es que la gente no sea sincera conmigo. Está claro que no te caigo bien y necesito saber por qué.

¿Cómo? Ana dejó escapar un largo suspiro y trató de procesar sus palabras. ¿Le preocupaba no caerle bien a ella?

–No es eso…

–O no te caigo bien o no confías en mí. Algo pasa. Vamos a ponerlo encima de la mesa ahora mismo. Y no me sueltes esa tontería de que no confías en los famosos. Porque no me creería ni por un momento que permitieras que algo así se interpusiera en el éxito de La Esperanza de Hannah.

Ana dejó escapar un suspiro y trató de sopesar hasta qué punto podía ser sincera. Sí, no le gustaban los famosos. Ridley Sinclair había convertido su vida en un horror y sabía que la mayoría de las estrellas masculinas no dudarían ni un instante en actuar así. Pero para ser sincera, Ward no había hecho nada desde que le conoció que indicara que fuera como esos hombres. Lo que en cierto modo empeoraba las cosas.

Podía rechazar a alguien como Ridley Sinclair. Pero no al trabajador y directo Ward. Le resultaba más difícil de ignorar. Pero como no podía admitir aquello en voz alta, dijo lo primero que se le ocurrió.

–De acuerdo –dijo–. Para empezar, no me gusta el modo en que entró aquí y se hizo con el control. Lleva en la ciudad menos de un día y ya ha disparado nuestro presupuesto con pizarras y bandejas de fruta.

–No he gastado el dinero de la obra benéfica en esas cosas.

–Oh –¿lo había gastado de su propio dinero? Ana contuvo un gruñido. ¿Guapo y generoso? Pero tenía que seguir intentándolo–. ¿Cree que eso mejora las cosas? ¿Qué si lanza dinero se harán las

cosas como usted quiera?

Ward esbozó una sonrisa con un toque melancólico.

–Así es como funcionan generalmente las cosas.

–Bueno, en mi experiencia no. Si queremos alcanzar nuestros objetivos tenemos que ser realistas y…

–Vamos al fondo de la cuestión, Ana. ¿Vamos a tener problemas trabajando juntos? –su tono era frío y su mirada, fija.

Las alarmas comenzaron a sonar otra vez en su cerebro. No quería sentirse atraída por él. No quería que le cayera bien.

Ana aspiró con fuerza el aire y deseó no estar sentada tan cerca de él.

–No, señor Miller –afirmó forzando una sonrisa–. No vamos a tener problemas.

Él entornó los ojos al ver que no seguía su tuteo, como si la formalidad le molestara.

–¿Sabía, señorita Rodríguez que tenía doce años cuando subí por primera vez a un escenario?

Desconcertada por lo directo de su mirada, Ana se apartó un mechón suelto de pelo.

–No, no lo sabía.

–Firmé mi primer contrato discográfico a los quince. Y firmé con mi primera compañía importante a los diecinueve.

Tal vez fuera la forma indolente en la que hablaba. O cómo le miraba. No estaba fardando, no estaba tratando de impresionarla. Estaba tratando de dejar algo claro.

–Llevo veinticuatro años en este negocio. Que es casi toda tu vida –se encogió de hombros con una sonrisa–. He tratado con todo tipo de personas que han intentado aprovecharse de mí. Gente que aseguraba que quería protegerme. Que quería ser mi amiga. Sólo

hay una cosa que hago mejor que tocar la guitarra –continuó–. Y es que sé cuándo alguien intenta mentirme. Así que, ¿por qué no empezamos otra vez y me dices qué problema tienes conmigo?

Capítulo Tres

Su brutal sinceridad la dejó sin palabras. ¿Qué podía decirle? Algo como «no estoy cualificada para este trabajo. Apenas soy capaz de mantener la cabeza fuera del agua, y si supieras lo cerca que estoy de ahogarme harías que me despidieran».

Pero decidió que la mejor manera de explicarle de dónde venía era contarle también una historia.

–Yo tenía doce años cuando mis padres se mudaron aquí a Los Angeles. Mi padre entró a trabajar como jardinero de los Worth y mi madre como asistenta. Yo crecí encima del garaje de los Worth. Trabajáramos para ellos, pero nunca nos trataron como empleados.

Ward la estaba observando con los codos apoyados en las rodillas y la expresión intensa. Sintió que se quedaba sin respiración.

Era desconcertante que la mirara tan de cerca. Estaba acostumbrada a tratar con estrellas que sólo se preocupaban de la opinión de alguien cuando se hablaba de ellos. Pero Ward parecía estar escuchándola de verdad. Como había escuchado a la gente durante la tormenta de ideas. De pronto le pareció que la habitación era demasiado pequeña. Se inclinó hacia delante y volvió a calzarse antes de ponerse de pie y señalar la puerta con la cabeza.

–Voy a ir a recoger la sala de conferencias. Si quieres que sigamos hablando, ven conmigo. Pero si dejamos esa fruta ahí más tiempo se estropeará.

Sabía que Ward la seguiría. Ella siguió hablando mientras avanzaban por el pasillo.

–Sé que te estoy contando la historia de mi vida. Pero lo que quiero que entiendas es que trasladarme a Los Ángeles salvó a mi familia.

No sólo a mi familia directa, sino a todos. Cuando nos trasladamos aquí mis tíos nos siguieron.

Se giró hacia él.

–Puede sonar a cliché, pero Vista del Mar es un lugar especial. No es perfecto, tenemos nuestros problemas, pero también estamos muy unidos. Cuidamos de los nuestros. Era la comunidad perfecta para crecer. Para formar una familia. Al menos lo era. Pero ahora Rafe Cameron ha vuelto y ha comprado Industrias Worth.

–Por lo que veo no apruebas del todo a Rafe.

Ana apartó la vista de su mirada escrutadora y observó la sala de conferencias. Los restos de la tormenta de ideas permanecían distribuidos por la estancia. Se dispuso a buscar la tapa de la bandeja de fruta.

–No quiero hablar mal de él –colocó la tapa de plástico sobre el recipiente y lo cerró–. Es amigo tuyo.

Estaba claro que Ward no compartía su repentino afán de ocuparse en algo. Se dejó caer en la silla que estaba en la cabecera de la mesa y estiró las piernas.

–También es tu jefe.

Había un cierto deje de advertencia en el tono de Ward. Bien. Así que ya había trazado la línea. Estaba bien saberlo.

Ana asintió con brusquedad y dirigió su atención hacia los dulces. Quedaba una magdalena de chocolate con plátano. Su favorita. La sacó de la bandeja. Tal vez necesitara una buena dosis de chocolate más tarde.

–No me malinterpretes. Desde luego agradezco todo lo que está haciendo con La Esperanza de Hannah.

–Me alegro de que aprecies los millones de dólares que está dispuesto a donar a la comunidad –afirmó Ward con ironía.

Rafe era sin duda la cabeza visible de la junta directiva de La Esperanza de Hannah. Pero por lo que ella sabía, no estaba muy implicado en su éxito. Había elegido a Ward para que fuera la cara de la obra benéfica y luego había añadido a Emma por petición de Ronald Worth. Además, a Emma la quería todo el mundo y tenía experiencia con obras solidarias. Pero Ana no podía evitar pensar que Rafe la había incluido sólo para que la gente pensara que había una continuidad con Industrias Worth.

Sin embargo, la gente de la ciudad estaba nerviosa. Se decía que Rafe iba a traer a su experto en relaciones públicas, Max Preston. Ana no podía evitar recelar.

Ignoró la sutil ironía de Ward y siguió hablando.

–Desde que he vuelto he visto que la ciudad ha cambiado. La gente está nerviosa. Preocupada. Si Rafe cierra la fábrica será desastroso para Vista del Mar.

–Soy consciente de ello. Pero eso no tiene nada que ver con La Esperanza de Hannah.

–Claro que sí. Podría ser más eficaz en mi trabajo si Rafe estuviera más implicado –Ana terminó de recoger la mesa y agarró una servilleta para limpiarla–. Sólo le he visto unos minutos cuando Emma me lo presentó para que me hiciera la entrevista.

En realidad la entrevista había consistido en estar más de una hora esperando para entrar en su despacho, que él le diera el visto bueno y volviera a centrarse en el ordenador que tenía delante.

–Emma cree que harás un buen trabajo. No la decepciones.

Y eso había sido todo.

Ana echó las migas que tenía en la palma de la mano en la basura.

–Deberías tener cuidado con lo que deseas –le advirtió Ward–. Rafe puede llegar a ser un jefe extraordinariamente exigente.

Ella alzó los ojos y lo vio observándola con esa intensidad que le ponía tan nerviosa.

–Aunque así fuera, agradecería un poco más de implicación por su parte –se acercó a las pizarras y quitó el envoltorio de plástico de uno de los borradores–. Aparte de la vez que nos conocimos sólo nos hemos comunicado por correo electrónico.

Pasó el borrador por la blanca superficie, alegrándose de borrar las pruebas de la tormenta de ideas. Ojalá pudiera borrar sus problemas de forma tan sencilla.

–He llegado a pensar que copia y pega los correos anteriores.

–O que confía en la recomendación de Emma.

Mientras descargaba su frustración con la pizarra, Ward se había levantado y se había puesto a su lado. Ana alzó la vista y vio que estaba demasiado cerca. Lo suficiente para que viera los reflejos dorados de sus ojos. ¿Cómo se había movido de forma tan silenciosa? Aspiró con fuerza el aire y volvió a sentir el golpe de su aroma. Tan limpio y fresco. Cuando habló, sus palabras salieron casi como un suspiro.

–Apenas conoce a Emma.

–Pero conoce a Chase desde hace años. Si su hermano confía en Emma, entonces Rafe también –Ward extendió la mano hacia su brazo. Estaba claro que pretendía consolarla, pero lo que hizo fue provocarle un escalofrío con el roce de sus dedos sabios.

Ana se quedó sin respiración. Y entonces se dio cuenta. Aquélla no era la mano fuerte y masculina de un hombre atractivo. Era la mano de Ward Miller. La que utilizaba para tocar sus famosas canciones.

Sacudió la cabeza y trató de recordar lo que estaba diciendo. La Esperanza de Hannah. De acuerdo. Qué abrumada se sentía.

–Es sólo que… no me vendría mal un poco de guía. Más

implicación.

–Bien, entonces me vas a amar –murmuró Ward.

Ana deslizó la vista otra vez hacia donde descansaba su mano. ¿Por qué no la había movido todavía? Sintió cómo se le sonrojaban las mejillas y apartó el brazo.

–Esto no es una broma –hizo un esfuerzo por adquirir un tono severo–. La Esperanza de Hannah es importante. No se trata sólo de una obra benéfica, sino de una oportunidad para unir a la comunidad.

–Eso ya lo sabía –respondió él también con seriedad–. Rafe me convenció de ello antes de que llegara. Tienes razón en una cosa –le quitó suavemente el borrador de la mano y empezó a limpiar la segunda pizarra–, no puedes depender de Rafe.

Ana apartó la atención del suave y seguro movimiento de sus manos.

–Pero…

–Hará lo mejor para La Esperanza de Hannah, eso te lo garantizo. Pero sería un error por tu parte contar sólo con su apoyo financiero. Necesitas que entre más dinero y necesitas que se sepa lo que estás haciendo. Y yo estoy aquí para ayudarte con eso.

Su voz tenía un tono seductor que la atraía y le hacía ser consciente de lo vulnerable que se sentía. Por suerte Ward no parecía ser consciente de ello y continuó hablando.

–En la Fundación Cara Miller hay mucha gente buena trabajando. Si no confías en Rafe ni en mí, al menos puedes confiar en que ellos harán su trabajo.

Ana apretó los puños. No le gustaba escuchar sus preocupaciones en voz alta.

–¿Crees que traer a alguien de la Fundación Cara Miller para hacer

mi trabajo será mejor para La Esperanza de Hannah?

–Yo no he dicho eso ni por asomo –Ward alzó las manos en gesto de rendición.

–Pero, ¿crees que otra persona lo haría mejor? –preguntó resentida–. Estoy segura de que cuando empezaste con la Fundación Cara Miller contrataste a los mejores y las cosas funcionaron bien desde el principio.

Trató de disimular la amargura en el tono de voz. La Fundación Cara Miller era conocida en todo el mundo por su trabajo con la salud de los niños pequeños. Pero Ana sabía que parte del éxito se debía a Ward. Había aportado toda la fuerza de su personalidad, por no mencionar su considerable fortuna.

Dejó escapar un profundo suspiro y decidió no descargar su frustración con él. Aunque fuera amigo de Rafe, no era culpa suya que La Esperanza de Hannah no fuera nada más que una consecuencia de la compra de Industrias Worth por parte de Empresas Cameron.

Ana se dirigió hacia el otro extremo de la sala de conferencias, pero incluso desde allí podía sentir cómo su cercanía la quemaba.

–Tienes que ver de dónde vengo. La Fundación Cara Miller es un ejemplo de eficacia. El trabajo que habéis hecho es… –se encogió de hombros mientras buscaba la palabra adecuada– legendario.

Los labios de Ward se curvaron en una sonrisa de agradecimiento.

–Gracias. Hay mucha gente increíble trabajando en la fundación.

–Exacto –reconoció ella con tristeza–. Y La Esperanza de Hannah me tiene a mí.

–No es eso lo que quise decir –Ward sacudió la cabeza con energía.

–No quiero engañarme a mí mi misma. Tengo que enfrentarme a

mis carencias –Ana suspiró y se apartó el pelo de la cara–. Deseaba desesperadamente este trabajo. Y quería hacerlo bien. Pero no soy tan buena como esperaba. Creí que el trabajo de voluntariado que había hecho en Los Angeles me serviría de ayuda. Además, soy lista. Y trabajadora. Nunca he fracasado en nada en mi vida. Pensé que con eso bastaría. Pero hasta el momento no ha sido así. Me siento completamente abrumada.

En cuanto aquellas palabras salieron de su boca lamentó haberlas pronunciado. De toda la gente con la que podría haberse desahogado, ¿por qué escoger a una de las dos personas que podría despedirla? Emma nunca lo haría, pero si Ward convencía a Rafe de que no valía para el puesto tendrían la mayoría.

Pero cuando le miró a los ojos encontró más comprensión que censura. Alzó las cejas ligeramente.

–No me malinterpretes –continuó ella–. No me da miedo el trabajo duro. Ni siquiera temo el fracaso. Pero no quiero decepcionar a los demás. Durante los cuatro años que trabajé en Hollywood lidié con las personalidades más difíciles de la industria. Estaba convencida de que podía con todo –se rió al admitirlo–. Dios, cómo odio equivocarme.

Ward se acercó hasta donde estaba y la giró suavemente para que lo mirara.

–No estabas equivocada. Puedes hacer esto.

El fervor de sus ojos y su convicción la dejaron sin aliento. Se vio una vez más abrumada por lo guapo que era. Por el hecho de que Ward Miller estuviera allí a escasos centímetros de ella. Hablándole de igual a igual.

Entonces él dejó caer bruscamente las manos y las metió en los bolsillos traseros.

–Recuerdo muy bien lo duro que fue echar a andar la fundación. Sí, contaba con personal, contraté a los mejores del negocio, pero yo quería hacer la mayor parte de las cosas. Necesitaba algo que me mantuviera ocupado.

Ana contuvo la respiración. Hacía tres años que su mujer había muerto. Pero imaginaba que era algo que nunca se llegaba a superar.

–Debió ser extremadamente duro perderla –murmuró.

Ward asintió con expresión paciente.

–Si yo pude poner en marcha la Fundación Cara Miller –continuó–, entonces tú también puedes. Estoy aquí para ayudarte.

Pero Ana sacudió la cabeza.

–Ya es suficiente con que estés en la junta directiva, con que vayas a ser el rostro de La Esperanza de Hannah. No voy a pedirte que además de todo eso hagas mi trabajo.

–No voy a hacer tu trabajo –respondió él–. Voy a hacer el mío.

–No te entiendo.

Ward sonrió ante su confusión.

–No sabes a qué se dedica la Fundación Cara Miller, ¿verdad?

–Proporciona servicios de salud a niños pobres.

–Eso es una parte de lo que hacemos –sonrió como si estuviera revelando un secreto–. Ésa era mi intención cuando creé la fundación. Pero en el proceso me di cuenta de lo duro que era llevar una obra benéfica. Enseguida supe que sin los recursos personales y financieros con los que yo contaba nunca habría llegado a ninguna parte. Por eso creé la otra rama de la Fundación Cara Miller.

–¿La otra rama? –Ana frunció el ceño.

–Sí. A Cara le gustaba ayudar a los niños, pero no es algo que a mí

me entusiasme especialmente.

Ana creía que sabía perfectamente lo que hacía la Fundación Cara Miller. Creía saber perfectamente qué hacía Ward allí. Proporcionarle algo de glamour a La Esperanza de Hannah. ¿Estaba equivocada?

–Te has perdido, ¿verdad?

–Un poco –admitió, molesta porque parecía leerle el pensamiento.

–Deja que te lo explique. ¿Has oído hablar del término «incubadora de negocios»?

–Creo que sí –había leído un artículo en el periódico al respecto no hacía mucho–. Son empresas cuyo único objetivo es ayudar a arrancar nuevos negocios, ¿verdad?

–Exacto. La segunda rama de la Fundación Cara Miller, la rama que no tiene tanta publicidad ni sale en la prensa, es una incubadora de obras benéficas. Buscamos gente con buenas intenciones y personal dedicado y les ayudamos a echar a andar su obra benéfica. No hacemos el trabajo por ellos, les proporcionamos el entrenamiento y los recursos que necesitan para hacerlo ellos mismos.

–No sabía que existiera algo así –aseguró Ana asombrada–. ¿Por qué no estaba yo al tanto de eso?

–No lo sé –reconoció Ward–. Pero Rafe sí lo sabía. Por eso me pidió que formara parte de la junta.

–Desde luego has sido una gran fuente de información –murmuró Ana con ironía–. Si ésa es la razón por la que estás aquí tendrían que habérmelo dicho antes de que llegaras –su tono se hizo más indignado. No le gustaba que la dejaran de lado.

–Creí que estabas al tanto.

–Pues no, no lo estaba, y… –entonces se detuvo y frunció el ceño

tratando de recordar cómo había transcurrido exactamente la conversación la noche que Emma llamó para decirle que venía Ward. ¿Qué le había dicho sobre él? ¿Había escuchado realmente la explicación de Emma? La emoción y el recelo habrían hecho que probablemente no escuchara del todo.

–Es posible que Emma me lo dijera y yo sencillamente no la escuchara –suspiró masajeándose la frente con los dedos–. Eso debió ocurrir. Emma no me habría ocultado adrede algo así.

Emma se dejaba el alma en su trabajo solidario, y Ana no podría soportar decepcionarla. Y sabiendo lo que sabía ahora, tampoco quería fallarle a Ward. Si no la despedía, si tenía otra oportunidad, iba a aferrarse a ella.

Alentada por una renovada determinación, se estiró.

–De acuerdo, señor Incubadora, tú eres el experto. ¿Por dónde empezamos?

Capítulo Cuatro

La pregunta de Ana quedó suspendida en el aire. ¿Por dónde empezamos?

A Ward se le ocurrían una docena de cosas. Ir a cenar a algún restaurante acogedor para agasajarla con comida y vino. Ir a la playa y convencerla de que se quitara los zapatos para que caminara con él sobre la arena. Para poder quitarle aquel moño con el que se recogía el pelo y hundir la nariz en su nuca para aspirar aquel embriagador olor a canela.

Tenía muchas sugerencias. Pero ninguna de ellas resultaba apropiada para una mujer con la que iba a trabajar. Así que le dio la respuesta que debía darle.

–Vamos a ir a Charleston.

Ella parpadeó sorprendida.

–¿Cómo?

Ward sintió deseos de reír al observar el asombro en su rostro.

–Charleston –repitió.

–¿La ciudad?

–Sí, la ciudad. No tenía pensado llevarte a bailar. No tengo ningún sentido del ritmo.

Ana entornó los ojos sin saber cómo tomarse sus palabras.

–Permíteme que lo dude.

–Te lo juro por lo que más quieras. Soy incapaz de bailar.

Ella se limitó a sacudir la cabeza y decidió ignorar su broma.

–¿Qué hay en Charleston?

–La base de la Fundación Cara Miller. Cuando veas las cosas que hacemos…

Ana no le dejó terminar la frase.

–¿Te has vuelto loco? –no le dio oportunidad de responder y él la dejó hablar–. Admito que el mercadillo en la calle es una buena idea, pero entre eso y mi trabajo normal no puedo irme a Charleston como si tal cosa. Aunque tuviéramos dinero en el presupuesto para semejante viaje, que no lo tenemos, no puedo dejar el trabajo.

A Ward le impresionaba que tuviera el valor de llevarle la contraria. La mayoría de la gente no se atrevía. Ella parecía tener la rara habilidad de olvidar que era una superestrella.

–Esto también es trabajo –señaló–. No te estoy sugiriendo que vayas a Charleston a hacer turismo. Será un viaje de trabajo. Puedes reunirte con nuestros abogados y nuestros contables. Gente capaz de hacer el trabajo que a ti tanto te agobia en la mitad de tiempo. Dos, tres días máximo. Si salimos el domingo por la noche te traeré de vuelta a San Diego con tiempo de sobra para prepararte para la boda de Chase y Emma el próximo fin de semana.

Ana pareció considerarlo durante un instante, pero luego sacudió con fuerza la cabeza.

–No veo cómo podría justificar…

Ward se lo tomó como un sí. Ella siguió hablando mientras él sacaba el teléfono y llamaba a su asistente. Llevaba ya un rato hablando cuando Ana se dio cuenta de que no le estaba escuchando. Se colocó delante de él en jarras y los ojos entornados, molesta.

–Espera, Jess –le dijo Ward al teléfono antes de bajarlo. Alzó una ceja.

–¿Has dicho «primera clase»?

–Es un vuelo largo. Nocturno. No quieres viajar en turista.

–¿Yo no quiero? –repitió Ana–. Lo que no quiero es ir.

–Lo sé. Pero vas a tener que confiar en mí. El viaje valdrá la pena.

Antes de que pudiera decirle nada más, Jess empezó a hablar otra vez y Ward le dedicó su atención a él. Estaba escuchando la respuesta de su asistente cuando sintió que le daban una palmadita en los bíceps. Alzó la vista y vio a Ana mirándole con el ceño fruncido y los brazos cruzados.

–Vuelve a llamarme con los detalles del vuelo –dijo al teléfono–. Gracias.

Mientras se guardaba otra vez el teléfono en el bolsillo de la camisa, Ana frunció todavía más el ceño.

–No puedo ir a pasar el fin de semana a Charleston. Además del papeleo, con el que voy muy retrasada –señaló hacia la pizarra blanca que tenía detrás–, ahora tengo también que organizar un mercadillo callejero.

Ward se rió sin disimulo.

–Todo eso ya lo has dicho. Además, tú no tienes que hacer nada con lo del mercadillo.

–Claro que sí –levantó las manos en señal de frustración–. Todo el mundo está emocionado y…

Ward le agarró suavemente las manos.

–Exacto. Todo el mundo está emocionado. Deja que ellos se encarguen, no tienes que ocuparte tú de todo. Jess podría hacer algo así dormido. Seguramente tu gente tendrá contactos aquí que pueden allanar el camino. Ryan, mi relaciones públicas, es relativamente nuevo y está deseando demostrar que es útil. Sinceramente, todavía no le he dado mucho trabajo. Estará encantado de tener algo que hacer.

–Haces que parezca muy fácil –su tono sonaba acusador.

–Es fácil –le aseguró él.

La duda cruzó el rostro de Ana por un instante. A Ward le sorprendió lo cálidos y sólidos que sentía sus brazos bajo sus manos. A diferencia de la mayoría de las mujeres del mundo del espectáculo, Ana tenía carne sobre los huesos. No estaba gorda, pero tampoco famélica. Tenía los brazos musculados y curvas en los lugares adecuados. Era un mal momento para darse cuenta de ello.

De pronto era demasiado consciente de su cuerpo femenino. Aspiró con fuerza el aire y trató de controlar el deseo de estrecharla entre sus brazos. La soltó con cierta brusquedad y dio un paso atrás.

Llevarla a la sede de la Fundación Cara Miller era lo correcto. Necesitaba los conocimientos que podía adquirir allí. Pero llevarla a Charleston era lo último que necesitaba. Ya se sentía demasiado atraída por ella. Pasar tiempo a su lado sólo empeoraría las cosas. Pero, ¿qué se supone que debía hacer? ¿Dejar tirado a alguien que necesitaba su ayuda sólo porque tenía problemas para mantener subida la cremallera? Además, le había dicho a Rafe que ayudaría. Y él mantenía sus promesas.

Se giró hacia ella forzando una sonrisa.

–Hagamos un trato. Ven conmigo a Charleston y pasa tres días en la Fundación. Cuando vuelvas, si no estás convencida de que hayas hecho lo que debías, yo personalmente donaré dinero suficiente para cubrir lo que cueste el mercadillo callejero.

Ella entornó los ojos y le miró con recelo.

–No puedo permitirlo. Eso no es una donación, es un soborno.

Ward le pasó un brazo por los hombros como si fuera un colega. El gesto le salió mal. Una vez más, el aroma de Ana le golpeó. Sintió su hombro delicado y fuerte al mismo tiempo bajo su mano. Tenía una postura rígida, como si no confiara del todo en sus intenciones.

Una dama inteligente.

Porque sí, era un buen colega. Un colega que se ponía duro como una piedra cada vez que le olía el pelo. Un buen colega que quería quitarle la ropa y ver su cuerpo desnudo. Y que también quería arrancar todas sus defensas emocionales y ver qué había debajo de ellas.

Pero lo que hizo fue guiarla hacia la mesa donde estaba la única magdalena que quedaba. La había visto mirándola antes.

–Primera regla de una organización benéfica: cuando alguien rico quiere darte dinero, acéptalo –dijo poniéndole la magdalena en la mano.

Ella mordió un trocito aunque torció el gesto.

–¿Te ha dicho alguien alguna vez que eres un hombre muy difícil?

Ward sonrió.

–Segunda regla: no insultes a los ricos que te dan dinero.

Ana sonrió con tirantez.

–No era un insulto. Era una pregunta –arrancó otro trocito y se lo llevó a la boca–. ¿Hay más reglas que debería conocer?

–Hablaremos de ellas en el avión.

Todavía no tenía claro cómo iba a pasar cinco horas y medio de vuelo con ella. No iba a poder dormir con Ana sentada a su lado.

Tras los comentarios de Ward el viernes, Ana esperaba que hiciera el viaje con ella. Al ver que no estaba en el coche que fue a buscarla, dio por hecho que se reuniría con ella en la terminal. Pero tampoco apareció. Envió a Jess para explicarle que Rafe había cambiado la reunión de la junta para la mañana siguiente. Cuando Ana se ofreció para quedarse también a la reunión, Jess le aseguró al instante que no era necesario. La urgió a entrar en el avión, y ella se quedó con la sensación de que la estaban llevando como si fuera

una maleta.

Treinta y seis horas más tarde, al menos uno de sus miedos se había aliviado. Todavía no sabía si Ward dudaba de sus habilidades, pero era obvio por el modo en que la recibieron en la Fundación Cara Miller que no estaba tratando de que la despidieran.

Pasó unas cuantas horas siguiendo a la directora de la rama benéfica, Stacy Goebel, que había sido amiga de Cara y había trabajado como ejecutiva en una empresa de marketing antes de que Ward le ofreciera el puesto. Aquella noche Stacy se llevó a Ana a cenar a un sitio de moda antes de dejarla en el hotel.

Al día siguiente hubo más de lo mismo pero en la rama incubadora de la fundación. A mediodía le daba vueltas la cabeza de lo mucho que había aprendido. Cosas que ni siquiera había pensado que necesitaba saber. Stacy había programado una comida con el abogado de la fundación, quien le recomendó un colega de San Diego que podría trabajar en La Esperanza de Hannah. Por la tarde volvieron a la Fundación. Al final del día, Ana apenas podía pensar con claridad. Una vez más, Stacy iba a llevarla a cenar. Mientras la esperaba en el vestíbulo principal, Ana se entretuvo mirando a su alrededor. Hasta el momento la habían llevado de reunión en reunión a tal velocidad que no había tenido oportunidad de ver nada. Ahora que sí podía se sintió emocionada como una fan adolescente.

El vestíbulo de la Fundación Cara Miller estaba decorado con trofeos de la carrera musical de Ward. El mostrador de recepción ocupaba el centro de la estancia. Álbumes de oro y platino cubrían casi por completo una de las paredes.

Stacy llegó al vestíbulo justo cuando Ana había llegado a la pared

de atrás, donde había una guitarra acústica Alvarez Yairi en un expositor de cristal.

–Ah, veo que has encontrado nuestra galería.

–Es una colección impresionante. Parece… no sé, fuera de lugar, tal vez. Ward no me parece una persona ostentosa.

–No lo es –Stacy se apresuró a defender a su jefe.

Ana disimuló la vergüenza.

–No quería que sonara así.

–No, de verdad. A Ward no le gusta esta sala lo más mínimo. Fue una sugerencia del decorador. Ward nunca se ha sentido cómodo aquí, pero incluso él admite que es un éxito cuando reunimos a los patrocinadores. A ellos les encanta.

Ana asintió. Eso sí parecía propio de Ward. Utilizar su fama sólo para conseguir lo que buscaba. En este caso, dinero para la Fundación.

Stacy suspiró.

–Hacía años que Cara y yo éramos amigas cuando empezó a salir con Ward. Yo estaba completamente maravillada cuando le conocí. La primera vez que vi esta guitarra… –puso los ojos en blanco–, no podía dejar de mirarla. La primera vez que le oí tocar en directo con ella lloré.

Ana podía entenderlo perfectamente.

–¿Qué ponen en su lugar cuando la Alvarez no está? –preguntó.

Stacy se encogió de hombros con tristeza.

–La Alvarez siempre está aquí.

–¿Cómo es posible? Por lo que he leído, es la única guitarra con la que compone, es su guitarra.

Se calló al darse cuenta de lo obsesiva que sonaba. Stacy pareció darse cuenta.

–Abrimos nuestras puertas cuatro meses después de la muerte de Cara. Por lo que yo sé, las únicas personas que la tocan son el equipo de limpieza.

–Él nunca…

–No –respondió Stacy–. Nunca. Ana sintió un nudo en la garganta.

–Eso me pone muy triste –admitió.

–A mí también –reconoció Stacy con una sonrisa melancólica. Pero se sacudió la tristeza y se giró hacia ella–. Y dime, ¿te parece que el viaje ha valido la pena después de todo?

Ana miró a la otra mujer con gesto sorprendido.

–¿Cómo dices?

–Cuando llegaste parecías… indecisa. O tal vez recelosa.

–Supongo que no se me da tan bien esconder mis sentimientos como pensaba –se apartó un mechón de cabello que se le había soltado y se lo colocó tras la oreja–. Sinceramente, no creí que venir hasta aquí me sirviera de mucha ayuda cuando había tanto trabajo que hacer en La Esperanza de Hannah –se rió de su propia estupidez–. Y pensé que tal vez Ward estuviera tratando de quitarme de en medio para poder celebrar una reunión de la junta sin mí.

Stacy la miró confundida.

–¿Por qué haría algo así?

Ana forzó una sonrisa.

–Vas a pensar que soy una paranoica, pero no estoy segura de cómo interpretar a Ward. Supongo que pensé que si creía que no estaba haciendo un buen trabajo en La Esperanza de Hannah decidiría quitarme de en medio y contratar a alguien más cualificado –se subió el bolso al hombro mientras salían del vestíbulo en dirección al aparcamiento.

Stacy guardó silencio durante un largo instante, y cuando Ana la miró vio que tenía el ceño fruncido. Stacy se dio cuenta y sonrió.

–Él no te habría traído hasta aquí si no pensara que eres capaz de hacer un buen trabajo. Está entusiasmado con el proyecto de La Esperanza de Hannah. De hecho, cuando le he visto esta mañana…

–Espera un momento –le interrumpió Ana–. ¿Has visto esta mañana a Ward?

–Estuvo aquí a primera hora de la mañana y se marchó justo antes de que tú llegaras.

–Entiendo –murmuró.

Pero lo cierto era que no entendía. La primera reunión en la Fundación Cara Miller estaba programada a las nueve. Ward tendría que haber llegado a las siete o siete y media para su reunión y marcharse antes de que ella llegara.

–¿Es normal que programe reuniones tan temprano?

–Gracias a Dios no –Stacy disimuló un bostezo–. Normalmente llega a la oficina sobre las nueve.

–Debía tener un día muy ocupado para haber llegado tan temprano.

Pero Stacy negó con la cabeza.

–No, eso es lo más curioso. Jess siempre me manda su agenda del día cuando está en la ciudad. Hoy no tenía nada que hacer. Normalmente cuanto está aquí se pasa doce horas en la oficina. No sé que pasa con esta visita para que no venga. Quiero decir…

Stacy se calló de pronto y miró a Ana de forma extraña. Inclinó la cabeza para observarla como si fuera un objeto curioso.

–¿Qué? –preguntó Ana.

Stacy se sonrojó y apartó la vista.

–Nada –aseguró con repentina alegría juntando las manos–. Bueno,

¿dónde cenamos? Hay un asiático nuevo que dicen que está muy bien. O si quieres algo menos formal hay una hamburguesería estupenda al final de la calle. O…

–Creo que esta noche me lo voy a perdonar –Ana bostezó, agradecida de no tener que fingir su cansancio–. Han sido unos días agotadores. Creo que iré al hotel y me acostaré pronto.

Stacy la miró con detenimiento.

–¿Estás segura?

–Completamente. Además, tengo que estar aquí a primera hora de la mañana. Quiero aprovechar y trabajar un poco más antes de que salga el vuelo por la tarde.

Stacy asintió, aunque no parecía muy convencida.

–De acuerdo. ¿Necesitas que te diga cómo volver al hotel o algo?

–No. El coche de alquiler tiene GPS. Me llevara donde quiera.

Lo que resultaba muy útil, ya que en realidad no iba a volver al hotel. No. Iba a seguirle la pista a Ward Miller. Había llegado el momento de que tuvieran una larga charla. Al parecer, durante aquellas conversaciones en las que habían hablado sobre si Ana tenía un problema con él, ella también tendría que haberle hecho algunas preguntas.

Capítulo Cinco

Unos minutos más tarde sacó el coche del aparcamiento de la Fundación Cara Miller, consciente de que el coche de Stacy la seguía de cerca. Pero en cuanto la otra mujer giró para meterse en la autopista, Ana se metió en el aparcamiento de un centro comercial cercano. Apagó el motor y sacó el móvil. Llamó primero al número de Ward y dejó un mensaje cuando saltó el buzón de voz. Como no tenía muy claro que le fuera a devolver la llamada, a continuación llamó al número de Emma.

–Oye –dijo cuando se hubieron saludado–. ¿Qué pasa con Ward? Sé que es uno de los mejores amigos de Chase, pero tengo que decirte que es muy difícil trabajar con él. Stacy, la directora de la Fundación Cara Miller dice que cuando está en la ciudad va todos los días a trabajar, pero ha evitado ir a la oficina desde que yo estoy aquí. Entiendo que no viniera en el mismo vuelo que yo por la reunión de la junta directiva de ayer, pero…

Emma la interrumpió.

–No hubo ninguna reunión de la junta ayer.

–¿No? Jess me dijo que ésa era la razón por la que no voló conmigo. Porque Rafe había programado una reunión de la junta por la mañana.

–Oh –dijo Emma. Se había quedado sin argumentos.

–Mira, quiero hablar con él. Al parecer me está evitando. ¿Puedes pedirle a Chase su dirección?

–Veré lo que puedo hacer.

Diez minutos más tarde, Ana tecleó una nueva dirección en el GPS del coche alquilado. Siguió las indicaciones y se adentró en

Charleston hasta llegar a un barrio de casas antiguas e iglesias aún más antiguas. La casa de Ward estaba en medio de una de las manzanas y no había nada que la distinguiera de las demás. Si Emma no le hubiera dado la dirección, nunca habría adivinado que era la casa de una estrella del rock.

Aparcó y, tras reunir todo su valor ,salió del coche y se dirigió a la casa. Llamó con el tirador y esperó con el corazón latiéndole con fuerza en el pecho.

Transcurrió un largo instante y se preguntó si no estaría cometiendo un gran error. Después de todo, ¿qué más daba si a Ward no le caía bien? Pero antes de que pudiera cambiar de opinión se abrió la puerta de entrada. En lugar de Ward, Ana se encontró frente a una mujer delgada de mediana edad con expresión severa.

–La mujer torció el gesto y señaló el cartel que había en la puerta.

–No molestar –gruñó, como si Ana no supiera leer.

–Estoy buscando a Ward Miller –se explicó.

–No molestar –repitió la mujer mientras empezaba a cerrar la puerta.

Ana puso el pie en la puerta para impedir que la cerrara.

–Soy Ana Rodríguez –se presentó mientras aguantaba la presión en el pie–. Trabajo con él en una obra benéfica en San Diego y necesito hablar con él un minuto. ¿Por qué no le pregunta si puede recibirme?

–No está aquí –dijo la mujer a regañadientes.

–¿Puede decirme cuándo volverá?

–Eso es muy fácil –respondió la mujer con una risa burlona–. No va a volver.

El tono de la mujer puso a Ana de los nervios. Entornó la mirada y presionó por el hueco de la puerta. Hacía falta algo más que un

gesto desaprobatorio para echarla atrás.

–Mire, sé que está en la ciudad. Así que más le vale decirle que estoy aquí.

La mujer vaciló pero finalmente abrió la puerta del todo. Ana se agarró a la oportunidad mientras pudo y se deslizó al interior.

La casa era tan bonita por dentro como por fuera. El vestíbulo se abría a una zona de estar a un lado y a un comedor al otro. Las escaleras que había frente a la puerta llevaban a la segunda planta. El suelo era de madera oscura y brillaba. Las paredes estaban pintadas en un tono crema que combinaba con los tapizados color marfil, y todo era el marco perfecto para la impresionante colección de arte abstracto que colgaba de las paredes. Ana trató de no quedarse boquiabierta.

Sólo había algo en el vestíbulo más impactante que los millones de dólares en arte. Sobre la mesita que había al lado de la puerta de entrada, apoyadas en un enorme jarrón de cristal, había unas gafas de sol grandes de Burberry exactamente iguales a las que había hecho famosas Cara Miller. Era como si ella hubiera entrado por la puerta hacía unos minutos y las hubiera dejado allí de camino. Ana las miró y luego miró al ama de llaves, que le mantuvo la mirada con helada obstinación.

La visión de aquellas gafas le provocó un escalofrío en la espina dorsal. No tendría que haberlas visto. Era algo demasiado íntimo, la prueba tangible del dolor de Ward. Había invadido su privacidad. No tendría que haber venido.

Miró a su alrededor en busca de alguna señal de que Ward pudiera estar allí. No encontró ninguna. La casa estaba meticulosamente limpia. Aparte de las gafas, no había más señales de que alguien hubiera pasado por allí en el último año, así que menos en las

últimas horas. No había correo ni una novela al lado del sofá.

Ana se puso en jarras y se giró hacia el ama de llaves.

–Supongo que me está diciendo la verdad. Ward no está aquí.

La mujer sacudió la cabeza y una punzada de dolor cruzó por su rostro.

–Ya no se queda en casa cuando viene a la ciudad.

Mientras hablaba, el ama de llaves miró hacia las gafas. No hizo falta más, Ana sabía leer entre líneas.

Puede que Ward siguiera siendo el dueño de la casa, pero no había vuelto a vivir allí desde la muerte de Cara.

–Si habla con él, dígale que me llame –le pidió a la mujer.

Volvió a subirse al coche y estaba dando marcha atrás cuando se le ocurrió mirar hacia la parte de atrás de la casa. Había un garaje de dos pisos independiente que en el pasado debió ser una cochera y ahora era un garaje con un apartamento en la parte de arriba.

No, Ward ya no se quedaba en la casa, se dijo Ana. Pero se quedaba cerca de la casa.

Salió de la entrada y se dirigió hacia la parte de atrás. Aparcó frente a las puertas de la enorme cochera y salió del coche. Una escaleras llevaban por fuera hacia la puerta del segundo piso. Supo al instante que su instinto no la había engañado. Se detuvo en la parte superior antes de llamar. Reconoció los acordes de la guitarra del músico de blues Keb Mo, un artista que había empezado a escuchar cuando leyó en una entrevista de Ward que a él también le gustaba.

Llamó a la puerta. Transcurrido un minuto volvió a llamar más fuerte para que la oyera por encima de la música. Un segundo más tarde escuchó el teléfono y luego bajaron la música. Cuando Ward abrió la puerta, todavía tenía el móvil en la mano. Pero ella apenas se fijó,

porque estaba sin camisa.

Tenía algo de vello en el pecho y la piel bronceada. Estaba delgado, no excesivamente fuerte ni musculado, sólo… delicioso.

Por primera vez en su vida entendió la sensación que otras mujeres habían descrito sobre el deseo de tocar el pecho de un hombre. Los dedos prácticamente le dolían por el deseo de tocar y explorar. De saborear. De lamer. De…

Oh, Dios, ¿estaba babeando?

Apretó con fuerza las manos para controlar sus deseos más primitivos. Desgraciada o afortunadamente, según como se viera, Ward se puso un jersey por la cabeza y apartó de ella la tentación. Luego se pasó la mano por el pelo y entonces Ana se dio cuenta de que lo tenía mojado. Eso explicaba que estuviera sin camisa.

–No te preocupes –dijo al teléfono justo antes de poner fin a la llamada–. Era mi ama de llaves advirtiéndome de que estabas aquí –se apartó a un lado para dejarla pasar.

Ana se quedó quieta un instante mirando a su alrededor. Desde fuera, la cochera parecía tener el mismo estilo que la casa principal, pero por dentro eran completamente distintas. La casa principal era alegre y bien iluminada, con una decoración tan cuidada que se acercaba a lo institucional. Por lo que estaba viendo, el apartamento consistía en una pequeña zona de estar y una minúscula cocina integrada. El pasillo llevaba a lo que imaginó que sería el dormitorio y el baño. Sobre la encimera había una caja de comida para llevar y una botella de Gran Patron Platinium.

Los muebles eran sencillos y estaban un poco usados. En las paredes había estanterías con libros y recuerdos de los viajes de Ward por el mundo. No cabía duda, tal vez ya no se quedara en la casa, pero sin duda vivía aquí.

Ward cerró la puerta tras ella, y por primera vez desde que le había conocido le pareció algo avergonzado.

–Si te pregunta, ¿podrías decirle a Chase que he vuelto a vivir en la casa?

La petición le resultó tan inesperada que Ana no pudo más que encogerse de hombros.

–Sí, claro… ¿me lo va a preguntar?

–Tal vez sí. El año pasado me armó todo un escándalo cuando supo que me había mudado.

¿Qué podía decir ella? Nunca había perdido a una pareja. Así que sólo podía imaginar cómo se sentía. Lo destrozado que debía estar para no poder volver a vivir en la casa que había compartido con su mujer, incapaz también de venderla.

–Deberías llamarme. Miento fatal –se explicó al ver que Ward alzaba una ceja en gesto interrogante–. Si me llamas ahora al menos podría decirle eso y fingir que nunca estuve aquí.

Ward estuvo a punto de echarse a reír ante la sugerencia. Sus palabras eran las de una mujer práctica y al mismo tiempo no pudo evitar que le hiciera gracia. El sentimiento se correspondía con todo lo que sabía sobre ella. Una vez más, la impresionante combinación de belleza exótica y ropa funcional y seria le resultaba demasiado atractiva.

Llevaba una chaqueta blanca y negra ajustada a la cintura y un enorme bolso de piel colgado al hombro. Cuando la puerta se cerró tras ella se soltó el cinturón para rebelar unos pantalones negros ajustados y una camisa blanca de estilo formal que parecía algo arrugada tras los avatares del día. Ward sintió deseos de desabrochársela para ver qué había debajo.

Y más que nada, deseaba besarla. Sentir sus labios húmedos y

calientes bajo los suyos. Besarla hasta que su irritación se convirtiera en sorpresa y luego seguir besándola hasta que se transformara en deseo. Hasta que le deseara con la misma profundidad que la deseaba él.

Pero por supuesto, lo último que quería era asustarla, y eso sería lo que ocurriría si la besaba. Ahora le estaba mirando con recelo. No era de extrañar, dado lo mucho que estaba tardando en responder. Pero en lugar de contestar directamente cruzó hasta la cocina y sacó dos vasos del armarito.

–¿Bebes tequila? –preguntó alzando los vasos.

Ella le miró con extrañeza antes de asentir.

–No con regularidad, pero he pasado la mayor parte de mi vida en el sur de California. Allí todo el mundo bebe tequila alguna vez.

Ward se sirvió un dedo y luego le sirvió otro a ella. Le pasó el vaso. Ella dio un sorbo pequeño. Ward asintió con aprobación y luego bebió a su vez antes de dejar el vaso sobre la encimera.

–A los músicos todo el mundo les invita a beber –comenzó a decir–. Los dueños de los bares, los fans, otros músicos… esté bien o mal, bebo tequila desde los quince años. Algunos son muy malos, pero Gran Patron es el mejor del mundo. No se bebe a sorbos, sino de un trago largo. Se saborea.

Ana alzó su vaso, dio otro sorbo y dejó que el líquido transparente se le deslizara por la garganta. Ward observó los delicados músculos de su cuello moverse bajo su piel mientras bebía. Había algo erótico en verla beber. Como ella no decía nada, siguió hablando.

–Las mujeres se parecen mucho al tequila. Hay muchas alrededor de los músicos. Como con el tequila barato, a veces te tomas un trago rápido de ellas. Es algo que haces porque están allí, a mano –

movió el vaso entre las palmas–. Amaba a mi mujer y no la engañé ni una sola vez. Nunca me sentí tentado. ¿Por qué iba a beber tequila barato sólo porque alguien me lo ofreciera si tenía algo de mejor sabor en casa?

Entonces la miró con expresión sombría. Le dio otro sorbo al Patron y le preguntó:

–¿Te ha ofendido la analogía?

Ana se lo pensó durante un instante y ladeó la cabeza mientras se lo pensaba. Entendía que a algunas personas pudiera ofenderles, pero a ella no.

–Mi padre solía decir que las mujeres eran como esquimales. ¿Sabías que los esquimales tienen cuarenta palabras distintas para definir la nieve? Decía que las mujeres somos así. Tenemos cientos de palabras para los sentimientos, pero los hombres no. Describen a las mujeres como posesiones porque no tienen otra forma de transmitir lo desesperadamente que las necesitan.

Hacía mucho tiempo que no pensaba en aquello. Cuando era adolescente, sus padres no paraban de soltarle discursos para que se mantuviera alejada de los problemas. Tenía miedo de que estropeara su vida y su futuro por culpa de las drogas o que se quedara embarazada. Su madre siempre le decía lo mismo, pero las palabras de su padre se le habían quedado grabadas: «No te acuestes con un chico sólo porque te diga que te quiere, son palabras que los chicos utilizan para llevarte a la cama. Espera al chico que esté dispuesto a esperarte, espera al chico que no sea capaz de decirte cuánto te quiere. Al chico que consiga que te lo creas».

Y nunca había conocido a ese chico. Así que ahí estaba, virgen a los veintisiete. Lo cierto era que había empezado a dudar de que

existiera un amor así. Sí, sus padres eran la prueba, pero Ana sabía que su relación no era lo habitual. Pero al escuchar a Ward comparando a Cara con tomar tequila creyó por primera vez que era posible. El hombre que tenía delante se había enfrentado a todas las tentaciones imaginables. Habría tenido oportunidades incontables para ser infiel, pero amaba demasiado a su esposa. Incluso ahora, tres años más tarde, la amaba demasiado como para vivir en la casa que habían compartido. No podía siquiera deshacerse de sus gafas de sol. ¿Cómo iba a ofenderla una devoción así, independientemente de los términos en los que se expresara?

Retomando su anterior requerimiento, le dijo:

–Si no quieres que Chase sepa que estás viviendo en la cochera, desde luego no se enterará por mí.

Él asintió lentamente y sonrió.

–Gracias.

Pero era una sonrisa triste, como si Ward supiera que había llegado el momento de seguir adelante pero se resistiera a hacerlo.

Ana suspiró. El motivo por el que estaba allí le parecía demasiado egoísta comparado con su obvio dolor.

–Siento haber invadido tu intimidad. Debería dejarte solo –dejó el vaso de tequila y se dirigió hacia la puerta.

Ward la detuvo al primer paso.

–¿Por qué has venido?

Ahora le parecía una tontería. ¿Por qué invadir su intimidad sólo para paliar su inseguridad? Había trabajado con mucha gente que no le caía bien. Era lo bastante profesional para hacerlo esta vez también.

El problema estaba en que a ella sí le caía bien Ward. Y como

seguía esperando una respuesta por su parte, sonrió tímidamente y dijo:

–Pensé que no te caía bien.

Cuando alzo la vista para mirarle se dio cuenta de que se había quedado completamente paralizado. La miró por encima del vaso y alzó una ceja. Ana forzó una risa despreocupada.

–Ahora suena muy tonto, pero pensé que tal vez me estuvieras evitando –continuó ella tratando de disimular la frustración sin conseguirlo–. Tomaste un vuelo distinto para venir a Charleston aunque no había ninguna reunión de la junta. No has estado en la fundación aunque Stacy me asegura que normalmente pasas allí todos los días cuando estás en la ciudad.

Ward sonrió, y ella se puso automáticamente en jarras.

–El otro día me preguntaste directamente si tenía algún problema para trabajar contigo. ¿Es que yo no tengo derecho a hacer lo mismo? –Ana movió un poco los hombros para librarse de la irritación–. En realidad no es importante. Sólo quería preguntártelo.

Ward bajó lentamente el vaso y sonrió todavía más.

–A ver si lo entiendo. ¿Crees que te estoy evitando porque me caes mal?

Ella apretó los labios un segundo antes de responder.

–Sí. Y no quiero que eso afecte a mi trabajo en… Pero antes de que pudiera terminar la frase, Ward rodeó la isla de la cocina y se acercó donde ella estaba. Ana contuvo la respiración sorprendida cuando la estrechó entre sus brazos y la besó.

Capítulo Seis

Besar a Ana era lo más parecido a estar en el cielo a lo que un hombre como él podía aspirar. Olía a galletas de canela y sabía a su tequila favorito. A menos que tuviera la piel recubierta de azúcar, no veía cómo podría mejorar.

Tenía la boca caliente y húmeda y tras un instante de sorpresa se mostró increíblemente receptiva. El bolso se le resbaló del hombro y cayó al suelo y entonces Ana le subió las manos por el cuello y le acarició el pelo. Le besó con más pasión, abriendo la boca bajo la suya y embistiendo con audacia la lengua contra sus dientes. Ward le llevó automáticamente la mano al trasero y la atrajo hacia sí, apretándola contra su erección. Ana empujó las caderas hacia delante, frotándose contra él de un modo que le provocó escalofríos por todo el cuerpo.

No había sido su intención que el beso se le fuera de las manos. Qué diablos, no tenía pensado siquiera besarla. Si hubiera mostrado la más mínima resistencia la habría dejado ir al instante. Pero Ana se derritió contra él, así que él se la atrajo todavía con más fuerza y sintió cómo se estremecía en respuesta. Le quitó la chaqueta por los hombros y por los brazos. Poniéndoselos a la espalda, la obligó a dar un paso y luego otro hasta que la espalda le dio contra la pared que había al lado de la puerta. Tenía las caderas enganchadas a las suyas, pero Ward deslizó las manos entre sus cuerpos para desabrocharle los botones de la camisa uno a uno. La camisa se abrió para dejar al descubierto un sujetador de encaje color carne.

Le deslizó una mano entre la camisa y la piel sedosa que había

debajo. Cuando le cubrió un seno con la mano Ana apartó la boca, gimiendo de placer. Echó hacia atrás la cabeza. Con la boca entreabierta y húmeda, los ojos semicerrados y la respiración agitada era la viva imagen del erotismo.

Sacó la lengua para humedecerse el labio inferior y la erección de Ward aumentó en respuesta, apretándose contra la cremallera de los vaqueros.

Si Ana se excitaba tanto con un inofensivo magreo, no quería ni imaginar cómo respondería a las cosas que quería hacerle.

Unos instantes antes ella pensaba que no le caía bien. Pensaba que la estaba evitando. Al instante se vio en guerra consigo mismo. Una parte de él quería bajarle las braguitas y hundir los dedos en su interior. Pero otra parte de él, la lógica, sabía que aquél no era el momento adecuado. Ana no era un trago barato de… se detuvo a medio pensamiento. Le parecía mal en cierto modo considerar a Ana como había considerado a Cara. Eran muy diferentes. Si Cara había sido tequila fino, elegante y exclusivo, entonces Ana era… un margarita perfecto. Un poco salada, muy dulce y con un toque ácido. Cara había sido la dueña de su corazón, de su carrera, de su vida entera. Y había tardado mucho en recuperarse. No estaba preparado para aquello.

Sin embargo, Ana merecía algo más que un coito rápido contra la pared. Como mínimo se merecía la verdad. Se apartó lentamente y esperó a que ella tuviera los pies de nuevo en el suelo antes de darse la vuelta y pasarse la mano por el pelo. Dios, ¿cómo había podido perder el control tan deprisa? Cerró los ojos con fuerza y admitió finalmente la verdad.

–No te estaba evitando porque me cayeras mal, te evitaba precisamente por esto.

Miró hacia atrás y la vio allí de pie con la espalda apoyada en la pared. Los senos le subían y le bajaban rápidamente a cada respiración. Con la camisa abierta y sus senos perfectos escondidos tras el encaje parecía una fantasía salvaje hecha realidad. Tenía la mirada un poco confundida, como si no entendiera lo que le estaba diciendo.

–Tenía miedo de esto –admitió Ward–. Sabía que la química entre nosotros era palpable. No quería estropear nuestra relación de trabajo.

–Oh –Ana pareció darse cuenta de pronto de que tenía la camisa todavía sin abrochar. Se dispuso a abrocharla con la respiración todavía agitada.

Él se dirigió a la cocina, vació su vaso de tequila en el fregadero y se sirvió otro de agua helada. Le sirvió otro a ella.

Ana le siguió a la cocina y aceptó el vaso mientras sacudía la cabeza para aclararse las ideas.

–Entonces, ¿me has estado evitando porque te gusto? –alzó la mano para evitar la protesta que creyó que él iba a hacer–. Olvida lo que he dicho. Estoy presuponiendo que el afecto y el deseo van en cierto modo unidos.

–Ana… –trató de protestar él.

–No, no pasa nada –sonrió débilmente y se bebió el agua fría a grandes tragos–. Así que me deseas pero no me deseas. ¿Lo he entendido bien?

–Digamos que sí. Sí, te deseo. Pero el sexo complica las cosas. Y no quiero hacerte daño.

Ella dejó el vaso sobre la encimera de granito con una fuerte sacudida.

–Estás dando por hecho que podrías herirme.

Su ingenuidad le resultaba encantadora.

–Sí, así es –tal vez debería fingir una falsa modestia–. Soy famoso desde mucho tiempo antes de que tú empezaras a tratar con famosos.

–Eso no es cierto –arguyó Ana con vehemencia–. He lidiado con todo tipo de famosos cuando trabajé en Hollywood.

–¿Con cuántos de ellos te acostaste?

A Ana se le sonrojaron las mejillas.

–¡Eso no es asunto tuyo!

Así que la respuesta era o con muchos o con ninguno. Apostaba a que con ninguno.

–Lo que quiero decir es que es muy fácil enamorarse de un famoso pero muy difícil amarle.

Era un mal común entre las celebridades. La gente se enamoraba de una fantasía y no de la persona que tenían delante.

Cuando parecía que Ana iba a protestar le puso un dedo en los labios para callarla.

–No quiero hacerte daño. No quiero que te enamores de mí y que un día te despiertes y te des cuenta de que no soy el hombre que querías que fuera. No sería justo para ti.

Ella frunció el ceño.

–Creo que no sería justo para ninguno de los dos.

–No quiero hacerte daño, Ana –repitió.

Se apartó de él con los ojos echando chispas y se agachó para recoger la chaqueta del suelo.

–¿Y dónde nos deja esto? –preguntó con tono desafiante.

Ward se encogió de hombros.

–Tenemos que trabajar juntos para La Esperanza de Hannah. Ahora mismo estamos empezando y los miembros de la junta tenemos

que estar muy implicados. Pero dentro de un año aproximadamente, cuando las cosas estén encarriladas, puedo echarme a un lado y podéis buscar a otra persona.

Ana deslizó los brazos en las mangas de la chaqueta y avanzó muy despacio hacia él.

–Me refiero dónde nos deja personalmente. Estás convencido de que soy una especie de flor delicada que no podría manejar la situación de estar contigo. Pero te equivocas. Soy capaz de manejar cualquier cosa que me proponga.

Ward no pudo evitar sonreír ante su arrebato y ante su elección de palabras.

–¿Tengo que dar por hecho que quieres manejarme?

Ella arqueó una ceja y abrió la boca como si fuera a decir algo, pero pareció pensárselo mejor. Tras mirarle un instante, admitió:

–No lo sé –se llevó las yemas de los dedos a las sienes y cerró los ojos durante un segundo. Cuando volvió a abrirlos tenía una expresión confundida–. Lo que sé es que no quiero alejarme de esto. No quiero alejarme de ti. ¿No podríamos dejar que las cosas siguieran su curso? ¿Y si esperamos para ver qué pasa?

Ward dejó escapar un gruñido de disconformidad y sacudió la cabeza.

–No voy a poner en riesgo tu corazón por curiosidad –le cubrió la mejilla con la palma de la mano–. Es fácil enamorarse de un famoso pero es casi imposible amarles.

–Eso ya lo has dicho –Ana alzó la barbilla y le miró con valentía a los ojos–. Pero yo no voy a enamorarme de ti.

Ward no pudo evitar sonreír a pesar de su pesadumbre.

–¿Ah, no?

–No. Ni lo más mínimo.

–¿Lo prometes?

Ella también sonrió con cierta picardía.

–Lo juro y lo cierro con llave.

Ward sabía que tenía que decir que no de todas maneras. Debería decirle que se fuera, cerrar la puerta, subirla en un avión rumbo a San Diego y no volver a verla más.

Aquel instinto de poseerla, de conservarla a su lado no era bueno para ella. Y él era un egoísta por dejarse llevar.

Pero, ¿qué podía decir? La deseaba, sencilla y llanamente. Y hacía demasiado tiempo que no deseaba nada.

–De acuerdo –accedió.

Ana sonrió de oreja a oreja como si hubiera ganado alguna especia de premio. Como si ella fuera la afortunada, cuando en realidad él era el ganador. Terminaría sin ninguna duda desilusionándola.

Ella se puso de puntillas y le rodeó el cuello con los brazos. Ward se los quitó con delicadeza.

–Pero tenemos que tomárnoslo con calma –se explicó–. Puede que quiera llevarte a la cama y cometer toda clase de pecados con tu cuerpo. Pero no va a ser ahora.

–Oh –Ana abrió mucho los ojos y luego un sonrojo le cubrió las mejillas.

O estaba sorprendida por su sinceridad, algo muy posible, o sinceramente no había considerado la posibilidad de que si volvía a besarla otra vez tal vez no podría parar.

Ana pasó rápidamente de la confusión a la sorpresa a una avergonzada satisfacción. No se atrevió a mirarle a los ojos cuando asintió.

–De acuerdo. ¿Y qué hacemos ahora?

–Vamos a ir a cenar.

–¿A cenar?

–Sí –la tomó de la mano y la llevó hacia la puerta. Agarró un juego de llaves de la mesita–. Ninguno de los dos hemos comido. Es mucho mejor que estemos en público. No me fío de mí a solas contigo.

Ward la dejó conducir su Hudson Hurnet con asientos de piel.

Sabía que nunca tendría una relación auténtica con él. Su corazón pertenecía a otra mujer. Pero a pesar de eso la deseaba. La pasión con la que la besó lo confirmaba incluso para una neófita como ella. Si lo único que podía tener era aquello, se conformaría.

No se hacía la ilusión de que algún día llegara a amarla, pero no le importaba. Si conseguía mantener el corazón apartado podría dejarse llevar por los deseos de su cuerpo. ¿Cómo iba a resistirse? Incluso cabía la posibilidad de que fuera tan experto que no se diera cuenta de que le estaba arrebatando la virginidad cuando llegara el momento. Al menos sabía que la pasión entre ellos sería tan fuerte que valdría la pena.

Cenaron relajados en un local situado entre un gimnasio de artes marciales y un pub. Estaba lo suficientemente escondido como para no se pudiera acceder a él desde la calle si no se conocía su existencia. Pero una vez dentro estaba limpio y bien iluminado. El dueño, un griego muy bullicioso, salió al instante a recibir a Ward y le dio unas sonoras palmaditas en la espalda. Los demás clientes miraron hacia ellos pero por lo demás los ignoraron, una señal clara de que Ward era un cliente habitual.

Ana no pudo evitar sonreír nerviosa cuando Ward tomó asiento en la silla y sus piernas rozaron con las suyas. Con el brazo apoyado en el respaldo del asiento, parecía llenar el espacio de tal forma que Ana apenas se podía concentrar en leer la carta, y menos en tomar

una decisión sobre qué comer.

Dejó que Ward decidiera por ella y optaron por unas hamburguesas especiadas de cordero con salsa *tzatziki* servidas con patatas y calabacín empanado. Durante la cena hablaron principalmente de sus planes para La Esperanza de Hannah.

Había algo íntimo en compartir la comida con Ward que le resultaba incómodo. No estaba acostumbrada a tener citas, había aprendido muy pronto que al evitar las relaciones románticas evitaba los avances físicos que inevitablemente venían a continuación. Así que no tenía costumbre de estar sentada frente a alguien con tan poco espacio. A que sus dedos se rozaran cuando ambos iban a por el mismo trozo de calabacín.

Hasta que no estuvieron de vuelta en el coche, Ana no reunió el valor de hacerle la pregunta que le rondaba por la cabeza desde que llegó a Charleston.

–Dime algo –su voz sonaba tensa, pero agarró con más fuerza el volante y continuó–. Cara murió de cáncer de mama, ¿verdad?

Miró hacia él y bajo la parpadeante luz de una farola vio que se había quedado muy quieto. Esperó a que le contestara lo que ya sabía, pero como no dijo nada continuó:

–Ninguna de las organizaciones con las que trabaja la Fundación Cara Miller está relacionada con el cáncer. Ni con los pacientes, ni con la investigación…

–Eso era lo que ella quería –la atajó Ward bruscamente.

Ana tuvo claro que había cruzado una línea que no debía.

–Lo siento, yo…

–No lo sientas –Ward dejó escapar un suspiro y se rascó la cara–. Es que no estoy acostumbrado a hablar de ello. Hablo de Cara constantemente, pero nunca hablo del cáncer. Ella no quería darle

un lugar importante en su vida. Quería que su legado fuera para ayudar a los niños.

Ana consideró sus palabras. En cierto modo tenía sentido lo que decía. Pero al mirar a Ward le dio la sensación de que no se sentía completamente cómodo con la decisión de su mujer.

–Pero…

–¿Qué? –él la miró con dureza.

–O sea… sí, fue su decisión –dijo encogiéndose de hombros–. Pero, ¿tú qué opinas al respecto?

En cuanto aquella pregunta salió de su boca lamentó haberla hecho. Era una pregunta demasiado personal. El coche estaba demasiado oscuro para que pudiera ver la expresión de Ward.

–No fue decisión mía –dijo, y añadió al instante–. Además, me gusta trabajar con niños. Hacen que valga la pena.

Cuando Ana se detuvo en un semáforo le miró sorprendida.

–¿Trabajas con niños con frecuencia? –le preguntó, porque le parecía una pregunta más segura que presionarle para que le diera más respuestas sobre Cara.

–No con demasiada –respondió él–. Viajo demasiado y no quiero que haya ningún niño que dependa sólo de mí. Pero a veces tengo que hacerlo, como en el caso de Ricky.

Dijo aquel nombre como si fuera alguien que ella debía conocer.

–¿Ricky?

–Se acercó a La Esperanza de Hannah un día de colegio. Tiene trece o catorce años –Ward señaló hacia la siguiente intersección–. Gira a la izquierda allí –continuó con su historia–. Aunque parezca extraño, quería saber si su madre podía entrar en las clases de preparatoria que Omar va a impartir. Está preocupado por las perspectivas de trabajo de su madre.

–Es normal que los hijos de madres solteras sean muy protectores con ellas –aseguró Ana girando.

–Yo desde luego lo era –admitió Ward.

Se sintió tentada a presionar para sacarle más información, pero sabía que había indagado demasiado en su vida personal por aquella noche.

–¿Así que decidiste ser su mentor? –le preguntó–. ¿Llevas en la ciudad menos de una semana y ya has tenido tiempo de apadrinar a un niño?

Ward se rió.

–Lo cierto es que todavía no le he apadrinado. Sólo le he visto esa vez, pero estoy seguro de que no me lo va a poner fácil. Estuvo allí un viernes por la mañana. Le dije que podría conseguirle a su madre la ayuda que necesitaba pero que él tendría que ir también al colegio. Para asegurarme de que cumple con su parte del trato le dije que tendría que venir a La Esperanza de Hannah con ella, pero Ricky me respondió que no iba a perder el tiempo con ningún benefactor entrometido. Así que le dije que yo le daría clases después del colegio. Estoy seguro de que si no le hubiera echado el lazo ahí mismo no le habríamos vuelto a ver jamás. Así que quedé con él el jueves por la tarde. Ya veremos cómo va.

–Eso es muy generoso por tu parte –aseguró Ana sorprendida.

Ward soltó un gruñido imperceptible, como si se sintiera incómodo con su halago.

–Ya veremos qué pasa. Creo que accedió sólo porque yo tenía la guitarra de Dave conmigo y Ricky quería tocarla.

Ana giró la cabeza para escudriñar su rostro en la oscuridad, lo que resultó tan inútil como tratar de comprenderle.

–¿Tenías la guitarra de Dave? ¿Por qué?

–No porque esté grabando un álbum en secreto y tenga pensado utilizar La Esperanza de Hannah para promocionarlo, si eso es lo que te preocupa.

Ana sintió que le ardían las mejillas, consciente de pronto de lo ridículas que sonaban ahora sus acusaciones del primer día.

–Ward, respecto a eso, yo…

–Estaba bromando –aseguró él con dulzura.

–Oh, de acuerdo.

Ward le señaló la manzana siguiente y Ana enfiló el coche hacia la calle.

–¿Por qué no la Alvarez? –preguntó ella con cuidado.

–¿Qué?

–Si estás tocando otra vez la guitarra, entonces, ¿por qué no la Alvarez?

–Yo no diría que estoy tocando –había una sombra de duda en su respuesta, como si no supiera qué decir.

–¿No lo echas de menos? –preguntó Ana parando el coche en la entrada de casa de Ward.

Él no respondió, se limitó a sacar el mando de la cochera de la guantera del coche. Ana esperó mientras las puertas se abrían, y para llenar el silencio siguió hablando.

–Yo empecé a coser por mi abuela. Era capaz de hacer cualquier cosa con solo mirarla. La madre de Emma, Denise, le compraba vestidos preciosos. Se gastaba una fortuna en su ropa. Emma no fue capaz de desprenderse de ellos cuando su madre murió, así que la abuela se los arregló y pudo ponérselos durante años. Con el tiempo Emma empezó a llevarle fotos de cosas que había visto en las revistas y la abuela empezó a hacerle también vestidos.

Ana dejó el coche en su sitio y apagó el motor. Se revolvió en su

asiento y se giró para mirarle. Al abrir la puerta del garaje se había encendido una luz superior que creaba duras sombras en su rostro pero no revelaba su estado de ánimo.

–Me enseñó a coser cuando tenía diez años. Era algo que hacíamos juntas. Incluso ahora que ya no está me siento más cerca de ella cuando coso. Todavía me gusta hacerme mi propia ropa. Es lo único que echo de menos del diseño de vestuario.

Ward alzó una ceja.

–¿Eso es lo que lamentas de haber dejado Hollywood? ¿Coser es lo único que echas de menos?

Ella se rió.

–Bueno, eso y no poder ponerme ninguna de esas prendas tan bonitas que hacía –le tendió las llaves del Hornet y se las dejó caer en la mano–. Por eso te preguntaba por la Alvarez. Formó parte de tu vida durante mucho tiempo. No puedo creer que no la eches de menos.

Ward puso las llaves cuidadosamente las llaves en el salpicadero y luego tomó la mano de Ana.

–No me interesa realmente hablar de la Alvarez. Ana se quedó paralizada al instante y contuvo el aliento. Tenía la mano cálida cuando sus yemas le recorrieron la palma. Apretó los labios, tragó saliva y se forzó a apartar la vista de sus manos unidas para mirarle a la cara.

–¿De qué quieres hablar?

Una sonrisa se asomó a labios de Ward.

–Tal vez no quiera hablar –le dio un suave tirón a la mano.

Con el corazón latiéndole con fuerza, Ana se inclinó hacia él.

Capítulo Siete

Su intención había sido darle a Ana un beso rápido y despedirla. Pero en cuanto sus labios rozaron de ello sintió como si entre ellos se hubiera encendido un fuego. Ana recibió su beso con la misma pasión vibrante que ponía en cada una de sus discusiones. Era todo calor y sentimiento. Sabía al té dulce que había bebido durante la cena y al helado de caramelo del postre. Su pasión era tan intensa y ardiente que parecía casi torpe. Su lengua le lamió de forma audaz. Le sujetó la parte de atrás de la cabeza cuando giró la boca sobre la suya. Su torpeza le excitó más que cualquier experimentada seducción. La sangre le bullía en las venas y alimentaba su erección. Ana giró su cuerpo hacia allí como si deseara desesperadamente frotarse contra él pero no tuviera muy claro cómo moverse en los confines del asiento delantero. Ward llevó la mano a la palanca que había debajo del asiento, tiró de ella y el asiento se reclinó todo lo que daba de sí. Entonces estiró las piernas y colocó a Ana sobre su regazo de modo que la tuvo a horcajadas. Ella gimió en señal de aprobación, frotando la juntura de sus piernas contra su creciente erección. Apartó la boca de la suya, echó la cabeza hacia atrás y gimió en voz alta. Apretando las caderas contra las suyas, se estremeció de forma visible.

Combinada con la deliciosa presión contra su pene, la imagen de su excitación resultaba tan erótica que Ward estuvo a punto de alcanzar el orgasmo allí mismo. Luchando por controlar su creciente pasión, observó indefenso cómo Ana se quitaba la chaqueta. Estuvo a punto de aullar cuando se llevó los dedos a los botones de la camisa. Pero el último jirón de cordura le llevó a sujetarle la mano

para impedírselo.

Con toda la delicadeza que pudo, la apartó de su regazo, abrió la puerta y salió del coche.

–Ward, espera… –jadeó ella.

Ward se inclinó para hablar con ella a través de la puerta abierta. Ana se llevó la chaqueta al pecho y la agarró con fuerza. Parecía confundida y deliciosamente desaliñada. Ward aspiró con fuerza el aire y trató de recuperar el control. Pero desafortunadamente, el interior del coche estaba cargado de su dulce aroma.

–Sal del coche –le pidió con dulzura.

Ella salió a toda prisa, pero Ward extendió una mano para evitar que se acercara demasiado.

–No lo entiendo –murmuró Ana. La confusión de su rostro se convirtió en una expresión herida.

Se sintió tentado a abrazarla, pero si volvía a tocarla sabía cómo terminaría aquello: con los dos desnudos en la habitación. O tal vez no llegaran tan lejos. Tal vez la tomaría contra la puerta de entrada. O encima del capó del Hornet.

Por muy tentadoras que resultaran aquellas fantasías, no quería que su primera vez fuera así. Quería saborearla, colmarla de atenciones. Pasar horas con ella para descubrir todos y cada uno de sus rincones. Pero no iba a hacerlo aquella noche.

–Yo solo… –comenzó a decir. Se interrumpió y aspiró con fuerza el aire–. Vamos a ir despacio, ¿te parece? Como habíamos dicho.

–De acuerdo –Ana asintió, pero entonces avanzó un paso más hacia él.

Ward alzó una mano para detenerla.

–Quiero decir que vayamos despacio con la relación, no que vayamos despacio a la cama.

–Oh –Ana pareció entenderlo entonces y frunció el ceño.

–No hay prisa. Mañana por la noche volveremos a Vista del Mar. Veremos qué pasa entonces.

–Supongo que está bien –frunció todavía más el ceño.

Tenía que estarlo. A pesar de su ansia, Ward tenía la sensación de que no era tan experimentada como quería hacerle creer. Lo que la hacía todavía más vulnerable a sus ojos. No quería precipitarse a una relación sexual para la que ella no estaba preparada. Quería tomarse las cosas con calma con ella. Había muchas posibilidades de que fuera capaz de ver bajo su capa de superficialidad al hombre que había debajo. Cuando eso ocurriera la dejaría ir. Tal vez ocurriera más pronto que tarde, pero cuando sucediera quería que Ana lo lamentara lo menos posible.

No podría soportar que otra mujer lamentara haber estado con él.

Cuando regresó a Vista del Mar al día siguiente por la noche, Ana todavía no tenía claro haber tomado la decisión correcta cuando decidió salir con Ward. Tras pasar un día y medio sin separarse de él, tras haber visto en primera persona todo lo que había conseguido con la Fundación Cara Miller, tras haber recorrido Charleston con él y ver cómo todo el mundo le trataba con afectuoso respeto, después de todo eso había llegado a una conclusión. Tal vez no hubiera tomado la decisión correcta, pero no había tenido opción.

¿Cómo iba a decirle que no a Ward? Eso habría resultado imposible.

Pero era consciente de lo endeble de su situación. Y por esa razón le dijo en el vuelo de vuelta que no quería que nadie en Vista del Mar supiera nada sobre su indefinida relación. Sin embargo, aunque no estaba preparada para compartir su relación con los demás, no

podía disimular la mejoría de su humor. Trató de no mostrarse demasiado emocionada cuando apareció en La Esperanza de Hannah al día siguiente de su llegada.

–¿Y cómo ha estado el viaje con don Fabuloso? –le preguntó Christi asomándose por la puerta abierta.

Ana inclinó la cabeza para tratar de ocultarse de la astuta mirada de su amiga.

–Muy bien. Charleston es encantador.

–¿De veras? Creí que te daba miedo ir.

–Oh… bueno, sí –por supuesto que antes le daba miedo, cuando creía que Ward era un imbécil redomado y estaba dispuesta a creer lo peor de él. Así que ahora se preguntó cómo cambiar de tercio sin revelar lo que había sucedido realmente en Charleston. Clavó la vista en el teclado y siguió hablando–. Hay restaurantes estupendos, encanto del sur, gente amable y preciosos edificios antiguos. ¿Por qué no iba a gustarme?

Christi alzó las cejas.

–Me sorprende. La última vez que hablamos dijiste que iba a ser… ¿qué expresión utilizaste? Ah, sí, una absoluta pérdida de tiempo. ¿Lo fue?

Finalmente un tema en el que se sentiría segura. Ana se lanzó a explicar al detalle el funcionamiento de la Fundación Cara Miller. Podía hablar de ello durante horas. Sólo evitó cuidadosamente mencionar a Ward. Si pronunciaba siquiera su nombre podría sonrojarse de manera obvia.

Tras escuchar durante unos minutos cómo Ana hablaba entusiasmada de la Fundación, Christi miró de reojo hacia la puerta.

–Oye –la interrumpió finalmente–. Creo que voy a ir a prepararme un café. ¿Tú quieres algo?

–No –Ana sonrió, satisfecha de haber agotado a su compañera.

Una vez en la puerta, Christi se detuvo un instante.

–Parece que te estás llevando mejor con don Fabuloso.

Ana se encogió de hombros fingiendo naturalidad.

–No es tan malo.

–Me alegra oír eso –Christi le guiñó un ojo–. Creí que te pondrías como una fiera cuando te enteraras de lo de la alfombra roja.

Y dicho aquello, Christi desapareció y Ana se quedó mirando la puerta con la boca abierta.

–¿Qué alfombra roja? –le preguntó a la habitación vacía.

Pensó en volver a llamar a Christi para que se lo explicara, pero no quería parecer una histérica. Sacó el teléfono del bolso y llamó a Ward. Al ver que no contestaba le dejó un mensaje. Tras pensárselo un instante, decidió llamar también a Jess.

–¡Estupendo! –dijo en cuanto contestó el teléfono–. Estaba intentando llamarte.

No debió intentarlo mucho, ya que ni su móvil ni el teléfono de la oficina habían sonado en los últimos treinta minutos. Pero no le pareció oportuno comentarlo.

–¿Quieres que la limusina te recoja en La Esperanza de Hannah o en tu casa?

–¿La limusina? –repitió ella.

–Sí, la limusina –Jess continuó hablando sin captar su tono de asombro–. Ward pensó que tal vez debería recogerte en La Esperanza de Hannah para proteger tu intimidad. Y le preocupaba que no tuvieras un vestido apropiado.

–¿Un vestido apropiado para qué? –habló despacio, tratando de contener la furia. Ward no sólo no la había llamado para preguntarle si quería asistir a este evento de supuesta alfombra roja, sino que

además tenía que enterarse por su asistente.

–El evento anual de Hudson Pictures para recaudar fondos destinados a la investigación del cáncer de mama. Ward va a enviarte un vestido.

–Yo… –balbuceó sorprendida. Los Hudson poseían uno de los más prestigiosos estudios de Hollywood. Representaban el mundo del glamour, y las invitaciones a su gala benéfica para la investigación del cáncer de mama era muy codiciadas y prácticamente imposibles de conseguir–. ¿Por qué necesitaría yo un vestido para la fiesta de los Hudson?

Jess entendió por fin su confusión.

–Ward no ha hablado contigo todavía, ¿verdad?

–No.

–Oh, vaya –Jess empezó a hablar a toda velocidad–. Lo he liado todo. Él quería hablar contigo antes. Cuando me llamaste di por hecho que…

–Déjalo –le atajó a media explicación–. ¿Por qué no me dices dónde puedo encontrarle? Yo hablaré con él.

–No puedo hacer eso –murmuró Jess.

–¿Puedes decirme que me van a enviar un vestido apropiado para un evento al que se supone que voy a ir con él pero no puedes decirme dónde está?

–Oh, sí puedo decírtelo –se apresuró a corregirla el asistente–. Pero no vas a poder hablar con él.

Ana dejó escapar un suspiro de frustración.

–¿Y eso por qué? –preguntó.

–Porque está en el estudio de grabación. Pero no te preocupes, Ana –afirmó Jess con convicción–. Ward está planeando una velada muy romántica.

Ahí fue cuando Ana se puso furiosa. Por dentro, pero furiosa. Porque su relación secreta ya no sólo no era secreta, sino que además había pasado de ser una aventura apasionada a incluir veladas románticas, paseos en limusina y alfombras rojas. Y eso era mucho más complicado que el sexo a secas.

A las nueve en punto de aquella noche, Ana llevaba media copa de vino y estaba cambiando de canal con el mando cuando vio un programa que acabó con sus intentos de sacar a Ward de su cabeza. Si dejaba aquel canal viviría la surrealista experiencia de ver en la pantalla plana al hombre con el que se había estado besando hacía menos de veinticuatro horas. No pudo evitarlo. El programa ya había hablado de la rápida ascensión a la fama de Ward y ahora estaba analizando su inconfundible estilo musical, cómo su guitarra acústica combinaba con su voz grave para crear un sonido especial. Ella ya sabía todo aquello. Había sido su fan desde siempre. Lo que la tenía aquella noche pegada a la pantalla era la grabación de una de sus actuaciones. Aunque normalmente tocaba con una banda, estaba él solo en un escenario en penumbra con la guitarra. Ana se quedó impresionada una vez más con su asombroso talento, con la gran cantidad de trabajo que debía hacer falta para tocar un instrumento con tanta pericia. Y con la intensa concentración y felicidad que reflejaban su rostro al tocar.

Era un genio. Un virtuoso. Y lo había dejado todo. ¿Por qué?

Sonó el timbre de la puerta, lo que acabó con su concentración. Ana saltó del sofá como si la hubieran pillado espiando. El mando de la televisión salió volando. Lo agarró en el aire y apretó el botón de pausa camino a la puerta.

Encendió la luz de la puerta del porche y descorrió el cerrojo. Ana tuvo que quedárselo mirando durante un minuto entero antes de

asumir quién era.

–¿Ward? –boqueó de forma estúpida.

Estaba muy distinto a las otras veces que le había visto. La elegante estrella del rock había desaparecido. Ahora llevaba un desaliñado sombrero de vaquero que le cubría los ojos. Sus botas habían conocido tiempos mejores y los desteñidos y desgastados vaqueros estaban a un paso de la basura. Pero no sólo su ropa había cambiado. Le rodeaba un aire de resignación. Como si se le hubiera acabado la suerte y estuviera al borde de la desesperación.

Ana tragó saliva y se echó a un lado para dejarle entrar. En cuanto la puerta se cerró tras de él, Ward estiró los hombros y su aire de desesperación desapareció. Se echó el sombrero hacia atrás con el pulgar y sonrió como si estuviera pasándoselo muy bien.

–¿Qué estás haciendo aquí? –le preguntó molesta.

–Eres tú la que dijiste que debíamos mantener nuestra relación en privado.

–¿Quieres llevarme a una alfombra roja donde habrá muchísimos fotógrafos pero te camuflas para venir a verme a mi casa?

Ward se encogió de hombros pero le agarró la muñeca para atraerla hacia sí y colocarle las manos en las caderas.

–En la fiesta de los Hudson todo el mundo pensará que estamos allí juntos por trabajo. Pero no tenía excusa para aparecer en tu casa a las nueve de la noche un día de diario y alguien podría haberme visto –le puso los labios en los suyos, invadiendo suavemente su boca con su lengua.

Le deslizó la una mano por la piel desnuda de la espalda, y la resistencia de Ana se fundió bajo su suave persuasión. Un gemido de placer le subió a la garganta. Ward dio un paso adelante y la guió hacia el sofá. Y entonces levantó de forma brusca la cabeza.

–¿Qué es esto?

Asombrada por su repentina ausencia, parpadeó confusa. Entonces siguió la dirección de su mirada, que estaba clavada en un primer plano de su cara. Ana se sonrojó.

–Eso es… eh…

Ward se retiró y observó su rostro.

–Ése soy yo.

Capítulo Ocho

El tono de voz de Ward sonaba más divertido que otra cosa. Ana se acercó a la televisión hasta que tuvo el mando a mano y pudo apagarla. Cuando la imagen gigante del rostro de Ward desapareció, ella asintió.

–Sí, eres tú –para disimular su vergüenza, añadió–: ¿Quieres algo de beber?

Ward fingió no notar su renuencia y cruzó hasta el sofá, tomó asiento y estiró las piernas delante de él. Luego cruzó los tobillos.

–Lo que tú estés tomando.

–No es nada del otro mundo –le espetó ella. Y se lamentó al instante, porque no sabía si se estaba refiriendo al vino de diez dólares o a su desgastado sofá. O al hecho de que entre el traslado y el trabajo en La Esperanza de Hannah todavía hubiera cajas de la mudanza sin abrir.

–Nada del otro mundo me parece perfecto.

Cuando Ana regresó con otra copa de vino ya se había convencido a sí misma de que no le importaría lo que pensara de su casa. Ni que su salón fuera más pequeño y estuviera peor amueblado que el cuarto de lavado de su mansión. Ni tampoco le importaba haberse quitado la chaqueta y llevar una camiseta y un pantalón de chándal ancho que le marcaba todavía más las caderas.

No pensaba dejarse intimidar por su estatus de estrella. Ella no era ni sería nunca Cara Miller. Al final eso era lo que les separaba, y no sus caderas con curvas.

Pero no pudo evitar lamentar que el corazón hubiera empezado a latirle con tanta fuerza cuando le vio sentado en el sofá al volver a

cruzar el umbral. Tenía la cabeza apoyada contra el respaldo, las manos apoyadas en sus perfectos abdominales y los ojos cerrados. Pero los abrió cuando la oyó llegar.

–Y dime, ¿has aprendido algo nuevo? –le preguntó Ward señalando hacia la televisión.

–No mucho. No han sido muy exhaustivos. Ni siquiera han hablado de Orange Kitty.

Él alzó las cejas.

–¿Cómo sabes tú lo de Orange Kitty?

–Viví en Nueva York durante la universidad. Fui a algunos conciertos de Orange Kitty.

Aquélla había sido la cumbre de su carrera. Antes de que Cara enfermara. Estaba de gira la mayor parte del año y pasaba el resto del tiempo entre su casa de Charleston y el apartamento de Manhattan. Cuando todos los miembros de la banda coincidían en Nueva York tocaban en locales pequeños para poca gente bajo el nombre de Orange Kitty.

Ward sacudió la cabeza y sonrió sorprendido.

–Debías ser una gran fan para haber ido a un concierto de Orange Kitty.

A aquellos conciertos nunca se les daba publicidad porque surgían de improviso. Y ésa era la gracia. La gente aparecía por casualidad o se enteraba por el boca a boca.

–Una noche recorrí todos los bares de la parte baja de Manhattan porque mi amiga había oído que Orange Kitty iban a tocar.

Los labios de Ward sonrieron con cierta nostalgia.

–¿Y tocamos?

–Esa vez no –Ana se avergonzó de pronto, como si hubiera revelado más de lo que deseaba. Disimuló colocando el mando a

distancia en su sitio–. Apuesto a que la mitad de la gente de Nueva York tiene una historia parecida.

Ward le tomó la mano y la atrajo hacia sí, levantándole la cara con un dedo para obligarla a mirarle a los ojos.

–Hasta ahora habías actuado como si no fueras fan mía. ¿Por qué?

Ella quería apartarse de sus brazos, pero en cambio hizo un esfuerzo por seguir mirándole a los ojos.

–Está claro, ¿no?

–Para mí no.

Ana se encogió de hombros.

–No quería que pensaras que soy una de esas fans desesperadas. Resulta… –buscó la palabra adecuada– grimoso.

–Nunca es grimoso saber que alguien disfruta de tu música.

Su voz sonaba sincera. Y Ana se vio haciendo la pregunta que llevaba queriendo saber desde Charleston.

–Entonces, ¿por qué ya no compones? ¿Por qué no tocas?

Ward dejó caer una mano y se reclinó con expresión repentinamente distante.

–¿Cómo sabes que no lo hago?

Su tono sonaba tan frío como su mirada, pero Ana presionó. Ya había traspasado la línea.

–Vi la Alvarez en la Fundación. Es la única guitarra con la que compones. Aunque vayas por ahí con la guitarra de tu amigo Dave, no te imagino componiendo con ella.

Ward se apartó de ella y se pasó la mano por el pelo. Durante un instante, Ana creyó que iba a mentirle o a decirle directamente que se ocupara de sus propios asuntos.

Pero se limitó a mirarla fijamente y a decir:

–¿Por qué no me cuentas tu teoría?

Ella se lo pensó durante un instante y se quedó mirando la pantalla apagada en la hacía un momento se veía su cara. ¿Qué era lo que Ward quería? Pensaba que su relación iba a ser sólo sexo. No esperaba que se presentara en su puerta por la noche. No esperaba citas románticas. No esperaba que tuviera que exponerle sus teorías sobre nada.

Pero ya que se lo había pedido, la fue expresando en voz alta. La idea le había surgido mientras veía el programa. Y ahora no era capaz de callarse aunque sabía que debería guardarse sus opiniones para sí misma.

-Bueno, creo que es obvio. Ya no tocas por la misma razón por la que ya no vives en tu casa de Harleston Village. Sientes que tu talento te ha traicionado. Desde que eras adolescente has conseguido todo lo que querías gracias a tu talento. Fama, fortuna, éxito. Fue tu salida de la pobreza. No sólo para ti, sino también para tu madre –señaló hacia la pantalla con la cabeza–. Incluso te ayudó a conseguir el amor de Cara. Pero cuando más lo necesitabas, te abandonó. Todo el talento del mundo no pudo salvarle la vida a tu mujer. Tu riqueza no servía, ni todo el dinero del mundo podía costearle el tratamiento porque no tenía cura. Tu don te traicionó cuando más lo necesitabas.

–Eso es absurdo –le espetó Ward.

Pero Ana podía ver el asombro en su expresión, como si la idea le repugnara.

–¿Lo es? –insistió ella–. Stacy me contó que ni siquiera has vuelto a coger la Alvarez desde que Cara murió. Antes de que enfermara la tenías siempre cerca. Viajabas con ella a todas partes. Ni siquiera la dejabas en el estudio por la noche. Ahora apenas puedes soportar estar en la misma habitación que ella.

–Estás hablando como si se tratara de una persona. Sólo es una guitarra. Un trozo de madera con cuerdas.

–No piensas realmente eso. Es más que una guitarra. Es la personificación de tu talento. Es el alma de tu éxito como artista. Y le has dado la espalda del mismo modo que te la dio ella a ti.

–Yo no lo creo –su tono era tranquilo, y Ana tuvo la sensación de que estaba evitando mostrar emoción alguna–. Eso es completamente ilógico.

–Claro que lo es. Estoy hablando de sentimientos, no de lógica. Tú eres el que tiene alma de poeta. Deberías saber mejor que nadie que no hay lógica en el corazón.

Él la miró durante un segundo, molesto por la compresión que vio en sus ojos. Maldición, era muy perceptiva. Le había captado con tanta facilidad que eso le enervaba.

¿Tendría razón? ¿Sería aquélla la razón por la que no había vuelto a tocar la Alvarez desde que Cara murió?

No lo sabía. Lo único que sabía era que el deseo de tocar la guitarra había muerto con Cara. Las canciones que solían sonar en su mente habían desaparecido. Se había llegado a preguntar si sería así para siempre. Hasta que volvió a California. Últimamente, cuando estaba corriendo por la playa o sentado en un atasco, la música había empezado a volver a él. No quería considerar la posibilidad de que se debiera a Ana.

Se giró bruscamente y dejó a un lado aquellos pensamientos sobre la música.

–Mira, respecto a la fiesta de los Hudson, siento no haber tenido oportunidad de llamarte antes para hablar contigo.

–¿Es eso lo que sientes?

Ward ignoró el énfasis que puso en la palabra «eso». Por el

momento tenía más que suficiente con que le hurgara en las heridas.

–Sí, lo siento. El patrocinador, Jack Hudson, me llamó esta mañana a primera hora porque se había enterado de que yo estaba en la ciudad. Creí que te haría ilusión.

Pero ella permaneció con los brazos firmemente cruzados sobre el pecho.

–¿Por qué iba a hacerme ilusión? Ward, lo que yo creo es…

Él supo por su tono que iba a volver a sacar el tema de la Alvarez, y en lugar de permitírselo volvió al asunto de la fiesta.

–Hace años que no asisto, pero es una gran fiesta. Va a ser divertido.

Ana frunció el ceño y dejó escapar un suspiro.

–¿Es así como va a ser?

Ward sabía perfectamente a qué se refería. Sabía lo que estaba preguntando, pero no fue capaz de responder. ¿Cómo iba a explicarle lo que ni él mismo entendía?

Ana volvió a fruncir el ceño, obviamente disgustada, pero dispuesta a dejarle cambiar de tema.

–Olvidas que he trabajado en Hollywood durante años. Ese tipo de gente no me impresiona –su voz sonaba cansada. Resignada a permitirle que manipulara la conversación.

–¿Conoces a Jack y a CeCe Hudson? Son gente encantadora. Sí, hay una alfombra roja y se trata de una fiesta para recaudar fondos. Y estoy seguro de que habrá personas que no sean encantadoras. Eso pasa en todas partes. Pero al menos no deberías tener prejuicios contra ellos.

Ana le dirigió una mirada de exasperación.

–Podrían ser Santa Claus y su señora y seguiría sin querer ir a su

fiesta benéfica. No lo entiendes. Te dije que quería mantener nuestra relación en secreto. Y en cuanto me doy la vuelta aceptas esta invitación sin siquiera hablar conmigo antes. Y para empeorar las cosas, le pides a tu asistente que se ocupe de los detalles sin que yo haya accedido todavía a ir.

Ward sonrió a pesar de la furia de Ana. En cierto modo le gustaba que le reprendiera. Se acercó hasta donde estaba y le tomó las manos entre las suyas.

–No estás viendo el cuadro completo.

Ella dio un tirón sin muchas ganas para soltarse y se le suavizó el ceño.

–Creo que veo el cuadro perfectamente.

Una vez más, Ward tuvo la sensación de que era demasiado perceptiva. Que veía con claridad por qué había desviado la conversación de su carrera musical hacia la fiesta de los Hudson.

–¿Ah, sí? Pues deberías darte cuenta de que esta fiesta benéfica es la plataforma perfecta para hablar de La Esperanza de Hannah.

–¿Ah, sí? –Ana seguía mostrándose escéptica.

–Sí. Puedo hablar de ella con todos los famosos que estén allí. Además, también habrá periodistas. Podemos llegar a más gente que en Vista del Mar. Y lo mejor es que como estaré promocionando La Esperanza de Hannah tengo la excusa perfecta para llevarte conmigo. El hecho de que estemos juntos no levantará sospechas.

–Eso no lo sabemos.

–Bueno, yo estoy dispuesto a arriesgarme. ¿Y tú? –en lugar de darle oportunidad de responder, le tiró de las manos para atraerla más hacia sí–. No me importa mantener nuestra relación en secreto, pero quiero estar contigo. No puedes culparme por querer pasar tiempo con mi chica, ¿verdad?

Ana frunció el ceño. Todavía parecía querer discutir con él. Así que Ward insistió.

–Quiero llevarte a bailar y tomar champán contigo. Quiero mimarte. ¿Por qué te da tanto miedo dejarme hacer eso?

Una vez más, Ana no respondió al instante y eso le frustró. Estaba acostumbrado a tratar con gente más que dispuesta a dejarse agasajar con los lujos de la vida. Pero Ana no parecía buscar nada más que su compañía. Tal vez aquello debería gustarle, pero no era así. No era de los que se dejaban engañar por el humo y los espejos, pero tras la muerte de Cara a veces se preguntaba si quedaba en él algo más detrás de la quimera.

No quería que Ana lo averiguara. Qué diablos, y tampoco quería averiguarlo él. Así que puso todos los frenos posibles. Tal vez ya no hubiera nada detrás del mago, pero el mago todavía tenía algunos trucos propios.

Deslizó la mano por el brazo de Ana, seduciéndole la piel con su caricia. La atrajo lentamente hacia sí y le rozó los labios con los suyos. Sintió sus últimos temblores de resistencia derretirse bajo su contacto. Ana respondió casi al instante abriéndole la boca, arqueándose para apretar los senos contra su pecho. Era una mezcla deliciosa de inocencia y pura pasión. Y él se moría por hacerla suya.

Pero se obligó a sí mismo a retirarse. Aspirando el aire, apretó la frente contra la suya y recuperó el control. Habían decidido tomárselo con calma. Eso era lo que él quería. En teoría.

Desnudarla en el salón y tomarla en el sofá no sería tomárselo con calma.

Finalmente le preguntó:

–Entonces, ¿vas a venir conmigo o no?

El ceño fruncido de Ana se transformó en un gesto hosco, pero finalmente asintió.

–Sí. Iré contigo a esa fiesta del día de San Valentín.

Ana supo que estaba metida en un lió en cuanto llegó el paquete.

La aceptó con una sonrisa pero se resistió a abrirla. Después de todo, tenía un vestido negro perfectamente válido colgado del armario.

Cuando Emma y ella se encontraron en el café después del trabajo, casi había olvidado la caja que descansaba sobre su cama. Emma se casaba al día siguiente y lo estaban celebrando con champán. Sería una ceremonia tranquila e íntima, sólo la familia y algunos amigos. Ana no podía sentirse más feliz por su amiga.

Así que había olvidado por completo el vestido cuando invitó a Emma a su casa para que la conociera. Emma no había estado allí desde que se mudó. Naturalmente, cuando el inesperado tour entró en el dormitorio, lo primero que Emma vio fue la caja sobre la cama.

–¿Qué es esto? –preguntó tratando de ver la etiqueta que asomaba por la tapa.

–No es nada –se apresuró a decir Ana. Le explicó rápidamente lo del baile de San Valentín de los Hudson que se celebraría al día siguiente.

–¡Vaya! –exclamó Emma apartando el papel de seda para ver el vestido que había dentro–. Yo no diría que esto no es nada.

–Voy a devolverlo –aseguró Ana.

–¿Por qué? –Emma sacó el vestido de la caja. Kilómetros y kilómetros de *chiffon* azul mar rozaron el suelo.

Ana, que no había visto el vestido hasta ahora, estuvo a punto de quedarse sin aliento. Reconoció la tela antes de que Emma la sacara de la caja, lo levantara y lo admirara.

–¿Cómo te lo has podido permitir?

–No puedo –aseguró Ana con pesadumbre–. Lo ha enviado Ward.

Emma alzó las cejas.

–¿Ward? –preguntó con un tono que dejaba claro que no estaba preguntando únicamente por el vestido.

–Sí, Ward –repitió Ana.

–¿Y por qué te manda ropa?

Ana permaneció en silencio bajo la inquisidora mirada de Emma.

–Oh, vamos –protestó Emma–. Tienes que contármelo. Puedo entender que te lleve a la fiesta de los Hudson por trabajo, pero, ¿por qué te manda un vestido? ¿Estáis saliendo?

–Algo así. No lo sé –Ana se recolocó nerviosa un mechón de pelo. Explicar su relación con Ward le resultaba demasiado complicado. Además, estaba segura de que Emma no aprobaría su plan de tener una breve aventura con él. Señaló hacia el vestido que su amiga todavía estaba sujetando–. Pero no sé qué pensar de esto, maldita sea.

Emma sonrió.

–Cuando un hombre me envía un regalo tan generoso yo no maldigo.

–No es la generosidad lo que me preocupa. Es el vestido lo que… –tragó saliva frustrada y le quitó a Emma el vestido de la mano. Una parte de ella deseaba romperlo en jirones. Pero no se atrevió. Después de todo, había trabajado muy duro en él–. ¡Yo hice este vestido! –sacudió la tela, que cayó en cascada desde su mano.

–¿Cómo? –preguntó Emma.

–Fue la última película en la que trabajé.

–¿Ese drama épico con espadas y sandalias?

–Exacto. Este el vestido que la protagonista llevaba en la gran

escena final, cuando iba a ser sacrificada por Escila.

–Oh –Emma abrió los ojos de par en par y luego frunció el ceño. Se acercó para mirar más de cerca el vestido–. ¿Cómo lo ha conseguido Ward?

–No tengo ni idea –dejó de agarrar con fuerza la delicada tela y observó el vestido. Siguiendo la historia, el vestido era de estilo griego, con caída y delicados pliegues. En el ancho tirante que se ataba en uno de los hombros había cosido unas piedras semipreciosas.

Emma deslizó las manos por las brillantes piedras.

–No sabía que hubiera máquinas de coser en la antigua Grecia.

–Tampoco había monstruos marinos horribles. No creo que les importara demasiado el rigor –Ana sacudió la cabeza–. No imagino cómo lo ha conseguido.

–Ward conoce a mucha gente –Emma se colocó a su lado para observar el vestido y luego sonrió–. Pero debe haberse tomado muchas molestias para encontrarlo. Sobre todo con tan poco tiempo.

–Exacto –eso era lo que hacía que se sintiera tan incómoda. Cuando hizo la broma de que lamentaba no haber tenido nunca la oportunidad de llevar una de sus creaciones, nunca pensó que Ward llegaría a tales extremos para cumplir su fantasía.

–¿Por qué te molesta? –le preguntó Emma.

Ana volvió a levantar el vestido y trató de expresar su preocupación con palabras.

–Es un vestido diseñado para una diosa. Literalmente. ¿No crees que yo soy un poco vulgar para un diseño así?

–Tú eres muchas cosas, amiga mía, pero vulgar no es una de ellas –Emma le dio un codazo amistoso a Ana.

–¿No te parece que es un poco… excesivo? –preguntó Ana.

Emma sonrió entonces de oreja a oreja.

–En absoluto. Chase me dijo que Ward es muy romántico. Cuando salía con Cara tenía toda clase de gestos exagerados hacia ella. ¿Por qué crees que le escribió tantas canciones?

Al escuchar aquello, toda la ansiedad que había ido concentrándose en el estómago de Ana se convirtió en una bola de miedo. Esperaba que su relación consistiera únicamente en sexo apasionado. Pero Ward la invitaba a salidas románticas y le compraba regalos. ¿Cómo se suponía que iba a mantener la distancia emocional en semejantes circunstancias?

Forzó una sonrisa para disimular su miedo. Sacudiendo el vestido con una reverencia, agarró una percha del galán de noche que había al lado de la cama. Mientras colgaba en ella el vestido, dijo alegremente:

–Bueno, si voy a ir a este fastuoso baile lo mejor que puedo hacer es disfrutarlo.

A Emma le brilló el rostro de felicidad. Si no hubiera tenido el brazo en cabestrillo, sin duda habría dado palmas de alegría.

–De acuerdo, tenemos que empezar con la pedicura y la manicura y luego pensar qué hacemos en el pelo. Estoy pensando en un recogido griego…

–Espera un momento, hada madrina –la interrumpió Ana abriendo la puerta del vestidor y colgando el vestido al extremo–. Puedo encargarme yo sola de todo eso mañana por la tarde después de tu boda. Y tú eres la que se casa mañana. Lo que quería decir era que si voy a mezclarme con los ricos y famosos podría encontrar el modo de despertar su interés por La Esperanza de Hannah.

La expresión de Emma pasó de emocionada a alicaída.

–La mayoría de la gente vendería el pie izquierdo por asistir a una fiesta así. ¡Y nada menos que del brazo de Ward Miller! ¿Y tú lo ves como una oportunidad para promocionar La Esperanza de Hannah? ¿No dejas nunca de trabajar?

–No –respondió Ana con una sonrisa alegre–. No puedo permitírmelo. Hay mucho trabajo que hacer –le dio un codazo suave a Emma en las costillas–. Y admítelo, si tú estuvieras en mi piel harías lo mismo.

Emma gruñó suavemente.

–Claro que no.

–Sí, lo harías.

Emma la ignoró.

–Bueno, por ahora deberías concentrarte sólo en conocer gente y hablarles de La Esperanza de Hannah. Sondear un poco. Tal vez alguien esté interesado en venir al mercadillo callejero. O… –a Emma se le iluminaron los ojos mientras hacía una estudiada pausa–, podíamos invitarles a todos a una gala para recaudar fondos.

–¿Vamos a organizar una gala para limpiar fondos? –preguntó Ana vacilante.

–Bueno, todavía no lo hemos planeado –aseguró Emma mientras acariciaba la idea–. ¡Pero deberíamos! Piénsalo. Tiene mucho sentido. Puedes hablar mañana por la noche en el baile de La Esperanza de Hannah. Ward puede invitar a las personalidades que conoce. Chase también podría hacer lo mismo. Y podríamos celebrar el evento en un par de meses, cuando tengamos éxitos auténticos que mostrar y…

–¿Qué va a pensar Rafe de esto?

Emma entornó los ojos en gesto protector.

–Ahora mismo no me importa lo que Rafe piense sobre nada.

–De acuerdo.

Al parecer a Emma todavía le preocupaba que Rafe tuviera pensado desmantelar la empresa. Ana sabía que Chase estaba haciendo todo lo que estaba en su mano para tratar de convencer a Rafe de que hiciera las cosas de otro modo, pero a juzgar por la reacción de Emma, no debía estar haciendo muchos progresos.

–Piensa en ello –continuó Emma–. Es una manera perfecta de asegurar la financiación.

Ana estaba pensando en la idea.

–No creo que en La Esperanza de Hannah haya alguien con la experiencia suficiente para organizar algo así. Bueno, tal vez tú –dirigió la mirada hacia el vientre de Emma–. Pero tú vas a estar muy ocupada durante los próximos meses. Vamos a tener que contratar a alguien para que lo organice.

–¿No dijiste hace poco que habías estado en una boda en la que la organizadora te dejó impresionada? –preguntó Emma.

–Sí, así es –Ana se dio un golpecito en la sien tratando de recordar el nombre de la mujer–. Estaba empezando su propio negocio y buscaba encargos. Sería perfecta para este trabajo. Paige algo. Adams, tal vez.

Emma sonrió triunfal.

–Si está buscando trabajo, éste sería un sueño para ella.

–La llamaré –accedió Ana–. Pero primero deberíamos hacer un sondeo. Ver qué piensa el resto del personal.

Emma, que nunca renunciaba a nada sin luchar, señaló hacia el vestido.

–¿Y el vestido?

–Pensaré en ello.

De hecho temía no poder pensar en nada más. Guió a Emma fuera del dormitorio y cerró la puerta. No quería que su amiga supiera cuánto la afectaba la visión de aquel vestido. No sabía cómo tomarse aquel nuevo giro que estaba dando su relación con Ward. La fiesta del día de San Valentín, el vestido… todo le resultaba demasiado íntimo.

Emma no lo entendería. Pero es que Emma tampoco sabía lo de las gafas de sol de Cara.

Capítulo Nueve

Como no dijo nada sobre el vestido, Ward se preguntó si se lo pondría. Así que se sintió complacido cuando pasó por su casa para recogerla y vio que lo llevaba puesto. Estaba exactamente como la había imaginado. Y sí, incluso la había imaginado frunciendo el ceño.

–Me alegro que te hayas puesto el vestido –dijo inclinándose para darle un beso fugaz en la mejilla.

Por supuesto, la había visto en la boda por la mañana. En aquel momento había tenido que hacer un esfuerzo por no estrecharla entre sus brazos y que todo el mundo pudiera verlo. Pero estaba tratando de respetar sus deseos de llevar las cosas en secreto.

Había sido una ceremonia sencilla pero preciosa, tan elegante como la propia novia. Ana había llorado abiertamente durante la ceremonia y la pequeña celebración que siguió. Aunque había sentido curiosidad al ver a sus padres, que también habían asistido, se mantuvo firme en el lado del novio durante la celebración, lejos de la tentación.

Incluso en ese momento tuvo que hacer un esfuerzo por mantener las distancias entre ellos.

Ana frunció todavía más el ceño durante un instante.

–¿Cómo supiste lo del vestido?

–Le pregunté a CeCe.

–No era una película de Hudson Pictures. Nunca he trabajado con ellos.

–Cierto. Pero CeCe creció en Hollywood. Conoce a todo el mundo. Me dijo que éste era el vestido más bonito que había visto en su

vida. Dijo que era el que querrías llevar al menos una vez aunque te hubieras dejado los dedos cosiéndolo.

–Bueno, al menos tiene un gusto excelente –Ana sonrió a su pesar– . Y me alegro que siguieras mi consejo y no alquilaras una limusina.

Ward la guió hacia su Lexus.

–Hay una hora y media de camino hasta Beverly Hills. Si estuviéramos solos en el asiento de atrás de una limusina, no podría prometer tener las manos quietas.

Ana no sabía qué esperar del baile de los Hudson. Un obsceno despliegue de riqueza, paparazzis en la puerta, un despliegue de estrellas… lo que no esperaba era que la recibieran como a una más. Al ser diseñadora de vestuario, estaba acostumbrada a quedarse entre bambalinas cuando frecuentaba la sociedad de Hollywood. Pero esta noche estaba en los escalones superiores.

El baile anual de los Hudson se celebraba en la mansión Hudson, una impresionante mansión isabelina que ocupaba kilómetros y kilómetros de terreno de primera calidad en Beverly Hills. Toda la primera planta de la mansión había sido lujosamente decorada con corazones y lazos rojos que contrastaban con el elegante entorno.

Ward se sentía en su salsa en medio de todas las estrellas y parecía conocer a todo el mundo. Ella hizo su parte y habló de La Esperanza de Hannah con cualquiera que mostrara el más mínimo interés, y encontró a varias personas genuinamente intrigadas. Se dio cuenta de que se le daba mejor hablar de lo que pensaba. Pero no era tan buena como Ward. Oírle hablar de La Esperanza de Hannah resultaba casi tan impresionante como verle actuar en escena. Era un genio. Y su genuino entusiasmo por La Esperanza de Hannah la hacía sentirse más vulnerable. ¿Por qué no podía ser Ward superficial y vanidoso?

Ana se excusó para ir al baño mientras Ward charlaba con la estrella de un programa de televisión. Cuando salió del cuarto de baño se dio de bruces con CeCe Hudson. Le sorprendió que la otra mujer la recordara. Sí, se habían conocido hacía una hora, pero sin duda ella no era más que un rostro entre la multitud.

–¿Estás disfrutando de la fiesta? –le preguntó la mujer.

–Es maravillosa –fingió Ana.

–CeCe se rió.

–Mentirosa. Estás pasándolo fatal.

–Yo… –balbuceó la joven.

–No te preocupes, no se lo diré a nadie –CeCe le pasó el brazo por el suyo y la guió hacia el bufé–. Yo también odiaba este tipo de cosas. Pero va con el cargo, ¿no crees? Si sales con alguien rico y poderoso terminas relacionándote con gente vana y superficial.

–Yo… –Ana trató de encontrar una respuesta. Finalmente dijo–. Ward y yo no estamos saliendo.

CeCe la miró fijamente.

–¿De verdad? –no parecía en absoluto convencida.

–De verdad. Sólo estoy aquí para promover La Esperanza de Hannah.

CeCe arqueó una ceja.

–Naturalmente. Jack me ha contado lo que estáis organizando –habían llegado a la mesa del bufé y CeCe agarró un plato y se lo puso a Ana en las manos–. Si Hudson Pictures puede hacer algo, no tienes más que decírmelo.

–Gracias. Eso es muy generoso.

–Ward es un buen hombre. Es lo menos que podemos hacer por la mujer con la que no está saliendo.

–De verdad, nosotros no…

Pero CeCe la atajó.

–Eh, estoy totalmente a favor de mantener a la prensa alejada. Los reporteros son unos cotillas, ¿verdad?

–Eso es verdad –reconoció Ana.

La prensa tenía la costumbre de meter la nariz en el peor momento posible. En el camino a la fiesta habían acosado a Ward preguntándole si iba a retomar su carrera musical. Le preguntaron sobre el trabajo de estudio que estaba haciendo y cada vez que trataba de encauzar la conversación hacia el músico nuevo cuyo álbum estaba produciendo Ward, cambiaban de tema. Tampoco le dejaron hablar sobre La Esperanza de Hannah. Al parecer, los medios de comunicación sólo oían lo que querían oír.

Como si le hubiera leído el pensamiento, CeCe se estremeció ligeramente.

–Siento lo de los reporteros en la puerta. Antes no permitíamos que estuvieran ahí, pero como estamos recaudando dinero para la investigación contra el cáncer de mama, pensamos que estaría bien que hubiera publicidad.

Ana y CeCe charlaron durante unos instantes mientras se dirigían a la fila del bufé. Pero finalmente los deberes de anfitriona de CeCe la obligaron a moverse de allí y Ana volvió a quedarse sola.

Regresó al lado de Ward. Por desgracia, cuando dobló la esquina se lo encontró hablando con la última persona que esperaba: Ridley Sinclair. La estrella de cine felizmente casada en teoría que le había tirado los tejos y había convertido su vida laboral en un infierno. Ridley Sinclair era un imbécil redomado. Ana no hubiera querido volver a verle jamás. Y sin embargo ahí estaba. En la misma fiesta. Y hablando con Ward. Y allí estaba ella, llevando el vestido que había diseñado para su mujer, que era la protagonista de la película.

Molesta, se apartó a un lado y se quedó cerca de un grupo de gente para esperar a que terminaran la conversación antes de volver al lado de Ward. No era su intención escuchar lo que hablaban, pero no pudo evitar oírles.

–Eh, he visto que estabas con esa diseñadora de vestuario –dijo Ridley arrastrando las palabras.

Ana miró de reojo. Ward y Ridley estaban dándole la espalda. Tendrían que darse la vuelta entera para verla. Ridley tenía una copa en la mano y sonreía abiertamente mientras agitaba el líquido ámbar. No le sorprendió que estuviera borracho tan pronto. Qué imbécil. ¿Cómo pudo haber pensado que Ward se parecería en algo a él?

–¿Cómo se llama? Amanda o algo así, ¿no? –estaba preguntando Ridley.

–Ana –respondió Ward con voz tirante.

Ridley pareció no escuchar la nota de advertencia en el tono de Ward, porque siguió hablando como si nada.

–Sí. Ana. Trabajó en mi última película.

El tipo tenía un papel de tal vez diez líneas. Sólo habían contado con él porque su mujer quería que estuviera. Y de pronto era «su» película. Ana se rió para sus adentros. Gracias a Dios no tenía que tratar con él más.

Tendría que haberse marchado entonces. Y estuvo a punto de hacerlo. Pero entonces Ward dijo:

–Tío, es un pedazo de…

Ward le interrumpió al instante.

–Yo no terminaría la frase si fuera usted –aseguró Ward con voz suave.

Su tono era calmado. Completamente racional. Ana se quedó quieta

y agudizó el oído, aunque lo disimuló dándole un sorbo a su bebida.

–¿Cómo? –preguntó Ridley.

–Le sugiero –continuó Ward de forma educada–, que hable de la señorita Rodríguez con más respeto.

–¿Y si no, qué? –le espetó el otro hombre.

–Tengo muchos amigos en Hollywood, señor Sinclair. Probablemente más que usted. A pesar del éxito de su mujer. Y ahora, si me disculpa…

Ward dejó a Ridley allí solo. El muy idiota parecía no haberse dado cuenta de que acababan de amenazarle. Ana se alejó de allí discretamente, consciente de que lo que acababa de suceder. Ward había salido en su defensa. Había amenazado de forma efectiva y pausada la carrera del hombre. Por ella.

Ana nunca había querido que nadie acudiera a su rescate. Nunca antes lo había necesitado. En cierto modo, el comportamiento de Ward la había desarmado por completo. Corrió hacia el pasillo que llevaba al cuarto de baño. Al verse de pronto sola, se apoyó contra la pared y se llevó una mano al estómago.

No quería haber ido a aquel estúpido baile de San Valentín. No quería el vestido. No quería el romance. Y lo último que necesitaba era que un héroe romántico la elevara por los aires.

No. Necesitaba mantener los pies firmemente pegados al suelo.

Tras despachar a Ridley Sinclair, Ward estuvo unos minutos buscando a Ana antes de tropezarse con Jack, al que llevaba toda la noche tratando de encontrar a solas. Ward se lo llevó a un aparte. Tras hablar durante un rato, le deslizó en silencio un sobre a Jack en la mano, satisfecho al ver que nadie había visto el intercambio. Había hecho el cheque directamente a nombre de Jack pensando que su amigo transferiría los fondos a su obra benéfica. Cada año

hacía una donación y cada año Jack discutía con él al respecto. Pero aquél era el primer año que había podido entregárselo en persona.

Jack aceptó el cheque sin mirarlo.

–¿Estás seguro de que no quieres un recibo para tus impuestos?

–Si quisiera un recibo entonces ya no sería una donación anónima, ¿verdad?

–Bien visto –Jack dobló el sobre en el bolsillo interior de la chaqueta de su esmoquin–. Y ya que estás decidido a que la gente no sepa que donas dinero para una buena causa, ¿quién soy yo para disuadirte?

Ambos sabían cuál era la auténtica razón por la que Ward quería que la donación fuera anónima. Cara estaba obsesionada con distanciarse de cualquier obra benéfica relacionada con el cáncer. Le aterrorizaba que el trabajo de su vida se viera ensombrecido por su muerte y le había hecho prometer a Ward que no ensuciaría su legado. Él honraba su memoria evitando que la prensa supiera que donaba dinero a las causas que Cara ignoraba de forma tan obstinada.

Antes de que Jack pudiera seguir presionándole con el tema, CeCe hizo su aparición. Jack atrajo al instante a su esposa hacia sí. Ella deslizó la mano por su pecho con una familiaridad que a Ward le provocó un cierto anhelo. Recordaba vagamente lo que era sentirse tan relajado y tan cómodo con otra persona. Aunque hacía mucho tiempo que no lo sentía. E incluso entonces había sido una ilusión, no una realidad.

Para distraer a Jack del asunto del cheque y tal vez para distraerse a sí mismo, Ward preguntó:

–¿Y dónde has dejado a mi cita?

–¿Ana? –preguntó CeCe frunciendo el ceño–. En realidad ella es la razón por la que he venido. Estuvimos charlando un rato, pero en cuanto la dejé sola un minuto vi que se dirigía a la puerta corriendo. Creo que debió ver a alguien que no le apetecía.

Ward murmuró una palabrota de frustración y se disculpó para marcharse. Confiaba en alcanzar a Ana, pero cuando salió y habló con el aparcacoches, le dijo que un taxi acababa de llevarse a una mujer que había salido apresuradamente.

Ward mandó al hombre en busca de su Lexus y se quedó allí de pie echando humo. La había dejado sola diez minutos y ella le había dejado plantado.

Ana se mostró reacia cuando escuchó cuánto le costaría el taxi de Los Angeles a Vista del Mar a aquellas horas de la noche. Le habría salido mejor alquilar un coche. Consideró brevemente la posibilidad de alojarse en un hotel, pero en aquel momento anhelaba la sencillez de su hogar aunque fuera una casa en la que llevaba viviendo poco tiempo. Desechando el taxi y el coche de alquiler, sólo le quedada el transporte público.

Por supuesto, subirse al autobús con un traje de noche de mil dólares era como rogar que la atracaran. Así que le dijo al taxi que la dejara en una tienda de descuentos abierta veinticuatro horas donde compró el jersey más barato, unos vaqueros y una bolsa grande para llevar el vestido cuidadosamente enrollado. Se cambió en el baño y utilizó un papel húmedo para limpiarse la mayor parte del maquillaje. Luego se subió al autobús que llevaba a Union Station. Menos mal que alcanzó el tren de las diez y media a San Diego. Desde allí sólo había un trayecto corto en autobús hasta Vista del Mar. A pesar de todo, era más de la una cuando el taxi la dejó delante de su casa.

Cuando se bajó se quedó paralizada al ver el Lexus de Ward aparcado delante. El hecho de que estuviera vacío no era motivo de alivio. Y menos cuando miró a la puerta de entrada y lo vio allí de pie.

Ward estaba en el medio, bloqueándole el paso.

–¿Dónde diablos has estado?

Ella le apartó con el codo mientras sacaba las llaves.

–¿Qué más da? –preguntó deslizando la llave en la cerradura–. No te interesaba lo más mínimo que yo estuviera allí.

–Eso no es verdad –gruñó Ward.

–Sí lo es –Ana entró sin esforzarse en tratar de dejarle fuera, porque sabía que sería inútil.

Pero por supuesto, no era verdad. En absoluto. Deseaba que lo fuera, deseaba que la hubiera tratado mal, porque al menos así tendría una razón legítima para estar furiosa con él. Pero lo único que podía criticarle era que hubiera sido demasiado encantador. Demasiado protector.

Dejó la bolsa con el vestido en el suelo al lado de la puerta de entrada. Estaba demasiado cansada para colgarlo en una percha y cuidarlo como se merecía. Se dejó caer en un extremo del sofá.

–Yo no encajo con esas personas –le dijo a modo de explicación–. Mira, es tarde. Estoy cansada. No quiero hablar de esto ahora.

Si Ward la presionaba para exigirle una explicación, temía que acabaría contándole la verdad. Que estaba peligrosamente cerca de enamorarse de él.

Conteniendo su irritación, Ward se dirigió al otro extremo del salón y rodeó el sofá. Eso le ayudó a resistir el deseo de agitarla para que entrara en razón.

–Voy a fingir que no he oído eso –le espetó–. Ambos sabemos que

estás intentando buscar algo a lo que agarrarte para enfadarte conmigo cuando tú sabes muy bien que la única culpable eres tú.

–¿Yo soy la culpable? –preguntó Ana con indignación.

–Sí. Tú eres la que me dejó ahí plantado. Y no contestaste a ninguna de las quince llamadas que te he hecho.

–Oh, el teléfono –se encogió de hombros–. Lo puse en la bolsa con el vestido. Supongo que no lo oí.

–¿Supones que no lo oíste? ¿Durante cuatro horas? ¿Tienes idea de lo preocupado que estaba?

Ana tuvo al menos la decencia de parecer avergonzada, pero eso pareció molestarla y dijo con despreocupación:

–Lo siento.

Ward la agarró del brazo y la obligó a girarse para mirarlo.

–¿Lo sientes? ¿Haces una maniobra estúpida e imprudente y lo único que se te ocurre decir es que lo sientes?

Ella se soltó el brazo.

–Sí. Siento que estuvieras preocupado. Pero la maniobra no fue estúpida ni imprudente.

–Entonces, ¿dónde has estado durante las últimas cuatro horas?

Ana alzó una ceja.

–¿Te has subido alguna vez a un autobús de Los Angeles para tomar el último tren nocturno a San Diego? El transporte público es lento.

–¿Cómo no va a ser una estupidez andar subiéndose en trenes y autobuses en Los Angeles en medio de la noche?

–Utilizo los trenes y los autobuses de Los Angeles desde que soy una niña. Puede que la mayor parte del tiempo vaya vestida como una blanca rica, pero he vivido también en barrios pobres. Sé cómo manejarme.

–Puede que tú sepas cómo manejarte –Ward la agarró de ambos brazos y no la soltó. Cuando habló su voz sonó grave y cargada de miedo–. Pero yo no sé cómo manejar que tú andes por ahí sola sin que yo sepa que estás a salvo. Por favor –la atrajo hacia sí y apoyó la cabeza contra la suya–. No lo vuelvas a hacer.

–De acuerdo –Ana asintió y se fundió contra él–. No sabía que te ibas a preocupar.

Parecía tan genuinamente confundida que Ward no fue capaz de seguir regañándola. Tenía que recordar que Ana no estaba acostumbrada a vivir bajo los focos como él. Podía subirse a un tren en medio de la noche y a nadie le importaría. Podía desaparecer en medio de la multitud, algo que él llevaba más de veinte años sin conseguir.

–Lo siento de veras –aseguró ella con precipitación–. Pero ese tipo de fiestas no son mi estilo. No entiendo por qué querías que estuviera allí.

–¿Por qué te resulta tan difícil creer que sólo quería estar contigo? ¿Que quería impresionarte?

Ana alzó las manos en gesto de obvia frustración.

–Porque tú eres la persona más impresionante que he conocido sin necesidad de que me presentes gente famosa que no me interesa –su expresión se suavizo al acercarse un poco más a él–. Tú y sólo tú ya resultas impresionante –le pasó los brazos por los hombros–. Tú dedicación total a la Fundación Cara Miller. Tu increíble talento como compositor y como músico. Esas son las cosas que…

Ward se zafó de sus brazos y se dio la vuelta, incapaz siquiera de mirarla. Lamentó no haberse soltado antes, antes de que Ana hablara de su increíble talento. Y qué decir de la dedicación. Claro. Su dedicación a una obra benéfica en la que realmente no creía. En

honor a una esposa a la que le había fallado miserablemente. Y un talento que no había servido para nada cuando hacía falta.

Ana debió darse cuenta de la rigidez de su postura, porque se acercó a él y le pasó la mano por la espalda.

–¿Tan difícil te resulta creer que ninguna de esas cosas me interesa, que cuando quiero estar contigo quiero estar contigo solo y no rodeada de una multitud de personas?

–Ya hemos hablado de esto. No puedo estar a solas contigo sin desear quitarte la ropa y…

Ana le interrumpió.

–Entonces, ¿a qué estás esperando?

No tuvo que decírselo dos veces. Las palabras apenas habían salido de su boca cuando Ward la estrechó entre sus brazos y apretó su cuerpo contra el suyo. Colocó la boca caliente y dura sobre la suya mientras la última bocanada de ira se fundía con el deseo.

Todas las células de su cuerpo llamaban al suyo. La sangre le latía al ritmo de su deseo. Aquello era justo lo que necesitaba. Si se entregaba a ella, tal vez su corazón olvidara todas las cosas estúpidas que quería.

Las manos de Ward parecían estar en todas partes a la vez, calientes y ansiosas. Deslizándose por el dobladillo de su falda. Por la parte de atrás de los vaqueros. Apretando las caderas contra las suyas.

Y cada vez que la tocaba era consciente de la rudeza de sus yemas. De la maestría de sus manos que dejaban su marca de fuego en su piel y en su alma.

Ana tembló con sus caricias, consciente de lo torpe que se sentía. Todo aquello era nuevo para ella. Y a pesar de todo, la presión de

su cuerpo contra el suyo era lo que llevaba toda su vida esperando, como si fuera la razón por la que había nacido.

Se curvó contra él, ansiosa por sentirlo más cerca. Y entonces Ward dio un paso atrás. Y luego otro. Y otro más.

Finalmente Ana captó su intención. Señalando la puerta con la cabeza, apartó la boca de la suya.

–El dormitorio –jadeó–. Por allí.

No hizo falta que se lo dijera dos veces. La tomó en brazos y la llevó hasta.

Ward abrió la puerta con el pie y entró en la habitación. La dejó suavemente sobre la cama. Ana fue consciente de pronto de que ningún hombre había estado nunca en aquella habitación. Ni en ninguna de las que había en la casa.

Ward dio un paso atrás. Ella observó fascinada cómo se quitaba la chaqueta del esmoquin y la dejaba caer al suelo. Cuando empezó a desabrocharse los botones de la camisa, Ana se puso de rodillas para ayudarle. Con cada botón que se abría su pulso se aceleraba, y con él su deseo. Sentía la sangre rugiéndole por las venas. Frustrada por su lento avance, le puso las manos en la hebilla del cinturón. Le temblaban las manos mientras lo abría, le desabrochaba los pantalones y le sacaba la camisa. Le sacó el cinturón de los pantalones y luego se sentó sobre los talones para admirar su trabajo.

Allí de pie delante de ella, con el pelo revuelto y la camisa abierta, dejando al descubierto un estrecho cerco de piel, parecía sacado de una fantasía. O de un anuncio de colonia. En comparación con los otros hombres medio desnudos que había visto, siempre por motivos profesionales, el cuerpo de Ward resultaba asombrosamente masculino. El vello del pecho era escaso y

oscuro, los músculos definidos sin llegar a estar esculpidos. Era el cuerpo de un hombre en su momento de máximo esplendor, poderoso y sexual, capaz de proteger.

Pero fue la expresión de su rostro lo que le provocó escalofríos de placer. La miraba con tal intensidad, con tanto deseo que supo que había hecho la elección correcta. Era así de sencillo: le deseaba. Desesperadamente. Y por una vez iba a darse el lujo de tener lo que deseaba.

–Deja de mirarme así –le ordenó Ward con la voz ronca por el deseo.

Ana le miró a los ojos.

–¿Así cómo? –preguntó jadeando.

–Como si fuera un postre de cinco pisos –se soltó los gemelos y los dejó caer sobre la palma abierta antes de guardárselos en el bolsillo. Se quitó lentamente la camisa y la dejó caer al suelo. Se movía con precisión y control. Tenía la expresión hambrienta y tirante, y la miró a los ojos como si tuviera que agarrarse con fuerza a los últimos jirones de control si no quería perderlo completamente.

Capítulo Diez

Acortando la distancia entre ellos, le cubrió la mejilla con una mano. Con la otra le quitó cuidadosamente las horquillas que le mantenían el cabello recogido. Cuando hubo liberado su cascada de sedosas ondas, se las llevó al rostro y aspiró con fuerza el aire, bebiendo del embriagador aroma de Ana. Luego vertió todo su desesperado deseo en un beso. La boca de Ana estaba caliente y resultaba invitadora. Una tentadora mezcla de texturas y sensaciones.

Había tantas cosas que quería decir, tantas emociones que deseaba expresar, tantas cosas que no sabía ni cómo decirle. Durante toda su vida había utilizado las palabras para seducir. Pero eso sólo funcionaba cuando tenía una guitarra en las manos. Cuando era capaz de interpretar una melodía para crear ambiente, para incitar a una mujer a sentir lo que él quería que sintiera. Al besar ahora a Ana se sintió vulnerable, apenas apto para la tarea de hacerle el amor.

No tenía manera de saber qué estaba pasando por aquella cabecita suya tan obstinada. No tenía modo de juzgar si le deseaba con la misma desesperación que él. Lo único que sabía era que nunca había sentido nada parecido. Ni siquiera con Cara.

Con Cara todo estaba situado en la superficie. Nunca había habido sentimientos más profundos ni indescifrables emociones ocultas. No había necesidad de tomarse las cosas con calma. Ni había desesperación.

Con Ana todo era distinto. Más intenso. Y su innato talento con las palabras le fallaba.

Al final lo único que podía hacer era mimarla con su cuerpo. Le

sacó el jersey por la cabeza con manos reverentes. Debajo tenía los senos desnudos. Perfectos. Deseables e invitadores. Suplicando ser besados y acariciados. Lo que hizo con completa devoción.

Pero el resto de su cuerpo le seguía tentando a seguir. Ana se quitó los vaqueros y Ward hizo al instante lo mismo con su ropa interior de seda. Cuando le deslizó una mano entre las piernas hubo un instante de resistencia antes de que abriera los muslos a su contacto. Pero cuando le abrió los labios la encontró deliciosamente húmeda y caliente para él. Temblando de deseo, Ward hundió los dedos en ella una y otra vez mientras su pulgar encontraba el montículo de tierna piel de la entrada. Ana emitió un gemido profundo mientras se retorcía en la cama. Ward sintió cómo sus músculos se apretaban alrededor de sus dedos mientras los primeros temblores del orgasmo la atravesaban. No pudo resistir volver a saborearla, succionar la dulce miel de su excitación mientras la llevaba hacia el éxtasis.

Ana temblaba, volvía lentamente a tierra sintiéndose como si todas las moléculas de su cuerpo hubieran salido disparadas y ahora estuvieran tratando de volver a reunirse.

Fue vagamente consciente de que el calor de Ward la abandonaba. Se incorporó apoyándose sobre un codo para ver cómo se quitaba los pantalones y los calzoncillos.

–Preservativos –dijo señalando con la cabeza hacia la mesilla de noche, sorprendida al oír lo jadeante que sonaba su voz.

Ward sacó uno de los preservativos del envoltorio y se lo puso rápidamente. Unos instantes más tarde estaba otra vez encima de ella.

La embistió. El dolor atravesó a Ana al perder la virginidad. Cerró los ojos con fuerza cuando aspiró el aire.

Dolía. Más de lo que esperaba. Más de lo que las novelas que había leído le habían llevado a creer. Era como si le estuvieran estirando. Demasiado. Pero cuando soltó el aire lentamente, la tirantez disminuyó.

Sólo entonces abrió los ojos. Ward había dejado completamente de moverse. Tenía los ojos abiertos de par en par y una expresión de confundida sorpresa que provocó que a Ana se le sonrojaran las mejillas. Volvió a cerrar los ojos de nuevo. Sin duda Ward se habría dado cuenta.

–Ana –jadeó él.

Ella se forzó a abrir los ojos y se fijó en la firmeza de sus labios mientras respiraba de forma entrecortada.

–No pasa nada –dijo Ana.

–Sí pasa.

Sintió que se apartaba de ella.

–Oh, no, no lo hagas –suplicó.

El dolor había prácticamente desaparecido y alzó las piernas para sujetarle con ellas las nalgas. Le pasó las manos por el pelo y lo atrajo hacia sí. Le besó. Llevaba toda su vida esperando aquel momento.

Todas las demás mujeres que conocía se habían desprendido despreocupadamente de su virginidad cuando todavía eran adolescentes. Pero ella no. Ella había esperado. No sólo porque se sintiera presionada por sus padres, ésa era la excusa que siempre se había puesto a sí misma. Pero lo cierto era que en lo más profundo de su corazón había estado esperando. Esperándole a él. Esperando al hombre que amaba.

Trató de decirle todo aquello con sus besos. O entendió el mensaje dicho sin palabras o finalmente su contención había terminado por

romperse. Porque lentamente, como si estuviera luchando contra cada célula de su ser, comenzó a moverse de nuevo. Le deslizó una mano entre las piernas y volvió a acariciarla otra vez, llevándola despacio hacia otro clímax. La presión creció dentro de ella. El ardiente deseo de sentirle plenamente en su interior se veía por fin cumplido.

Cuando la embistió una última vez con la cabeza hacia atrás y susurrando su nombre, Ana estaba allí con él mientras el placer repicaba por todo su cuerpo.

Había oído a muchas amigas suyas quejarse de que sus parejas se dormían justo después del sexo. Era una mala señal, y confiaba en que Ward no fuera igual que los demás en ese sentido e hiciera lo mismo.

No la mantuvo mucho tiempo en ascuas, sino que al casi al instante se apartó de ella, se sentó en un extremo de la cama con los codos apoyados en las rodillas y dejó caer la cabeza en las manos. Ana se subió la sábana casi hasta la barbilla y se quedó allí tumbada con el corazón latiéndole con fuerza y a la espera de que Ward le dijera algo. Lo que fuera.

Cuando era adolescente solía fantasear con aquel momento. Con entregarse al hombre que amaba. Siempre imaginaba que él le correspondía. Después, se dijo durante años que no había estado reservando su virginidad por ninguna razón especial. Que era más un inconveniente que otra cosa. Pero la marea de emociones que sentía en aquellos momentos demostraba que aquella ilusión en particular era una mentira. Aunque no había tenido tiempo para que sus fantasías se pusieran de acuerdo con sus sentimientos, no hacía falta ser un genio para saber que aquello no iba a ser ninguna fantasía de adolescente cumplida. Aunque no hubiera sabido la

verdad sobre Cara y aquellas malditas gafas de sol, no hacía falta mucha experiencia para saber que un hombre que acababa de hacer el amor con la mujer que quería no se sentaría en un extremo de la cama con la cabeza entre las manos, como si se sintiera muy desgraciado. No, ése era un gesto propio de un hombre que se sentía culpable. Un hombre que se avergonzaba de lo que había hecho. Lo que significaba que a sus ojos había pasado de ser una mujer deseada a ser una carga.

Maldición, maldición y maldición.

¿Cómo iba a arreglar aquello?

Ward había tenido relaciones sexuales con muchas mujeres a lo largo de los años, pero ninguna de ellas había sido virgen.

Su mente dio vueltas recordando cada momento que habían pasado juntos en busca de alguna clave. A veces Ana parecía una mujer experimentada, segura de sí misma y con mundo. Había trabajado en Hollywood, por el amor de Dios. ¿Cómo era posible que una mujer guapa y sexy como ella trabajara en Hollywood, donde el sexo era prácticamente una moneda de cambio, y siguiera siendo virgen?

Nunca lo hubiera imaginado. Y ella nunca se lo había dicho. Maldición.

No sabía con quién estaba más enfadado, si consigo mismo por no haberlo sospechado o con ella por no habérselo dicho.

Todavía estaba pensándolo cuando sintió cómo ella se colocaba a su lado y le tendía la mano.

–Ward… –comenzó a decir.

Él se puso de pie de un salto.

–No –dijo de manera instintiva. Aunque no estaba muy seguro de por qué protestaba exactamente. Tal vez por toda la maldita

situación. Buscó en el suelo los calzoncillos y los pantalones y se los puso rápidamente.

La camisa estaba unos cuantos metros más allá, y se acercó para recogerla.

–Ward –volvió a decir ella con tono más angustiado todavía–. No te vayas.

Él se detuvo a medio camino al agacharse para recoger la camisa. Dios, ¿de verdad pensaba que iba a marcharse sin hablar siquiera de lo sucedido? Qué clase de imbécil egoísta creía Ana que era?

Recogió la camisa del suelo y se la puso mientras se acercaba a la cama. Ella se había puesto de rodillas y seguía sujetando la sábana blanca contra su pecho. Tenía el pelo suelto que le caía por los hombros como una cascada de ondas oscuras. No podía tener un aspecto más sexual ni más exótico ni aunque estuviera posando para un fotógrafo. La imagen era todavía más excitante porque sabía que estaba desnuda bajo la sábana. Porque ahora conocía cada lujuriosa curva de su cuerpo.

Trató de apartar la atención de ella y abrocharse la camisa, pero no pudo apartar la mirada de ella y seguía sin acertar con los botones.

Y era virgen. Hasta hacía un momento.

Al parecer su cerebro sólo podía hacer una cosa a la vez, y descifrar los motivos de una mujer obstinada estaba copando sus limitadas habilidades. Renunció a la tarea de abrochar los botones y se pasó las manos por el pelo.

Finalmente hizo la pregunta que tenía atragantada.

–¿Por qué no me habías dicho nada?

Ana parpadeó, no supo si sorprendida por la pregunta o por el hecho de que todavía estuviera allí.

–¿Sobre…? –parecía que tenía la palabra en la punta de la lengua,

pero no la dijo–. ¿Sobre qué?

Así que iba a obligarle a él a decirlo. ¿De verdad pensaba Ana que había alguna posibilidad de que se le hubiera pasado por alto lo obvio?

–Sobre lo de ser virgen –soltó las palabras sin molestarse en ocultar la frustración en su tono de voz.

Ella alzó la barbilla desafiante, y cuando habló su tono sonaba tan crispado como el de Ward.

–Porque no me parecía importante.

–No te parecía… –Ward se interrumpió y se pasó una mano por el pelo. Una vez. Y otra. Y aspiró con fuerza el aire. Dos veces. Y trató de hablar con más calma–. Eras virgen. Nunca antes habías tenido relaciones sexuales. Nunca. No digas que eso no es importante.

Ward observó su expresión mientras hablaba, escudriñando cada matiz de su expresión. Vio la incertidumbre que cruzó por su rostro. El momento de duda. Vio cómo Ana levantaba sus defensas. E incluso vio un rastro de lágrimas antes de que las contuviera.

–Dios, Ana, yo…

–No te atrevas a decir que lo sientes –le ordenó. Cualquier atisbo de vulnerabilidad que hubiera visto en su mirada desapareció al instante. Se levantó de la cama dándole un tirón a la sábana para sacarla de los pies del colchón y llevársela con ella.

¿Qué diablos se suponía que debía responder a eso?

No le dio oportunidad de responder, sino que se colocó cuidadosamente la sábana alrededor del cuerpo y se dirigió al cuarto de baño. Ward trató de seguirla pero se encontró con la puerta en la cara.

Ward examinó la habitación en la que se había quedado solo. Los muebles eran de estilo *art decó*, de los que podían comprarse a

buen precio en los anticuarios, y se habían lijado para pintarlos de colores brillantes, desde el verde lima al turquesa brillante. Había un cabecero, una cómoda y un ropero. El efecto era en cierto modo un reflejo de la personalidad de Ana. Brillante, decidida y con una compleja profundidad que provenía de su propia simplicidad.

Lo único que no venía era la puerta de un vestidor. Lo que significaba que estaría probablemente al otro lado del cuarto de baño. Tendría la oportunidad de vestirse y tiempo para llegar a todo tipo de conclusiones sobre su estado emocional.

Se acercó a la puerta y llamó con los nudillos.

–Sal. Ana.

No obtuvo respuesta.

–Tenemos que hablar de esto.

Una vez más, lo único que escuchó fue un leve gruñido.

La frustración de Ward subió varios grados.

–Más te vale que salgas, porque yo no pienso marcharme a menos que hablemos de esto, maldita sea –se mordió la lengua para no soltar la ristra de maldiciones que quería lanzarle a la puerta. Quería tirarla abajo. Aunque lo que de verdad deseaba era disculparse. Algo que Ana le había ordenado que no hiciera.

Pero sí lo lamentaba. Aunque también hubiera experimentado un placer exquisito en sus brazos. Entonces, ¿lamentaba haberle hecho el amor? No. Y tampoco lamentaba el hecho de que fuera virgen. Más bien todo lo contrario. La idea de que estuviera con otro hombre provocó en él una rabia primitiva. Así que no, tampoco lamentaba aquello. Sólo deseaba…

Se dejó caer sobre el borde de la cama al darse cuenta. Deseaba que Ana se lo hubiera contado. Deseaba que para ella hubiera sido importante, porque para él sin duda lo era.

Incluso sin saber que era virgen, hacerle el amor a Ana había sido importante para él. Qué diablos, aquélla había sido la primera vez que sintió que le había hecho el amor a un mujer desde que Cara murió. Había tenido relaciones sexuales con otras mujeres después de Cara, pero no había sido amor. No le importaban realmente. No había sentido nada auténtico hasta que llegó Ana. Y así había querido que fuera. La muerte de Cara había resultado brutal para él. Peor había sido el modo en que se había ido apartando de él. Desde el momento que le dieron el diagnóstico empezó a alejarse. De pronto, la mujer con la que lo había compartido todo no podía ni hablar con él de la enfermedad que la estaba consumiendo. Incluso al principio, cuando las perspectivas no eran tan malas, Cara se distanció. Se volcó en las obras benéficas. Se entregó tanto a los demás que no quedó nada para Ward.

Pero no podía expresar aquella queja en voz alta. ¿Qué clase de imbécil protestaría porque su mujer, a la que le quedaba poco tiempo de vida, dedicara demasiado tiempo a ayudar a los niños necesitados del mundo? Al principio Ward pensó que lo hacía porque temía no cumplir con todo lo que quería hacer en la vida. Durante un tiempo se preguntó si Cara no soportaba estar cerca de nadie. Al final de su vida se dio cuenta de la verdad. Se había enamorado de una estrella de rock y había terminado casada con un simple ser humano. No quería pasar sus últimos días con alguien que había supuesto semejante decepción. No lo decía en voz alta, pero Ward había sentido el distanciamiento emocional como si fuera una tercera persona que estuviera en la habitación con ellos constantemente. En su lecho de muerte, todas las conversaciones que tuvieron trataron sobre lo que Cara no había logrado conseguir con sus obras benéficas.

Por eso Ward creó la Fundación Cara Miller. No pudo ser lo que ella necesitaba cuando estaba viva, pero sí podía concederle su último deseo.

Por supuesto, no era el mejor momento para recordar aquello. Pero se encontraba en una situación terrible.

Cara, el amor de su vida, le había alejado de sí. Y ahora tenía una relación con otra mujer obstinada que estaba decidida a mantener las distancias emocionales. Así que allí estaba él, justo donde había jurado no volver a estar jamás.

Lo más gracioso era que había pasado tanto tiempo tratando de proteger a Ana de él que nunca se preguntó quién le protegería a él de Ana.

Iba camino de enamorarse de ella, y ella… bueno, quién demonios sabía lo que sentía por él.

¿Qué se suponía que debía decir ahora?: «Quería que esto fuera importante. Quería que sintieras algo por mí. ¿Por qué crees que esperé para acostarme contigo? Esperé porque quería que fuera algo especial».

Sí, claro. Eso sonaría tan viril como las palabras de una niña de trece años.

Si decía algo parecido a aquello, Ana saldría corriendo por la puerta. Que era lo que estaba haciendo de todas maneras.

Capítulo Once

Antes de que Ward pudiera considerar cómo manejar aquella situación se abrió la puerta del baño.

Ana se había retirado el cabello de la cara con una pinza y se había quitado las últimas trazas de maquillaje. Llevaba puestos otra vez vaqueros y un jersey.

Al mirarla ahora le resultó obvio que fuera virgen. Era sensual de forma inherente, pero ocultaba aquella parte de sí misma bajo varias capas. Oculta bajo envoltorios de susceptibilidad y determinación de acero.

Las emociones contra las que hubiera estado batallando cuando entró en el cuarto de baño estaban ahora bajo control. Tenía un aspecto muy parecido al día que la conoció. Cauto. Reservado.

Le miró de frente y juzgó su estado emocional más rápidamente de lo que él había juzgado el suyo.

La expresión de Ana se volvió desesperada, como si hubiera leído cada pensamiento que cruzó por la mente de Ward.

–Deja de torturarte –murmuró pasando por delante de él para salir de la habitación.

–¿Torturarme? –le preguntó Ward siguiéndola.

Ana se dirigió directamente a la cocina.

–Sí. Está claro que estás dándole vueltas y vueltas a la cabeza tratando de imaginar qué podrías haber hecho distinto. O tal vez te estés diciendo que tendrías que haberte dado cuenta. O…

–Ya es suficiente –Ward la agarró del brazo y le dio la vuelta para obligarla a mirarlo. Había acertado por completo, pero no necesitaba escuchar cómo Ana expresaba esas dudas en voz alta–.

Si crees que me conoces tan bien, entonces deberías entender perfectamente por qué me estoy torturando.

Un atisbo de genuina confusión cruzó por el rostro de Ana, pero al instante se encogió de hombros.

–Supongo que pensé que no te darías cuenta.

–Créeme, los hombres notamos ese tipo de cosas. ¿Cómo pudiste siquiera imaginar que no sería así?

Ana volvió a encogerse de hombros una vez más.

–Con todas las mujeres con las que has estado y la experiencia que tienes, pensé que… –no terminó la frase.

–¿Pensaste que soy un imbécil egocéntrico y que no me daría cuenta de que eras virgen?

–¡No! Yo sólo…

–¿Pensaste que soy demasiado egoísta? ¿Demasiado centrado en mí mismo? ¿Demasiado qué?

La ira de Ward iba en aumento a cada pregunta hasta que finalmente se cernió sobre ella mirándola fijamente.

Ana le sostuvo la mirada.

–¿Por qué estás tan convencido de que esto tiene que ver contigo? Era mi virginidad. ¿No puedes sencillamente aceptar que no es tan importante para mí, y por tanto tampoco debería serlo para ti?

–No, no puedo.

–¿Por qué? –Ana alzó la barbilla y entornó los ojos con decisión. Ahora fue ella la que se acercó a él–. ¿Qué hubieras hecho distinto si lo hubieras sabido? ¿Qué habría cambiado?

–Yo…

Pero antes de que tuviera oportunidad de pensar la respuesta, ella siguió hablando cerca de su cara.

–¿Habrías sido más cuidadoso? –continuó. Había desaparecido

toda señal de la virgen nerviosa. O tal vez él había imaginado esas señales–. ¿Habrías estado más atento a mis necesidades? ¿Te habrías asegurado de que alcanzara el clímax tres o cuatro veces en lugar de sólo dos?

–Ya es suficiente –gruñó Ward, que estaba empezando también a enfadarse.

Su tono irónico le estaba volviendo loco. Ana arqueó las cejas.

–¿Y si no me callo, qué va a pasar?

–No vayamos por ahí –se apartó de ella antes de hacer algo de lo que pudiera arrepentirse, como estrecharla entre sus brazos y volver a hacerle el amor. Algo que no serviría de mucha ayuda en aquel momento.

–Mira –comenzó a decir Ana con un tono algo más dulce–, nunca fue mi intención engañarte.

–Entonces, ¿cuál era tu intención?

–No quería que esto fuera algo importante –habló muy despacio, marcando cada palabra.

–Pero lo es. Eras virgen. A los… ¿cuántos años tienes? ¿Veintiséis? ¿Veintisiete?

–Veintisiete –murmuró ella, incapaz de pronto de mirarle a los ojos, como si tuviera que pedir disculpas por su edad.

–Nadie es virgen a los veintisiete años por casualidad. Y menos nadie tan bello y lleno de vida como tú.

Una vez más, los ojos de Ana brillaron desafiantes. Como si sus palabras fueran insultos en lugar de cumplidos.

–Mi aspecto no tiene nada que ver con esto. No se trata de que no haya tenido oportunidades.

–Eso es precisamente lo que quiero decir.

–Fui educada así, eso es todo –se dio la vuelta para apartarse de él

y se dirigió al otro extremo de la habitación para mirar por la ventana–. Mi madre me lo fue metiendo en la cabeza desde que tenía doce años. No podía salir con chicos, no podía acostarme con ellos. Si me enamoraba de alguno y terminaba teniendo relaciones sexuales con él acabaría embarazada y casada a los veinte años, como la mayoría de las chicas latinas y pobres del sur de California.

Aunque le estaba dando la espalda mientras miraba por la ventana hacia la oscuridad del vecindario, Ward podía ver la tensión en las líneas de su espalda. La sentía en su voz, como si estuviera repitiendo una lección que había escuchado una y otra vez.

–Si me quedaba embarazada a los veinte todo habría terminado. Me condenaría a una vida de pobreza. La única forma de evitarlo era manteniéndome lejos del problema. Terminar mis estudios. Empezar a trabajar. Cuando cumplí mis objetivos y conseguí un trabajo en Los Angeles me di cuenta de que era la virgen de más edad de Hollywood. Tenía veintitrés años.

Había suficiente amargura en su tono como para que Ward se diera cuenta de que había algo más.

–¿Qué es lo que no me estás contando? –casi no quería saberlo.

Ana le miró sorprendida.

–Nada.

–¿Igual que lo de tu virginidad tampoco era nada?

Ana apretó las mandíbulas y se sonrojó.

–Sí –continuó él–. Eso me parecía. ¿Por qué no me lo cuentas y yo decido si realmente no es nada?

–Sólo se trata de algún actor de poca monta que me hizo sentir incómoda cuando no me fui a la cama con él.

–¿Quién? –quiso saber Ward.

–¿Acaso importa? –su tono sonaba cansado.

–Sí –¿cómo iba a darle caza a esa malnacido si no sabía su nombre?–. ¿Quién fue?

Ana observó su expresión con ojos entornados.

–No vas a dejarlo estar, ¿verdad?

–Sí, cuando me digas quién fue.

–Ridley Sinclair.

Ward soltó una palabrota. Dios, había estado hablando con ese tipo hacía unas horas. Ridley Sinclair, quien se suponía que estaba felizmente casado con el amor de su vida. Y ahora se enteraba de que era un perro infiel que había hecho sufrir a Ana.

–Le mataré –murmuró.

Ana compuso una sonrisa desesperada.

–No, por favor.

–Él es la razón por la que dejaste Hollywood –aseguró Ward encajando una pieza más de aquel complicado puzzle.

–No fue la única razón.

–Entonces, ¿hubo más hombres que te acosaron?

–No es importante –insistió ella. Una vez más–. Lo importante es que ahora tengo un trabajo que me encanta. Un trabajo que me importa y que puedo hacer bien. Tengo muchísimo interés en que funcione. Eso es lo que importa.

Pero a pesar de que lo negara, Ward estaba seguro de que todavía sentía el aguijón del comportamiento de Sinclair. Y como resultado de ello no confiaba completamente en Ward. Tal vez nunca llegaría a hacerlo. Pero ahora él la entendía mejor que antes. Con razón la noche anterior había salido huyendo de la fiesta. Debió oír los insultantes comentarios de Sinclair.

Se acercó hacia donde ella estaba y la atrajo suavemente hacia su pecho.

–Lo siento.

Ana se apartó lo justo para colocarle la palma de la mano en el pecho.

–No es culpa tuya.

–Tal vez no. Pero fui yo quien te arrastró a esa fiesta.

–Eh –su tono era un poco acusatorio–. Podría haber dicho que no.

–Te lo puse muy difícil –insistió Ward.

–Sí, pero yo tomo mis propias decisiones.

Eso era cierto. Nunca había conocido a una mujer tan cabezota. Sin embargo, tenía la sensación de que todavía había algo que no quería que supiera.

–Si de verdad no hubiera querido no habría ido –le tembló un poco la voz–. Aunque no esperaba que fuera tan duro.

Ward le levantó la barbilla para obligarla a mirarlo a los ojos.

–La próxima vez que algo te resulte duro hablar conmigo en lugar de marcharte. No estás sola en esta relación.

–¿Es eso lo que tenemos? ¿Una relación? –se le quebró la voz.

Ward decidió no seguir presionando con el tema. Aquélla no era la reacción de felicidad postcoital que le gustaría que Ana estuviera experimentando.

–Sí –aseguró con firmeza.

Fueran cuales fueran las dudas que ella estuviera teniendo, quería hacerlas desaparecer.

Transcurrido un instante, Ana asintió.

–De acuerdo.

Entonces apretó su cuerpo contra el suyo. Poniéndose de puntillas, le bajó la cabeza para besarle de una forma que le llegó hasta el alma. Ward sintió cómo se ponía duro al instante otra vez, lo que le sorprendió mucho. Acababa de hacerla suya. Le resultaba

inconcebible desearla otra vez tan pronto. Además de que era poco práctico. Su conocimiento sobre vírgenes estaba bastante limitado, pero no creía que Ana estuviera preparada para una segunda ronda aquella misma noche.

Tras darse un instante para saborear la sensación de su cuerpo contra el suyo, se apartó de ella y la puso firmemente a un lado. Le deslizó una mano por el brazo.

–Retomaremos esto dentro de un día o dos.

–Pero…

–Nada de peros –la interrumpió. No todo tiene que hacerse como tú digas.

Ana frunció el ceño pero asintió a regañadientes.

–Quiero verte más tarde. Cuando los dos hayamos dormido un poco. Ya no vamos a mantener nuestra relación en secreto.

–Hoy no puedo. Tengo la comida del domingo con mis padres –frunció el ceño considerando la situación–. Comemos sobre las dos. Tal vez podríamos vernos más tarde.

Ward vaciló sólo un instante.

–¿Puedo ir?

–No puedes estar diciendo en serio que quieres comer con mis padres.

–¿Por qué no?

–Porque son mis padres. ¿Por qué querrías conocer a una pareja mexicana de mediana edad?

–Porque son tus padres –aseguró Ward–. A menos que ellos no quieran conocerme, me gustaría que me los presentaras.

–Yo… –comenzó a decir Ana. Pero no terminó la frase–. De acuerdo. Puedes conocer a mis padres. Pero no digas que no te lo advertí.

Ward se marchó poco después, pero mientras regresaba a su casa no fue capaz de sacudirse la sensación de incomodidad que le provocaba que Ana hubiera perdido la virginidad. Por muy tranquila que ella pareciera al respecto, seguía pensando que le hubiera gustado saberlo con tiempo. Así podría haber… ¿qué?

Las preguntas que Ana le había hecho le atravesaron la mente. Al final llegó a la misma conclusión que ella. No habría hecho nada diferente. Lo único que se le ocurría pensar era que, sencillamente, quería que para ella fuera importante. Porque para él lo era.

Su plan de perder discretamente la virginidad sin que él lo notara había salido mal. Tan mal como su plan de presentarle discretamente a su familia.

–Podíamos ir al cine en lugar de ir a la comida –le sugirió a Ward. Era su quinto intento de distraerle desde que se había presentado en su puerta diez minutos antes.

–No –Ward sonrió mientras la ayudaba a subir al asiento de copiloto de su Lexus–. Estás harta de Hollywood, ¿recuerdas? No creo que ir al cine fuera a ser particularmente relajante. Además, te están esperando.

–Lo superarán –no dejarían de recordárselo si cancelaba la cena ahora. Pero todavía seguía intentando que Ward se rajara–. No es que comamos juntos todos los domingos.

Por supuesto que sí lo hacían. Pero Ward sacudió la cabeza.

–Estoy deseando conocer a tus padres.

–Estupendo –Ana contuvo un gemido.

Un instantes más tarde, cuando Ward arrancó el coche, le indicó que fuera al Oeste por Claremont.

Él la miró desconcertado.

–Creí que tus padres seguían viviendo en la hacienda de los Worth,

en la costa.

–Así es –Ana tuvo que hacer un esfuerzo por explicarse–. Pero no vamos a comer allí –se detuvo con la esperanza de que Ward lo dejara correr, pero no lo hizo. Así que continuó–. Cuando mis padres supieron que iba a llevar a mi pareja decidieron que una comida en su apartamento no era suficiente. Así que vamos a ir a casa de mi tío Julio.

Ward sonrió de manera encantadora.

–Oh, ¿son fans?

–¿Tuyos? No, probablemente no habrán oído hablar de ti. Pero nunca he llevado a una pareja a ningún sitio. La mera idea de que vaya en compañía de un hombre les emociona.

Ward debió captar el miedo en su tono de voz.

–¿Qué debo esperar exactamente?

Ana dejó escapar un resoplido y decidió que la sinceridad era la mejor manera de soltar el golpe.

–Una fiesta a todo trapo. Treinta, tal vez cuarenta personas.

Ward soltó una carcajada de incredulidad.

–Creí que habías dicho que venías de una familia pequeña.

–La familia directa es pequeña –le corrigió–. Sólo mis padres y yo. Pero tengo diez tíos aquí en Estados Unidos y todos viven cerca. Tengo casi treinta primos. Y luego están sus maridos y sus mujeres.

Ward soltó un silbido de impresión.

–¿Algún niño?

–Tantos que da miedo pisar a alguno cuando estás cruzando una estancia –por primera vez desde que se subieron al coche se atrevió a mirarle. No parecía ni impactado ni horrorizado. Se lo tomó como una buena señal–. Todavía podemos llamar y cancelarlo –sugirió.

–No –Ward sonrió con picardía–. Estoy deseando llegar.

Ana le dio unas cuantas indicaciones y él guió el coche hacia el vecindario de su tío. Se parecía mucho al de Ana pero era un poco más antiguo, un poco más obrero. Las casas eran pequeñas pero se habían construido durante el boom inmobiliario, así que los jardines eran espaciosos y con árboles frutales. No podía compararse con la casa de Ward en la playa, y menos con su mansión en Harleston Village, pero Ana tenía la sensación de que a él no le importaría. Ward no era en absoluto pedante ni pretencioso. La riqueza no parecía impresionarle demasiado. Y sabía por el local al que la había llevado en Charleston que valoraba más la buena comida que el ambiente. Y si había algo que su familia sabía hacer bien era cocinar.

Ward giró el Lexus por la calle de su tío y ella volvió a ofrecérselo una vez más.

–¿Última oportunidad para huir?

Él sonrió todavía más.

–De ninguna manera. Si hay algo que te pone tan nerviosa, yo tengo que verlo.

Ana gruñó indignada sólo un instante, porque un momento después detuvo el coche en la acera, casi media manzana más allá debido a los coches que había aparcados en la calle. Incluso dentro del refugio del coche de Ward, podía sentir la energía y la excitación que rodeaba la casa de su tío. Algunos niños habían empezado a jugar al fútbol en el jardín delantero. Dos adolescentes estaban sentados en los escalones con aspecto desafiante. Se escuchaba música procedente de la parte de atrás del jardín. Alguien había encendido ya la barbacoa y el aire estaba cargado con el olor de las brasas.

En cualquier otro día, las imágenes, los sonidos y los olores de la comida familiar le habrían llenado el corazón de alegría. Hoy sólo sirvieron para ponerle nerviosa. No esperaba que Ward mirara a los suyos por encima del hombro. No era ese tipo de persona. Tenía menos confianza en que sus parientes le recibieran bien del todo. No tenía relación con todos los miembros de su amplia familia y cabía la posibilidad de que algunos consideraran que llevar a un famoso a la comida familiar era una manera de presumir. Pero más miedo todavía le daba pensar que aquella tarde cambiara su relación en algún sentido. Y que ese cambio fuera todavía más importante que el que había tenido lugar la noche anterior.

En esa ocasión sólo se lo había llevado a la cama. Ahora estaba dándole acceso a su vida.

Ana no pareció relajarse demasiado cuando llegaron a la fiesta. Y a Ward el costaba trabajo divertirse si ella no lo estaba pasando bien.

Nilda, la madre de Ana, lo recibió con alegría apenas disimulada. Si Ana no le hubiera advertido que nunca había llevado ningún hombre a casa, le habría sorprendido la mirada escrutadora de Nilda y sus desbordantes abrazos, que le dejaron prácticamente sin respiración.

–Te lo advertí –murmuró Ana entre dientes cuando le soltó.

Juan, el padre de Ana, era más reservado. Un hombre de escaso pelo gris que se comportaba con una dignidad que no casaba bien con su escasa estatura y su voluminoso contorno. Estrechó la mano de Ward con una firmeza que le hizo saber que le estaba examinando.

En cierto modo dudaba de que su profesión y su riqueza jugaran a su favor.

–Mi Ana –dijo Juan muy serio con fuerte acento muy cerca de Ward para que nadie pudiera oírlo–, es como una rosa, delicada, bella… –

agitó la mano con gesto incierto–. Pero el tallo de la rosa es duro. No puedes separarla fácilmente del arbusto. Si no tienes cuidado, o te arañas o aplastarás el capullo y entonces se marchitará y morirá –chasqueó los dedos–. Muy rápido. ¿Lo entiendes?

Ward asintió.

–Sí, señor.

Juan le dirigió una última mirada escrutadora y luego le palmeó con fuerza en el brazo.

–Muy bien. Ven a tomar una cerveza.

Después de aquello, Ward no volvió a hablar con Ana durante una hora o dos. Su padre le llevó por todas partes y le presento a amigos y parientes. La mayoría de los hombres se habían congregado en el jardín de atrás, mientras que las mujeres estaban en la cocina. El tiempo era inesperadamente cálido para ser febrero y la cerveza helada resultaba todavía más refrescante cuando se bebía bajo la enorme sombra de un árbol de aguacate. Había niños jugando por la hierba y padres de sobra para alejarlos de la barbacoa, donde se estaba asando carne de cabrito. Las mujeres entraban y salían de la casa llevando bandejas de comida. Alguien había encendido una radio en el patio y llegaban los acordes de la música de Ozomatli. Con su original combinación de hip-hop latino y ritmo urbano, Ozomatli era una de sus bandas favoritas de Los Angeles.

Comparando aquello con la elegante fiesta de la noche anterior, ahora entendía por qué Ana no había querido ir a la celebración de los Hudson. Esto era mucho más divertido.

Lo que le preocupaba era que ella no parecía estar divirtiéndose. Sí, estuvo mucho tiempo hablando con sus parientes, pero Ward veía que estaba tirante y tensa. Qué extraño. Como si aquél no fuera su

sitio y estuviera esperando a que alguien más se diera cuenta. Resultaba revelador que pareciera más cómoda en la fiesta de la noche anterior. Aquí parecía tensa.

Sólo había una persona que parecía todavía menos a gusto entre el vociferante grupo: Ricky. A Ward le había sorprendido ver al chico entre otros más mayores. Se acercó para decirle hola, intercambió unas cuantas palabras con él e incluso conoció a su madre. Había visto a Ricky una vez desde que volvió de Charleston. Ya sabía que Ricky iba a ser un hueso duro de roer. Pero al chico le gustaba la música. Y no era más duro de lo que Ward había sido a su edad.

En cuanto Lena, la madre de Ricky, se metió dentro para buscar algo, Ricky miró fijamente a Ward.

–¿Así que estás saliendo con mi prima? –le preguntó con tono protector.

–Eso parece.

–No vemos mucho a Ana, pero nosotros cuidamos de nuestra gente. Ten cuidado con lo que haces.

Ward se quedó mirando al chico durante un instante con gesto sorprendido. Mediría poco más metro y medio y no pesaría más de cuarenta y cinco kilos, y sin embargo allí estaba, dispuesto a defender el honor de Ana.

Ward alzó una ceja y trató de mantener el tono serio.

–¿Me estás amenazando?

Ricky alzó la barbilla, como si sospechara que Ward se estaba burlando de él.

–Nosotros cuidamos de nuestra gente –repitió.

Sí, Ward reconocía aquella expresión obstinada. Era algo más que un mero parecido de familia.

Asintiendo, dijo:

–Tiene suerte de tenerte. Espero que sepa lo afortunada que es. Y que tú también lo sepas.

Aquellas palabras eran sinceras. No le cabía ninguna duda de que Ricky era un gran chico, dejando a un lado su inclinación por hacer pellas. Lo que a la familia de Ana le faltaba en recursos económicos o en estatus social le sobraba en cariño. Él nunca había formado parte de una familia numerosa. Tras pasar unas horas con ellos se sintió envuelto en el calor de su compañía.

No le extrañaría sentirse pronto tan apegado a ellos como ya lo estaba a Ana.

Justo entonces la vio de puntillas mirando por encima de las cabezas de los demás para buscar su mirada. Le miró y alzó las cejas con una pregunta clara escrita en el rostro: ¿Estaba bien? ¿Necesitaba que le rescataran?

Ward sonrió y le hizo un gesto para que no se preocupara. Ella frunció el ceño y desapareció. Ward lamentó al instante no haberle pedido que se acercara. Echaba de menos tenerla a su lado.

Y en aquel instante comprendió cómo se había engañado a sí mismo respecto a su capacidad para mantener una distancia emocional con ella. Tendría que haberlo sabido la noche que la pilló viendo en televisión un especial sobre él. Le había calado con total precisión. En aquel momento le vio con más claridad que con la que se había visto él nunca. Había tenido que esperar hasta ahora para admitir que Ana estaba en lo cierto.

Y si aquello no le dio la pista de que estaba metido en un buen lío, la noche anterior en su casa tendría que haberlo logrado. Después de haber mantenido relaciones sexuales, Ana se había levantado tranquilamente para vestirse mientras que él estaba a punto de echarse a llorar. Si eso no era una señal de lo confundido que

estaba, entonces no sabía qué era. Si a aquello se le añadía que estaba a punto de intercambiar *christmas* con su familia, entonces estaba completamente pasado de rosca.

No. No era eso. Sólo estaba enamorado.

Y eso era un incordio. Porque quedaba claro que Ana no estaba enamorada de él. Aunque en aquel momento pensara que sí, no duraría mucho. Le había calado con lo de la Alvarez. Pronto vería lo demás.

Si fuera un hombre más fuerte esperaría a que ella se marchara por sus propios medios. Pero no se creía capaz de sobrevivir a su abandono. Lo que significaba que había llegado el momento de desaparecer discretamente de su vida.

Capítulo Doce

Cuando la gente empezó a servirse la comida, Ana abandonó cualquier pretensión de mantener una conversación con su tía y fue en busca de Ward. Lo encontró sentado en el bloque de cemento que rodeaba una jardinera. Estaba sentado con un plato en equilibrio en la rodilla, y las oscuras ondas de su cabello brillaban bajo el sol que se filtraba a través del limonero. Tomó asiento a su lado y sujetó su propio plato de cabrito y alubias.

Terminó de masticar lo que tenía en la boca y luego le preguntó:

–¿Ha sido horrible?

–No ha estado tan mal –Ward le dio otro sorbo a su cerveza–. Un poco humillante.

–¿Y eso? –preguntó ella alzando su vaso de té helado para beber.

–Ninguno de ellos conoce mi música –explicó con fingida indignación–. Ni uno solo.

Ana se rió y se llevó la mano a la boca para no derramar la bebida. Tragó saliva y dijo:

–Oh, pobrecito famoso.

–Lo cierto es que ha resultado en cierto modo agradable. Es la primera vez en décadas que voy a una fiesta en la que nadie sabe quién soy.

–Oh, las mujeres lo saben. Créeme. Allí dentro ha sido como si se celebrara una reunión del senado –deslizó un nacho en el guacamole–. En cualquier caso ha sido mejor que la última reunión familiar, en la que tuve que responder a las veladas preguntas de mi tía sobre mi sexualidad. Estaba convencida de que era lesbiana – esperaba que Ward se riera con aquello pero no lo hizo. Así que

escudriñó su rostro y encontró su expresión extrañamente lejana–. Pero, ¿han sido amables contigo? ¿Demasiado pesados?

–En absoluto. Me ha sorprendido ver a Ricky aquí.

El chico estaba sentado ahora en una de las mesas de picnic. Estaba vestido como la última vez que le vio. Como el noventa y cinco por ciento de los adolescentes americanos. Los pantalones eran demasiado flojos y apenas se le sostenían a las caderas con un cinturón. Llevaba una camiseta interior blanca bajo una camisa de manga larga sin abrochar. Tenía todo el aspecto de formar parte de una banda.

Ana siguió la dirección de la mirada de Ward y frunció el ceño.

–¿Conoces a Ricky?

–Es el chico del que te hablé.

–¿Mi Ricky es ese Ricky?

Ward se explicó.

–No sabía que erais parientes, me acabo de enterar.

Ana se lo quedó mirando sorprendida.

–No tenía ni idea de que Ricky hubiera estado en La Esperanza de Hannah –sacudió la cabeza–. No puedo creer que no me diera cuenta. Debes creer que soy una tía horrible.

–Creo que has estado muy ocupada –señaló en dirección a Lena–. Si es tu prima, ¿por qué no vino ella misma? ¿Por qué tuvo que manipularla su hijo para que lo hiciera?

Ana deslizó la mirada hacia donde estaba Lena, en la puerta de atrás. A pesar de sólo era unos cuantos años mayor que Ana, la edad y el cansancio se le reflejaban en las líneas del rostro.

–Lena y yo no estamos precisamente muy unidas.

–¿Por qué no? –quiso saber él.

–¿Te acuerdas de todos esos estereotipos de los que te hablé y que

mis padres querían que evitara? Pues Lena cayó en todos y cada uno de ellos. Su padre es el hermano mayor de mi padre. Sus padres ayudaron a que vinieran los míos. Lena tiene tres años más que yo. Cuando estábamos en Los Angeles vivíamos a dos manzanas. Se quedó embarazada a los quince años. Fue entonces cuando mis padres y yo nos trasladamos a Vista del Mar. Nunca terminó el instituto. Trabaja duro, pero apenas llega –no por primera vez trató de ponerse en la piel de Lena. Lo intentó pero no lo consiguió–. Y ahora le preocupa que Ricky deje el colegio.

–Creí que habías dicho que no estabais muy unidas.

Ana sonrió con tristeza.

–Y no lo estamos. Pero eso no ha impedido que el resto de la familia hable.

–¿Crees que ésa es la razón por la que no fue ella misma a La Esperanza de Hannah? –sugirió Ward.

Ana le miró sorprendida.

–No lo sé. Tal vez. No le caigo bien –dejó escapar un suspiro frustrado–. Pero también es muy orgullosa. Podría ser por eso –entonces se rió y miró hacia el jardín–. No es la única. La mitad de estas personas trabajan de un modo u otro para Industrias Worth. Están muy preocupadas por su futuro. Nadie sabe qué significa que tantos altos cargos de Industrias Worth se estén yendo, pero nadie quiere admitir que necesita ayuda –Ana dejó bruscamente su plato a un lado sin haber probado apenas la comida y se giró para mirarle más de frente–. Por eso es tan importante lo que hacemos en La Esperanza de Hannah. Te das cuenta, ¿verdad?

–Lo que me pregunto es si te das cuenta tú –murmuró Ward algo molesto.

–¿Qué se supone que quiere decir eso?

–Estoy hablando de tu trabajo para La Esperanza de Hannah –su tono era serio, más áspero de lo normal en él–. Te entierras bajo el papeleo de oficina porque tienes miedo de enfrentarte a la gente.

–Eso es ridículo –protestó ella. Se puso de pie bruscamente, se acercó al cubo de la basura que había en la puerta de atrás y arrojó dentro el plato.

Ward la siguió, tiró su propio plato y entró con ella en la cocina, que ahora estaba vacía. Todo el mundo estaba en el jardín de atrás disfrutando de la comida.

–¿Tan ridículo que te marchas así en respuesta? –le espetó.

Ana se detuvo y se dio la vuelta para mirarle, apuntándole con un dedo al pecho.

–No te atrevas a decirme que no estoy haciendo mi trabajo.

–El trabajo administrativo sólo es la mitad de La Esperanza de Hannah. La parte fácil. Lo duro es conseguir voluntarios que dediquen su tiempo y su energía para que funcione. Y la parte más difícil es llegar a la gente y conseguir que acepten la ayuda que necesitan.

Sus palabras le dolieron y Ana le dio la espalda, ocupándose en recoger los utensilios que quedaban sobre la encimera.

–¿Crees que no sé lo duro que va a ser? –se llevó una fuente al fregadero y abrió el grifo–. ¿Crees que no sé lo que es el obstinado orgullo que suele ir asociado a la pobreza y a la falta de educación? –agarró el envase del detergente y lo apretó con fuerza–. Porque sí lo sé. Crecí entre esta gente. Sé lo duro que va a ser conseguir que acepten ayuda.

–¿Y por eso no has hablado de La Esperanza de Hannah con nadie hoy aquí?

–Yo… –Ana abrió la boca para tratar de encontrar la respuesta

adecuada. Finalmente la cerró y dijo con los dientes apretados–, tienes razón. No he hablado de La Esperanza de Hannah. Pero ésta es mi familia, y resulta difícil…

–¿Y por eso no te has acercado a hablar con Lena, aun sabiendo que es una candidata perfecta para La Esperanza de Hannah?

Ana añadió más platos y más cubiertos sucios al fregadero.

–Eso no es justo.

–¿Y es justo que ignores sus necesidades sólo porque te hacen sentir incómoda?

Aunque ella no le miró, era muy consciente de la intensidad de su mirada.

–Pero tal vez pienses que no es una buena candidata –añadió apartándose de ella para apoyar las caderas contra la encimera–. Tal vez creas que ya ha destrozado su vida y que no podría con todo el trabajo extra que supondría comprometerse a sacar el graduado escolar.

–¡No la juzgues! –Ana dejó caer una última fuente sobre la pila de platos sucios, lanzando burbujas y agua por su camisa y por la encimera–. ¡Tú no sabes lo que significa ser latina y pobre en este país!

Ward se rió amargamente y se giró para volver a mirarla.

–Sí, bueno, supongo que tú tampoco lo sabes.

Ana contuvo el aliento sin dar crédito.

–No puedo creer que me hayas dicho eso.

La mirada de Ward se suavizó.

–Eso es lo tú crees, ¿no es verdad? Que eres distinta. Que no tienes nada que ver con ellos.

Ana apretó los labios y contuvo las lágrimas.

–¿Por qué me dices estas cosas? –le preguntó con la voz rota.

Cuando ya no esperaba su ternura, cuando no la deseaba, Ward le alzó suavemente la barbilla obligándola a mirarle a los ojos.

–Las he dicho porque tenía que hacerlo –su tono sonó más sincero que nunca–. Tienes potencial para convertirte en una directora de fundación benéfica increíble. Pero tienes que superar el miedo a que la comunidad te rechace si tratas de llegar a ellos. Puedes hacer cosas increíbles por La Esperanza de Hannah, pero yo no estaré aquí siempre para empujarte.

Sus palabras la dejaron sin aire. Ahí estaba. Acababa de anunciarle su intención de dejarla. Ahora que habían tenido relaciones sexuales, ya no estaba interesado en ella. Estaba siendo todo lo educado que podía, pero seguía doliendo. Ana sabía que su relación no duraría eternamente, que no estaba a la altura de Cara, pero nunca imaginó que cuando la dejara le dolería tanto.

La expresión de Ana dejaba claro que no quería que la tocara. Ni ahora ni tal vez nunca.

–De acuerdo –aseguró ella con rudeza–. Ya que estamos poniendo las cartas sobre la mesa y siendo completamente sinceros, yo tampoco creo que tú estés cumpliendo con tu parte.

Ward no se lo esperaba. Escuchó el tono dolido de su voz, pero no esperaba que le soltara algo así.

–¿Qué quieres decir?

–¿Qué me dices de Rafe? –le preguntó con rudeza–. Es amigo tuyo. Podrías hablar con él, influirle.

–No sé qué influencia crees que pueda tener sobre él –comenzó a decir Ward con voz pausada–, pero no se extiende al terreno laboral. Si está pensando en cerrar la fábrica, no hay nada que yo pueda hacer al respecto.

–No estoy hablando de la fábrica –Ana cerró el grifo del agua, que

estaba a punto de desbordarse por el fregadero–. Estoy hablando de su implicación en La Esperanza de Hannah. O más bien de su falta de ella.

Ward se apartó de ella y volvió a apoyar la cadera en la encimera. Mantuvo un tono de voz neutro.

–¿Qué esperas exactamente que haga?

Ana agarró el estropajo y en lugar de utilizarlo, lo agitó hacia él.

–Para empezar, podrías decirle que venga al mercadillo del sábado. Le he llamado mil veces y no he conseguido que se comprometa. Pero la gente de esta ciudad necesita una tranquilidad que sólo él puede darles. Necesitan saber que aunque desmantele Industrias Worth y la venda a trocitos, seguirá estando comprometido con La Esperanza de Hannah.

–¿Y crees que conseguirá eso apareciendo en el mercadillo, crees que convencerá a todo el mundo mágicamente de que es un gran tipo?

–No estoy diciendo que se ponga a hacer globos con forma de animales, pero debería pronunciar unas palabras, decir que La Esperanza de Hannah nació en honor a su madre y que significa algo para él.

–En otras palabras, quieres que saque a relucir su dolor y lo pasee para tranquilizar a los habitantes de Vista del Mar.

–No he dicho eso –blandió el estropajo hacia él como si fuera una espada–. Estás siendo muy cerrado.

–Discúlpame por creer que el hecho de que Rafe hable de su madre no va a hacer sentir a nadie mejor.

–¿Cómo es posible que tengas simpatía por esas personas? Necesitan que alguien hable por ellos. Necesitan un abogado. Se sienten indefensos ante el poder de Rafe. Y si no puedes imaginar

lo que se siente…

Ward le quitó el estropajo de la mano y lo dejó sobre la encimera, lejos de su alcance.

–No pienses ni por un minuto que no sé lo que es sentirse indefenso y asustado. Lo sé muy bien –aseguró con tono áspero–. Si crees que el temor a perder el trabajo es aterrador, déjame decirte que no es nada comparado con el temor a perder a tu mujer. Así que sé perfectamente lo que es el miedo.

Ana le miró con los ojos cargados de angustia. Durante un segundo, Ward creyó incluso que se iba a echar a llorar. O que iba a disculparse. No pensó que tuviera estómago para ninguna de las dos reacciones.

Pero lo que hizo Ana fue rodearse la cintura con los brazos como si tuviera un frío insoportable. Cuando habló lo hizo con tono herido.

–Siempre vuelves a ella, ¿verdad?

–No sé a qué te refieres –la ira que un segundo atrás estaba a flor de piel había desaparecido.

Ana siguió hablando como si no le hubiera oído.

–Todo vuelve siempre a ella. Cara está justo debajo de la superficie. No importa qué más esté sucediendo en tu vida. No quieres presionar a Rafe para que hable de su dolor en público porque tú no has superado en tuyo –Ana aspiró con fuerza el aire antes de continuar–. Tienes razón. No sé lo que es perder a una pareja por culpa del cáncer. Espero no saberlo nunca. Pero no puedo tener una relación con alguien cuya existencia entera gira alrededor de esa única experiencia.

–Eso no es cierto –trató de negarlo Ward.

–Entonces, ¿por qué no has vendido la casa? ¿Por qué no te las librado de las gafas de sol? ¿O de su colección de arte? ¿Por qué

no tocas la Alvarez? –le miró a los ojos, los suyos llenos de lágrimas–. No puedo seguir con esto. Creo que deberías irte.

¿Qué podía decir Ward? No podía pedirle que lo reconsiderara porque sabía que estaba tomando la mejor decisión para ella. Lo único que pudo hacer fue asentir y decir:

–Me parece bien.

–Ward, lo siento.

Él la soltó bruscamente y se dio la vuelta para salir de allí antes de que la ira se apoderara de él. No le suponía ningún consuelo saber que había hecho lo correcto para La Esperanza de Hannah y para Ana, aunque le hubiera hecho daño. Había visto el dolor en sus ojos.

A la mañana siguiente a la barbacoa en casa del tío de Ana, Ward encontró la casa de Ricky a unas tres manzanas de allí. La pequeña cabaña en la que Ricky vivía con su madre estaba situada en medio de un trozo de hierba seca con una bicicleta oxidada en el jardín y un coche más oxidado todavía en la entrada.

Ricky abrió la puerta tras la primera llamada. Iba vestido con los típicos vaqueros anchos y sudadera. Parecía que acabara de despertarse aunque era día laborable. Ricky le hizo un gesto de silencio señalando al dormitorio de atrás y luego le guió hacia la cocina, donde había una caja de cereales abierta y un cuenco vacío.

Ricky cerró la puerta de la cocina y dijo:

–Mi madre está todavía durmiendo. Ha conseguido trabajo en la empresa de limpieza de la fábrica.

–Eso es estupendo.

Ricky se encogió de hombros con gesto derrotado.

–Siempre y cuando la fábrica siga abierta.

Ward no quiso decir que temía que eso fuera poco probable.

–¿Por qué no estás en el colegio? –le preguntó–. Habías dicho que ya no ibas a saltártelo más.

–Es el día de los profesores –Ricky alzó las manos en gesto inocente–. ¡Lo juro! –se puso cereales en el cuenco y empezó a comer. Luego alzó la caja en silencio para ofrecerle.

–No, gracias –respondió Ward.

–¿Por qué has venido? –le preguntó el chico con la boca llena.

Ward suspiró, le dio la vuelta a una de las sillas y se sentó con los brazos apoyados en el respaldo.

–La semana que viene, después del mercadillo, voy a dejar Vista del Mar durante un tiempo. Quería decírtelo personalmente.

Ricky bajó la vista al cuenco y llenó otra cucharada. Tenía la expresión de una vaca rumiando.

–Vale –dijo encogiéndose de hombros.

La estudiada falta de respuesta del chico decía mucho de su estado emocional.

–Ricky, quiero que sepas que esto no tiene nada que ver contigo. Me aseguraré de que Ana te consiga a un gran mentor para reemplazarme.

–No pasa nada, tío –Ricky agitó la mano con gesto indolente.

–Ojalá pudiera quedarme, pero no puedo.

–Lo entiendo –el chico siguió comiendo–. ¿Quién va a querer quedarse aquí para ser mentor de un chico estúpido? Seguramente tendrás conciertos que planear y cosas así.

–No es eso. Eres un gran chico –le puso la mano en el brazo–. Eres muy inteligente, me ha encantado conocerte y…

–No hace falta que me lamas el trasero. Puedes volver a tu vida real sin sentirte culpable.

Ward trató de contener la frustración.

–¿Quieres saber la verdad? Ana me ha dejado. Por eso he decidido marcharme, para hacérselo más fácil a ella. Yo…

Ricky rompió a reír.

–¿Ella te ha dejado?

–Sí, pero me alegro de que te parezca divertido que me haya roto el corazón.

Ricky sacudió la cabeza, ya no se reía pero estaba claro que le seguía pareciendo divertido.

–Es que nunca se me ocurrió que nadie pudiera dejarte, tío. Tú eres rico.

–Sí, pero a los ricos también les dan calabazas.

–Os vi a los dos juntos en la fiesta. Ana estaba por ti. ¿Por qué te marchas? ¿No vas a luchar siquiera por ella?

–Ha dejado muy claro que no quiere estar conmigo –sin saber por qué, se abrió a Ricky–. No puedo conseguir que se enamore de mí.

–¿Y no puedes decirle cómo te sientes? ¿Escribirle una canción o algo así? –sugirió el chico.

Ward suspiró. Ojalá fuera tan fácil. Claro, podría escribirle una canción. Encandilarla. Pero entonces nunca sabría si la había recuperado o si ella se había enamorado sólo de un músico.

Antes de que pudiera tratar de explicárselo a Ricky, el chico terminó de tragar y añadió:

–Las mujeres como Ana son duras, tío. Ella no se va a enamorar de un tipo sólo porque le haga una canción. Es más inteligente que eso.

–La quiero de verdad –murmuró en voz alta–. Pero ella ve a través de todos mis trucos.

Ricky le miró como si fuera un gran experto.

–Entonces no utilices ningún truco.

Era la solución más obvia y también la más dolorosa. Y desde luego no era fácil.

Capítulo Trece

Una parte de ella esperaba que Ward apareciera otra vez en la puerta de su casa. O que al menos fuera a la oficina. Pero cuando transcurrió una hora y luego otra se dio cuenta de que tenía que aceptar la dura realidad. Le había pedido que se fuera y él le había tomado la palabra. Sabía que había tomado la decisión más inteligente, sabía que su relación había llegado a un final lógico, pero el corazón seguía doliéndole por lo que podía haber sido. No, ni siquiera eso. El corazón le dolía por lo que imaginaba que podría haber sido.

A pesar de todo, Ward había sabido verla como nadie antes. Le había señalado las mentiras que ella se había dicho a sí misma para ocultar sus miedos más ocultos. Y si le amaba, lo menos que podía hacer era respetar lo bastante el recuerdo de su relación como para hacerle honor.

Por eso estaba ahora aparcada en la calle frente a casa de Lena justo antes de mediodía. A tiempo para ver salir a Ward. Había reconocido su Lexus aparcado en la acera, y por eso ella había dejado su coche unas cuantas puertas más abajo. Se acurrucó en el asiento y esperó.

Se mordió el labio inferior y se llevó la mano a las gafas de sol al ver cómo Ward le estrechaba la mano a Ricky. Luego se subió a su coche y se marchó de allí.

Ana esperó cinco minutos para que se deshiciera el nudo de la garganta y luego salió del coche para dirigirse a casa de Lena, maldiciendo su suerte por haberse encontrado con Ward. ¿Por qué había tenido que verle aquel día en el que se encontraba tan

vulnerable emocionalmente?

Llamó a la puerta y Ricky respondió al instante. Abrió los ojos de par en par sorprendido y miró hacia la calle para asegurarse de que Ward se hubiera ido.

–Hola, Ana, ¿cómo estás?

–Bien. ¿Está tu madre?

–Ward acaba de irse –dijo Ricky en lugar de responder.

–Ya lo he visto –contestó ella.

Al parecer Ricky le quería sacar más información.

–¿No quieres saber por qué ha venido? Quería despedirse. Regresa a Charleston.

Ricky la miró de forma tan desafiante que no fue capaz de decir nada.

–Lo siento. Sé que te caía bien.

–Se marcha porque le has roto el corazón –la acusó Ricky.

–¿Él te ha dicho eso?

–No ha hecho falta. No soy idiota.

–De acuerdo –ahora se sentía como la mala de la película–. ¿Está tu madre aquí o no?

En aquel momento se abrió la puerta del dormitorio y Lena apoyó el hombro en el quicio. Estaba en bata, tenía el pelo revuelto y el gesto hosco.

–¿Qué quieres? –le preguntó. El mensaje estaba claro: «Éste no es tu sitio».

–Sólo quería hablar contigo –se explicó Ana mirando fijamente a Ricky, que captó la indirecta.

–Estaré en mi habitación, mamá –se excusó marchándose.

Cuando el chico se hubo ido, Lena torció el gesto todavía más.

–No tienes por qué mirarme así. He conseguido un trabajo en la

empresa de limpieza de la fábrica. Por eso acabo de levantarme, no porque me haya pasado la noche de juerga.

Ana alzó las manos.

–Yo no he dicho nada.

–Pero lo estabas pensando –la acusó Lena.

–Mira, Lena –Ana suspiró. No necesitaba empeorar las cosas–. Sé que no te caigo bien. Sé que crees que soy una niña mimada.

–¿Y? –preguntó la otra joven arqueando una ceja.

Hubiera estado bien que Lena lo negara, pero ya que no lo había hecho…

–Necesito que me hagas un favor. Quiero que aceptes un empleo en La Esperanza de Hannah.

Lena la miró con más recelo todavía. Ana se dio cuenta de que la ira estaba a punto de estallar, así que se apresuró a explicarse.

–Escúchame –Lena la observó durante un segundo antes de asentir–. Me he dado cuenta de que no estoy llegando a la comunidad como debería –suspiró. Aquello le estaba resultando más duro de lo que había esperado–. Fue Ward quien me lo hizo ver. Cree que tengo miedo de ser rechazada. Tal vez tenga razón. No sé qué es ser pobre y no tener suerte, pero tú sí.

Lena se burló.

–¿Y qué? ¿Quieres que te enseñe lo que es ser pobre?

–No, no necesito que nadie me enseñe eso. Lo que necesito es alguien que sepa lo que es. Alguien en quien la gente confíe.

Lena apretó los labios.

–No soy la clase de persona en la que la gente confía.

–Bueno, pues lo serás.

El recelo desapareció durante un instante de la mirada de Lena y dio paso a un atisbo de esperanza. Ana aprovechó la oportunidad y

empezó a hablar más deprisa.

–No puedo pagarte mucho, pero puedo pagarte más que la empresa de limpieza. Y el horario será mejor. Pero tendrás que estudiar en tu tiempo libre para sacarte el graduado escolar.

–¿Por qué estás tan segura de que querría trabajar para ti?

–Porque crees en La Esperanza de Hannah. En caso contrario no dejarías ir a Ricky allí. Y sinceramente, no sé si podríamos tener éxito sin ti.

Ana se dio cuenta de que Lena vacilaba. Pero antes de que pudiera pensar en algo para terminar de convencerla, Ricky asomó la cabeza por la puerta y gritó:

–¡Vamos, mamá, di que sí!

La expresión de Lena se suavizó y sonrió.

–Bueno, supongo que ya está todo dicho.

Tres días antes del mercadillo callejero y con su vida personal hecha añicos, a Ana se le ocurrían mil cosas que preferiría estar haciendo en lugar de hablar con una periodista. Pero cuando la llamó Gillian Mitchell, de la *Seaside Gazette*, Ana no tuvo más remedio que atenderla. Christi había hecho un gran esfuerzo para conseguir que el periódico sacara en la portada del sábado un reportaje sobre el mercadillo.

Sin embargo, Ana no estaba preparada para las preguntas de Gillian.

–Se rumorea que Ward Miller va a tocar en la inauguración de mercadillo. Será su primera aparición pública desde hace más de tres años. Y el primer *single* del nuevo álbum en el que está trabajando.

Ana estuvo a punto de echarse a reír. Cuando se le pasó la sorpresa consideró sus opciones. Si desilusionaba a la reportera tal

vez no consiguieran la cobertura informativa que necesitaban. Pero tampoco quería engañarla. Finalmente optó por decir:

–Ward forma parte de muchas obras benéficas. Estoy segura que a todas les encantaría acoger su primera actuación pública en tres años.

Gillian vaciló al otro lado de la línea, y finalmente dijo con cierta frustración:

–Tal vez forme parte de muchas obras benéficas, pero yo diría que su relación personal con usted cambia las cosas.

Ana se reclinó en la silla.

–Oh.

–La he sorprendido. Siento haber sido tan brusca –se disculpó Gillian–. Creí que quería despistarme.

–En absoluto –respondió Ana con sinceridad–. No sé qué habrá oído sobre mi relación con Ward, pero no va a tocar en el mercadillo.

Gillian no dijo nada, así que Ana siguió hablando.

–Lo siento. Estoy segura de que ésta no es la gran historia que esperaba, pero la relación de Ward con La Esperanza de Hannah se limita a formar parte de la junta. Por eso asistirá al mercadillo.

Al menos esperaba que lo hiciera. Como no había hablado con él desde el lunes por la noche, tal vez hubiera cambiado de planes y estaba de camino a Charleston.

–Parece usted muy segura –dijo Gillian confundida.

Ana pensó en las gafas de sol de Cara en la mesita de la entrada. Pensó en la casa vacía en la que no vivía y en la cochera a la que se había exiliado. Pensó en la Alvarez guardada en el exhibidor de cristal.

Y luego pensó en la pelea que habían tenido y pensó en las

escasas posibilidades que había de que apareciera en el mercadillo callejero. Y mucho menos que tocara.

–Sí, estoy muy segura –pero entonces pensó en que la otra mujer había pensado que él estaba mintiendo–. Espere un segundo. Usted también parece muy segura.

–Yo…debo haberme equivocado –dijo Gillian con repentina alegría–. Gracias por su ayuda.

Y colgó.

Ana se apartó el teléfono de la oreja, se lo quedó mirando con recelo y luego volvió a dejarlo en su sitio. Encendió el ordenador y deslizó los dedos por el teclado. Buscó el número de la *Gazette* en Google, llamó y un instante más tarde estaba otra vez hablando con Gillian.

–¿Quién le ha dicho que Ward iba a tocar en la inauguración del mercadillo?

–Una periodista nunca revela sus fuentes –aseguró Gillian en tono grave–. Mire, si tiene pensado un gesto romántico, yo no quiero ser la que se lo arruine –afirmó con más suavidad.

–¿Quién está planeando un gesto romántico?

–Ward.

¿Ward planeando algo romántico para ella? Ana soltó una carcajada amarga. Pero Gillian no pareció darse cuenta.

–Mi fuente principal es su asistente –confesó Gillian–. Me llamó para concertar una entrevista justo después del mercadillo. Él es quien me contó lo de la canción y el nuevo álbum. Me dijo que era la primera canción que había escrito en años y que formaría parte del nuevo disco que ha empezado a grabar esta semana. ¿Usted no lo sabía?

El tono de compasión enervó a Ana.

–Sabía que estaba en el estudio trabajando en el álbum de un artista local.

–Sí, Dave Summers –aclaró Gillian–. Pero terminó su disco hace dos semanas. Ahora está utilizando el estudio para su propio álbum. Mire, siento haber metido la pata. Si está planeando un gesto romántico.

Ana estaba convencida de que eso no iba a suceder, pero aun así tranquilizó a la periodista.

–Si está planeando algo me haré la sorprendida.

Cuando llegó el sábado, Ana ya no sabía qué esperar del mercadillo. Lena se había presentado todos los días a trabajar puntual, apropiadamente vestida y con energía. Parecía decidida a triunfar y a borrar todas las dudas que Ana pudiera tener sobre su capacidad. Christi y Omar estaban encantados con la ayuda extra para la preparación del mercadillo y reconocieron que contratar a Lena había sido una idea brillante. Además, la ayuda extra había permitido que Ana avanzara con el papeleo. Durante aquellos días hubo momentos en los que incluso no se sintió abrumada con la tarea que tenía por delante. Luego se acordaba de la posibilidad de que Ward apareciera y volvía a sentir pánico.

Se suponía que finalmente Rafe iba a hacer una breve aparición. Ana se alegraba. Al parecer, antes de volver a Charleston Ward había conseguido convencerle para que se presentara. Aunque su secretaria lo había confirmado e incluso Emma había hablado con él el día anterior, Ana sabía que se relajaría considerablemente cuando hubiera hecho su aparición.

Varios restaurantes habían colocado puestos a ambos lados de la calle en los que vendían comida. Por supuesto, los beneficios irían a parar a La Esperanza de Hanna. Aparte de los puestos de comida

había media docena de artistas callejeros que ocupaban la calle, gente que Ana había conocido en Hollywood. Malabaristas y mimos. También había hablado con algunos amigos maquilladores para que pintaran la cara a los niños. Incluso la prima de Emma, Becca Worth, había venido desde Napa para ofrecer una cata de vinos. Y a lo largo de la calle, Christi, Omar y Lena se mezclaban entre la gente carpeta en mano para reclutar futuros voluntarios y ofrecer documentación sobre los servicios de La Esperanza de Hannah.

Al ver todo aquello, Ana sintió una profunda satisfacción que casi consiguió reemplazar su dolor. Se relajó sólo ligeramente al ver a Emma abrirse camino entre la gente para llegar hasta ella. Chase iba a su lado llevándola de la cintura.

–¡Esto es increíble! –aseguró Emma en voz alta para hacerse oír por encima del ambiente festivo. Se inclinó para darle a Ana un abrazo de ánimo.

–Lo sé –aseguró devolviéndole el abrazo–. Ni siquiera sabía que viviera tanta gente en esta ciudad.

Emma frunció ligeramente el ceño.

–¿No se te ha ocurrido pensar que mucha gente puede haber venido de San Diego, o incluso de Los Angeles?

Hubo algo en el tono de Emma que puso a Ana muy nerviosa.

–¿Por qué iban a venir? Emma palideció.

–Pensé que lo sabías. ¿No has leído el periódico?

–¿Qué periódico? –preguntó Ana sintiendo cómo crecía su pánico.

–En todos, supongo –Emma le dio un leve codazo a Chase–. ¿Puedes verlo en el teléfono?

Unos segundos más tarde, Chase le tendió el teléfono. Ana observó la pantalla y vio el titular de la *Gazette*. «El gran regreso de Ward Miller», rezaba el titular. Leyó rápidamente el artículo, que contenía

detalles sobre el nuevo álbum que estaba grabando. Y sobre su aparición en el mercadillo callejero de La Esperanza de Hannah.

–También ha aparecido en el periódico de San Diego y en *Los Angeles Times*.

Tras echarle un vistazo al artículo, Ana le devolvió el teléfono a Chase resistiendo el deseo de tirarlo a la acera.

–No tendría que haber engañado a esa periodista –apretó los labios para no decir nada malo de Ward delante de Chase, porque después de todo era su amigo. Pero luego pensó en cómo influiría su mentira en La Esperanza de Hannah y le maldijo en voz alta.

Emma frunció el ceño preocupada y Chase alzó las cejas.

–Ni siquiera se ha parado a pensar en lo mal que nos va a hacer quedar a los demás cuando no aparezca.

–¿Qué te hace pensar que no va a aparecer? –preguntó Chase.

Ana puso los ojos en blanco.

–Se marchó de la ciudad el lunes. No he vuelto a saber nada de él desde entonces. Si tuviera pensado aparecer habría dicho algo.

En aquel momento, Ana escuchó un murmullo creciente entre la multitud. Las cabezas se giraron y un susurro emocionado cruzó la calle en dirección al escenario que había montado al final de parque. A unos metros de ella, escuchó a un hombre pronunciar el nombre de Ward y señalar hacia el escenario. Se puso de puntillas pero no vio nada con tanta gente. Si Ward estaba allí, no lo sabría hasta que le tuviera delante de las narices.

Omar había trabajado toda la mañana para instalar un sistema de megafonía para las palabras que Rafe y ella iban a pronunciar por la tarde. Dado que aquél era su trabajo, Ana lo había dejado en sus manos y no había vuelto a pensar en ello. Al observarlo ahora no era capaz de distinguir si se trataba de un sistema de megafonía

normal o de algo más sofisticado. Algo pensado para el regreso de un músico famoso.

Ana contuvo un gruñido molesto. ¿Cómo se atrevía a presentarse allí tras casi una semana de silencio, tras haberle roto el corazón?

Pero antes de poder pensar siquiera en ello, la emoción de la multitud fue en aumento, La gente se apartó y allí estaba Ward, dirigiéndose directamente hacia ella.

Aunque en realidad no se dirigía hacia ella, por supuesto, sino al escenario. Vestido con vaqueros y una camisa de lino blanco, tenía un aspecto muy parecido al día en que se conocieron. Llevaba las gafas de sol colocadas en la cabeza. Tenía las mangas enrolladas, revelando el bronceado de sus brazos.

Su avance entre la multitud resultaba lento porque se detuvo a hablar con todos los que le saludaban. Sonreía de oreja a oreja y los ojos le brillaban de alegría. Estaba rodeado de un aire de glamour y de misterio. Tal vez se debiera al profundo magnetismo de su personalidad o al modo en que todo el mundo con el que se cruzaba respondía a su presencia. Fuera lo que fuera, ella también sintió el tirón, aunque trató de controlarlo armándose de toda la indignación de la que fue capaz.

Se excusó rápidamente con Emma y Chase y se dirigió hacia él. Todavía estaba demasiado lejos como para poder escuchar lo que le decía a las personas con las que se cruzaba, pero podía imaginarse las adulaciones. Entonces Jess, su asistente, se le acercó y le dijo algo al oído. Ward asintió y se dirigió hacia el escenario.

Ana le interceptó en los escalones.

Cuando la vio, la expresión de Ward pasó a ser algo más reservada. Seguramente nadie se dio cuenta del sutil cambio, pero a ella le

dolió en el corazón.

Bien, los dos podían jugar a lo mismo. Se puso en jarras y le miró alzando una ceja. Le bloqueó el camino y se colocó lo suficientemente cerca como para que nadie pudiera oírles.

–¿Qué estás haciendo aquí?

–Yo diría que es obvio. El artículo de la *Gazette* dice que subiría al escenario a las once para decir unas cuantas palabras y tal vez tocar un par de canciones.

Ana torció el gesto.

–Creí que no ibas a venir.

Ward curvó los labios en una sonrisa.

–Está claro que no lees los periódicos.

Capítulo Catorce

Su sonrisa se volvió peligrosamente coqueta. Como si supiera un secreto que ella desconociera. Como si todavía tuviera un as en la manga. Era una expresión que la hacía sentirse muy nerviosa.

–Si no quieres oírme cantar, te sugiero que entres. Hay mucha gente que se sentiría decepcionada si no lo hiciera. Además, es una gran publicidad para La Esperanza de Hannah.

Ana miró hacia la gente y se dio cuenta de que tenía razón. Además, cada dólar que se gastara allí iría a parar directamente a la caja de La Esperanza de Hannah. Así que se echó a un lado a regañadientes para dejarle subir al escenario.

Ward subió las escaleras y levantó la mano para saludar a la gente que abarrotaba la calle. La multitud enloqueció por la emoción. Con pasos largos y seguros, cruzó el escenario hacia el micrófono. Ana sintió el tirón de su encanto en el estómago. Había algo magnético en él. Durante un segundo, al verle en el escenario, no podía recordar ninguna de las razones por las que se habían peleado.

¿Qué importaba si no la dejaba entrar nunca en su corazón? Pero sí importaba. Ya estaba enamorada de él, y el tiempo sólo empeoraría las cosas. Tal vez su decisión fuera cobarde, pero era la única que podía tomar.

Se forzó a centrar la atención en el escenario y a escuchar lo que Ward estaba diciendo. Ya había saludado al público y prometido que tocaría una canción nueva tras pronunciar unas palabras sobre La Esperanza de Hannah.

–A estas alturas ya sabéis todos que la misión de La Esperanza de Hannah es proporcionar educación básica a las personas adultas

que más lo necesitan –su voz resonó entre la gente–. Empresas Cameron está absolutamente comprometida con la financiación de La Esperanza de Hannah, pero éste no es un problema que pueda resolverse sólo con dinero. También necesitamos vuestra ayuda.

Siguió hablando durante varios minutos más, expresando la necesidad de que hubiera voluntarios que ayudaran a la gente y sobre todo, usuarios que utilizaran los servicios de la obra benéfica.

–La Esperanza de Hannah –estaba diciendo– es realmente una esperanza. La esperanza de que podamos tener un futuro juntos si estamos dispuestos a luchar por él.

A Ana le dio un vuelco el corazón y tuvo que hacer un esfuerzo por contener las lágrimas.

–Una persona de aquí, de Vista del Mar, me ayudó a aprender esa lección. Me gustaría que esa persona subiera conmigo un instante al escenario.

Ana contuvo el aliento mientras esperaba que dijera su nombre. Pero no fue el suyo el que pronunció.

–Ricky Cruz. Ricky, ¿puedes subir?

El chico subió precipitadamente los escalones. Iba mejor vestido que nunca, con pantalones de vestir y camisa.

Ana alzó una ceja. Estaba claro que aquello estaba preparado.

–He sido el mentor de Ricky durante las últimas dos semanas. No sólo se ha comprometido conmigo a seguir en el colegio, sino que él me ha enseñado también muchas cosas. Incluso me dio algunas pistas sobre la canción que voy a tocar ahora. Así que doy fe de los beneficios de ser mentor.

Mientras Ward hablaba, Ricky sacó una guitarra y se la tendió. Él se sentó en un taburete con el pie izquierdo en el suelo y el derecho en el último travesaño. Se pasó la cinta que la sujetaba por el hombro y

apoyó la guitarra en la rodilla derecha.

Ana sintió que el corazón dejaba de latirle.

Era la Alvarez.

Ward tocó un par de notas y ajustó el afinador.

Tocó durante varios minutos sin cantar. Deslizaba los dedos con facilidad por las cuerdas de la guitarra, arrancándole la canción.

Era una melodía compleja, llena de anhelo y emoción. Si uno no estuviera allí delante viéndole tocar no adivinaría que se trataba sólo de un hombre con una guitarra. Hacía que sonara como una banda entera.

Ana le observó con intensidad y concentración. Tenía el corazón en la boca. Aquello era lo que estaba destinado a hacer. Para lo que había nacido.

La canción que estaba tocando era nueva. Completamente desconocida para ella. El silencio se había hecho entre el público mientras escuchaba la deliciosa y arrebatadora melodía. Entonces, sin dejar de tocar, empezó a hablar en el micrófono.

–Cuando estaba escribiendo esta canción –dijo pronunciando las palabras al ritmo de la canción–, recibí un consejo de mi amigo Ricky. Me dijo que ella no se iba a enamorar de mí sólo porque le escribiera una canción –se encogió de hombros–. Pero aquí está. Una canción de amor. Escrita por un tipo que trata de convencer a una chica de que realmente la ama. Se llama «no hay palabras suficientes».

La canción hablaba de lo difícil que resultaba describir el amor. La letra no era en absoluto pretenciosa, pecaba incluso de humildad. Como si no se considerara realmente digno de ser amado. Le faltaba la gracia poética de sus primeras canciones, pero Ana tenía la sensación de que era intencionado. El estribillo repetía: «Si te

dijera lo mucho que te amo, no me creerías».

La canción terminó. Durante un instante todo el mundo contuvo la respiración. Y luego el público se volvió loco de euforia.

A pesar de la fuerza de sus propias emociones, Ana se vio aplaudiendo como todos los demás. ¿Cómo no iba a ser así? La canción era increíble. Sería todo un éxito.

Ward tardó treinta minutos en bajar del escenario y otros veinte en salir a la calle. Los periodistas no paraban de hacer fotos. La gente quería autógrafos y estrecharle la mano. Tenía la sensación de que más de quinientas personas le habían dicho «una gran canción, amigo» mientras le estrechaban la mano. Él se lo agradecía, pero lo cierto era que sólo había una persona con la que quería hablar. Solo le importaba una opinión.

Pero a pesar de lo desesperado que estaba por saber qué le había parecido, no corrió a su lado. Pero la vigiló con la mirada mientras ella les decía algo a Emma y a Chase y se marchaba. Se abrió camino entre la gente y desapareció en el interior del Café del Mar, el local donde Omar le había dicho que habían montado el cuartel general para organizar el mercadillo.

Cuando la vio entrar apretó el paso. No quería que saliera por la puerta de atrás. Se alegró al ver que el restaurante estaba vacío. Se escuchaban unos débiles sonidos de gente cocinando y limpiando en la cocina, pero Ana era la única que estaba en la sala. Estaba sentada en una mesa con varios folletos delante.

Ward esperó a que alzara la vista y entonces le preguntó:

–Y dime, ¿qué te ha parecido?

Ella apartó la mirada de la suya y se colocó el pelo detrás de la oreja.

–Creo que… creo que eres capaz de escribir una buena canción,

pero eso ya lo sabes tú.

–Ana… –Ward dio un paso hacia delante.

–Es muy generoso por tu parte donar los beneficios de esta canción a La Esperanza de Hannah –continuó hablando ella–. Me aseguraré de que utilicemos bien ese dinero –finalmente alzó la vista para mirarle–. Pero eso no cambia nada. Tienes que saberlo.

Él maldijo entre dientes.

–Pero me alegro… –la voz se le quebró y tragó saliva antes de continuar–. Me alegro de que estés tocando otra vez la Alvarez. Ya era hora.

Ward sintió una repentina oleada de ira.

–Ana, todas esas teorías tuyas sobre la Alvarez y la casa… sabes que son tonterías, ¿verdad?

Ella parpadeó. Ward apenas percibió su sorpresa y continuó hablando.

–Y para ser sincero, estoy un poco cansado de que hagas afirmaciones unilaterales sobre mi vida, mi estado emocional y nuestra relación sin hablar siquiera de ello conmigo –suavizó sus duras palabras con una sonrisa para asegurarse de que ella notaba el tono de broma que escondían.

–¿Qué estás diciendo? –Ana arqueó una ceja.

–Estoy diciendo que quizá no siempre tengas razón. Tal vez el hecho de que no tocara la Alvarez o no vendiera la casa no tuvieran nada que ver con lo que sentía por Cara o con si había superado o no su muerte.

Ella alzó la barbilla en gesto defensivo pero respondió en su mismo tono jocoso.

–Bien, entonces, ¿por qué no me hablas de tus sentimientos, para variar? Porque a menos que me digas cómo te sientes, es bastante

difícil que lo adivine.

Ward le sonrió.

–¿No has escuchado la canción? Soy un hombre. Los hombres no hablamos de nuestros sentimientos.

Ana se puso en jarras.

–¿Así que ésa es tu excusa?

–No –admitió Ward poniéndose de pronto muy serio–. Pero siempre me ha resultado más fácil con música.

Ella puso los ojos en blanco.

–Hay millones de hombres en el mundo que consiguen comunicar sus sentimientos y no tienen el privilegio de ser compositores de renombre mundial. Así que esfuérzate un poco más en esto, ¿de acuerdo?

Maldición. Ward se pasó la mano por el pelo. Sabía que tenía que decir aquello, pero eso no se lo hacía más fácil.

–Nadie se ha molestado en preguntarme por qué no he vendido la casa.

Ana se puso tensa y su rostro reflejó sorpresa.

–¿Por qué no has vendido la casa?

–¿Quieres la verdad? Sinceramente, porque no sé cómo librarme de ella. Tú estás convencida de que no he superado la muerte de Cara. Tal vez tengas razón. No sé cómo los demás superan las muertes, cómo siguen adelante –le tomó la barbilla a Ana y la obligó a mirarle a los ojos.

Porque si tenía que hacerlo, lo haría sólo una vez.

–¿Quieres la verdad sobre mi relación con Cara? La amaba. La amaba de verdad, pero ella a mí no. Sí, claro, al principio sí. Se enamoró de la estrella de rock. Terminó casándose con un hombre normal. Un hombre imperfecto y completamente humano. Al

principio no le importó demasiado. Logramos que funcionara. Pero cuando le diagnosticaron la enfermedad, la ilusión se vino abajo. Ella se apartó de mí. ¿Por qué crees que le dedicó tanto tiempo sus últimos años a sus obras benéficas?

Ana se puso de pie. Estaban apenas a unos centímetros de distancia.

–Ward, yo…

–No quiero cometer el mismo error dos veces. No quiero que otra mujer se vea pegada mí sin saber cómo salir de la relación.

–Eso no…

–No soy un hombre fácil de amar, Ana. No voy a pedirte que te comprometas hasta que estés segura de dónde te metes. Te has enamorado de la estrella de rock, y…

Ella le puso los dedos en los labios para atajar sus palabras.

–Siempre dices eso, pero no es verdad. No puedo hablar en nombre de Cara, tal vez en su caso fuera cierto pero en el mío desde luego no lo es. Ni siquiera había conocido a Ward Miller el músico hasta hoy. No es el hombre del que me enamoré. Yo me enamoré de Ward Miller el solidario. Me enamoré del hombre que ha pasado los últimos tres años de su vida cambiando el mundo. Del que trabaja muy duro para que otras personas puedan conseguir sus sueños. Del hombre que hace todo eso y todavía encuentra tiempo para hacer de mentor de un chico que lo necesita. Tal vez Ward Miller la estrella de rock esté enterrada en algún lugar en medio de todo eso. No lo sé. Supongo que tendré que averiguarlo. Ahora que le he animado a que toque otra vez, supongo que estoy en cierto modo unida a él, ¿verdad?

Ward sonrió mientras asumía la implicación de sus palabras antes de preguntar:

–¿Lo estás? ¿Estás unida a Ward Miller el músico?

Ella escudriñó su rostro.

–Quiero estarlo. Claro que quiero estarlo. Pero no quiero medias tintas. No quiero sólo una parte de ti. Y no quiero compartirte con ella.

–No será así –le aseguró Ward.

Y por primera vez se dio cuenta de que era cierto. El amor que había sentido por Cara siempre formaría parte de él, pero ya formaba parte de su pasado.

Tomó el rostro de Ana entre las manos y se inclinó, posando suavemente los labios sobre los suyos. Quería mostrarle su amor en aquel momento, pero ella no quería ternura. Lo atrajo hacia sí y abrió la boca bajo la suya. No había indolencia en su beso ni suave exploración. Sólo había pasión y deseo.

Cuando finalmente se apartó, Ward supo que tenía que ofrecerle una posibilidad más de marcharse, o al menos negociar los términos.

–Si voy a hacer esto, me refiero a volver a los escenarios, no será fácil. Habrá muchas horas de estudio. Y seguramente una gira. Y necesitaré que vengas conmigo.

Ella frunció el ceño mientras se lo pensaba pero asintió.

–De acuerdo.

–Y algunas canciones hablarán de ti. De nosotros. No es fácil que tu vida esté en el escaparate y que todos la vean. Necesito saber si te parece bien.

Ella le bajó la cabeza para volver a besarle.

–Yo conseguiré que funcione. Además, tengo entendido que es más fácil para los hombres expresar sus emociones a través de la música. Y me gusta cómo tocas la guitarra –se tragó las lágrimas

que amenazaban con brotarle y añadió–: La nueva canción no está nada mal.

Ward apoyó la frente contra la suya.

–Tal vez no lo diga lo suficiente, pero te amo. Te amo con locura. Y la idea de perderte me da más miedo que la posibilidad de no volver a grabar otro álbum. Más miedo que la idea de no volver a tocar la Alvarez nunca más. Si para estar contigo tengo que renunciar a la música para siempre, te escojo a ti.

–No voy a pedirte que hagas eso.

–Gracias a Dios, porque me ha encantado volver a subirme a un escenario –Ward se inclinó y le dio un golpecito con la frente contra la suya–. Gracias por empujarme a hacerlo. Lo necesitaba. Te necesitaba a ti.

Y eso para Ana era perfecto. Porque ella también le necesitaba a él.

Fin